

Santander

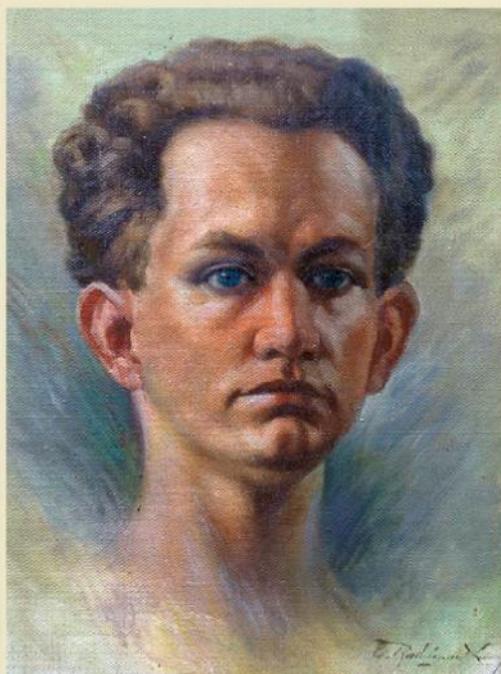
REVISTA DE

NÚMERO 11 - MARZO 2016

SEGUNDA ÉPOCA

ISSN 2145-9010

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER



Dossier Regional JESÚS ZÁRATE MORENO



Universidad
Industrial de
Santander



REVISTA DE SANTANDER

SEGUNDA ÉPOCA

ISSN 2145-9010

Universidad Industrial de Santander
Bucaramanga, COLOMBIA

NÚMERO 11

1º de marzo de 2016

COMITÉ DE DIRECCIÓN

Hernán PORRAS DÍAZ, RECTOR

Álvaro RAMÍREZ GARCÍA, EXRECTOR

Diego Armando VILLABONA BELTRÁN, DIRECTOR DE TELEUIS

DIRECTOR Armando MARTÍNEZ GARNICA

COMITÉ EDITORIAL

José Iván HURTADO HIDALGO

Luis Álvaro MEJÍA ARGÜELLO

Ernesto RUEDA SUÁREZ

DISEÑADORA Marta AYERBE POSADA

CORRECTOR DE TEXTOS José Bernardo MAYORGA RODRÍGUEZ

FOTOGRAFÍAS Gerardo Enrique ABRIL, Manuel ARANGO ECHEVERRI,

Eduardo ZÁRATE REY, Fabián Mauricio MARTÍNEZ G., *Libro Azul de Colombia*.

COMITÉ ASESOR

Sergio ACEVEDO GÓMEZ

Lucila GONZÁLEZ ARANDA

Marina GONZÁLEZ DE CALA

Elsa MARTÍNEZ CÁCERES

IMPRESIÓN División de Publicaciones UIS

2.000 ejemplares

La responsabilidad intelectual de los artículos es de los autores.

DIRECCIÓN Teleuis, Universidad Industrial de Santander,

A. A. 678, Bucaramanga, Colombia. Teléfono (7) 6520769.

E-mail: armandom09@gmail.com

S REVISTA DE antander

SEGUNDA ÉPOCA

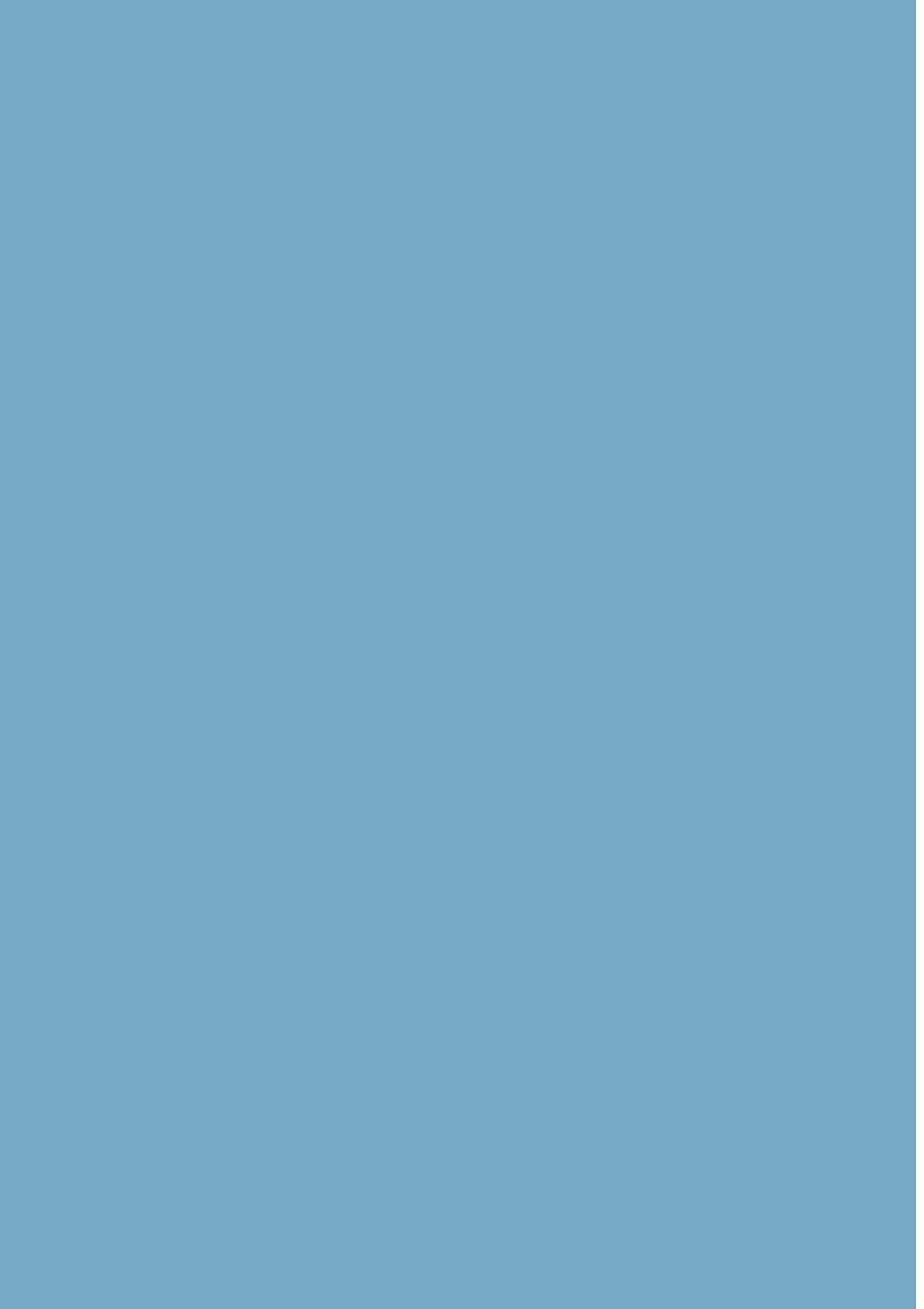
NÚMERO II - MARZO 2016

“Cultura es el aprovechamiento social
de la inteligencia humana”

Gabriel García Márquez

Universidad
Industrial de
Santander





PRESENTACIÓN

Dossier regional

	JESÚS ZÁRATE MORENO	10
JESÚS ANTONIO ÁLVAREZ FLÓREZ	JESÚS ZÁRATE: PADRE, ESCRITOR Y AVENTURERO	14
JUANDIEGO SERRANO DURÁN	EL HOMBRE QUE NO CONOCIMOS	24
EDUARDO ZÁRATE REY	LA REMINGTON	64
JESÚS ZÁRATE MORENO	UN GRAN VENCIDO: EL HOMBRE DE EUROPA	66
• LA CRÍTICA CONTRA LA CRÍTICA • ASÍ ES COLOMBIA: LECCIÓN EN MIL PALABRAS	• POEMA EN SEIS SUSPIROS	

Nuevas corrientes intelectuales

NORBERT ELIAS	SOBRE LA OBSERVACIÓN DE LA NATURALEZA	82
QUENTIN SKINNER	SIGNIFICADO Y COMPRENSIÓN EN LA HISTORIA DE LAS IDEAS	96

Historia

ARMANDO MARTÍNEZ GARNICA	EL ORIGEN DE LA PALABRA BUCARAMANGA	124
ISIDRO VANEGAS	LA IDEA DE JUSTICIA EN LA SOCIEDAD MONÁRQUICA NEOGRANADINA	134
MANUEL ARANGO ECHEVERRI	LOS BILLETES DEL ESTADO INDEPENDIENTE DE CARTAGENA	156

Artes

MELBA ABRIL RODRÍGUEZ	ÓSCAR RODRÍGUEZ NARANJO: DE APRENDIZ A MAESTRO	178
JOSÉ IVÁN HURTADO HIDALGO	JESÚS PINZÓN URREA, ARTISTA INTEGRAL Y CON CARÁCTER	190

Filosofía

	DOSIER SOBRE LA AUTONOMÍA DEL OBRAR DE LOS HOMBRES MODERNOS	196
MARTIN HEIDEGGER	LA ATESTIGUACIÓN POR PARTE DE LA EXISTENCIA HUMANA DE UN PODER SER UNO MISMO	200
IMMANUEL KANT	LA AUTONOMÍA DE LA VOLUNTAD COMO PRINCIPIO SUPREMO DE LA MORALIDAD	206
THEODOR W. ADORNO	EDUCACIÓN PARA LA EMANCIPACIÓN	210
JOHN STUART MILL	DE LA INDIVIDUALIDAD COMO UNO DE LOS ELEMENTOS DEL BIENESTAR	220

Literatura

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ	EL TRABAJO GUSTOSO	236
ADELAIDA SOURDIS	UNA IDEA PERNICIOSA	248

Maestros supremos

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE	LAS MUJERES BUENAS	254
----------------------------	--------------------	-----

1927-1937
1927 - 1937
1927 - 1937

El Santo Reloj
IV

Jesús

Alma

Dossier regional

geografía
Historia de las fundaciones de las
ciudades: parte que trata de las fundaciones
de las ciudades: la que se refiere a la vida y los usos
de las ciudades: la que se refiere a las artes y
oficios: la que se refiere a las ciencias y
artes: la que se refiere a las costumbres y
usos: la que se refiere a las leyes y
reglamentos: la que se refiere a las
costumbres y usos de las ciudades.
Historia de las fundaciones de las
ciudades: parte que trata de las fundaciones
de las ciudades: la que se refiere a la vida y los usos
de las ciudades: la que se refiere a las artes y
oficios: la que se refiere a las ciencias y
artes: la que se refiere a las costumbres y
usos: la que se refiere a las leyes y
reglamentos: la que se refiere a las
costumbres y usos de las ciudades.

Zárate Moreno



El tiempo va cubriendo con el polvo del olvido los pequeños tesoros, obras maestras que en su momento brillaron con la presencia misma de quien labrara el más allá de las fronteras físicas de este país, con sus manos de tinta, con historias imaginarias que nacían de un contexto y un horizonte. Una generación que creció y se hizo en la primera mitad del siglo veinte, que tejió con la maestría del encanto y recreó el imaginario mundo de una nación inmersa en la convulsión de las guerras que se inventaron los hombres, jugando con la muerte.

Uno de esos tesoros es la obra de Jesús Zárate Moreno, escritor, periodista, jurista y diplomático colombiano nacido en 1915 en Málaga, Santander. Un ilustre desconocido por unas generaciones que hoy viven presionadas por la velocidad del tiempo. En mi caso particular, fue solo en 1973, por obra y gracia de Clarita, en los años de la universidad, que llegó a mis manos la primera edición de la novela *La cárcel*, premio Planeta 1972. Conocimos en su momento parte de su obra narrativa. Con el paso de los años, ya en la dirección cultural de la Universidad Industrial de Santander, en pleno siglo veintiuno, se emprendió una labor de rescate de los autores regionales, recreados incansablemente por la mirada crítica de un amigo de siempre, Orlando Serrano Giraldo, un compañero que nos familiarizó con la obra de tantos escritores nuestros que hicieron parte de la historia cultural de la región y que le aportaron a la construcción de una literatura de nación.

Las relecturas comenzaron a dar razón de la importancia de los autores regionales. Se inició un proyecto de divulgación a través de la colección Biblioteca Mínima Santandereana, pero en esa oportunidad no pudimos publicar una selección de cuentos de Zárate Moreno, pues no encontramos a los herederos de los derechos de autor. En 2014, en la colección digital Lecturas de los Santanderes, de la Biblioteca Nacional, se incluyó su obra cumbre, *La cárcel*, que se pudo publicar gracias a una especial coincidencia que nos permitió llegar a Néstor Zárate Rey, hijo mayor del maestro, residente en los Estados Unidos.

La generosidad y el interés porque la obra de su padre se conociera nos impulsaron a recrear la posibilidad de rescatar la obra completa de

Jesús Zárate. Conocimos posteriormente a Eduardo Zárate Rey, residente en Bogotá, quien nos recibió con esa misma generosidad. Emprendimos la labor de gestionar las *Obras* de Jesús Zárate Moreno desde mediados de 2015 con el equipo de la Fundación Santandereana para el Desarrollo Regional, conformado por Juandiego Serrano Durán, Orlando Serrano Giraldo y quien escribe, apoyados por Jesús Antonio Álvarez Flórez y Fabián Mauricio Martínez González, colaboradores en Bogotá. Para poder consolidar la propuesta, logramos la comprensión y apoyo del rector de la UIS, Álvaro Ramírez García, y de Óscar Roberto Gómez Molina, director de publicaciones de la Universidad. Así comenzamos esta renovada tarea de recuperación de nuestra propia identidad, para poder valorar el patrimonio intelectual regional, a través de la colección Biblioteca Santander. Nuestro deseo es que llegue a todos los rincones del departamento, en el que se desconocen realidades históricas y verdades profundas de hombres y mujeres que han participado en la construcción de una espiritualidad y un sentimiento de vida que, lejos de perderse en el tiempo, nos identifica.

En esta entrega de la *Revista de Santander* presentamos una muestra de la vida y obra de Jesús Zárate Moreno, conmemorando el primer centenario del natalicio del escritor (1915-2015) y anticipando el cincuentenario de su fallecimiento, a cumplirse en 2017. Queremos dimensionar el patrimonio de un hombre universal que se crió en esa tierra de la provincia de García Rovira, cargada de montañas. Estas, en la luz del día, cierran el horizonte de las miradas, y en las noches enmarcan la transparencia de un cielo que regala la dimensión misma del universo, que nos acompaña y nos hace soñar con la inmortalidad.

Luis Álvaro MEJÍA ARGÜELLO

Coordinador editorial de las Obras de Jesús Zárate Moreno

La *cárcel*, de Jesús Zárate, fue en un principio una obra de teatro que el autor santandereano escribió en Nueva York, y a la que tituló *Nuestra adorada cárcel*. Eso me cuenta Eduardo Zárate, su hijo.

Estamos en el Juan Valdez de la Carrera 6 con Calle 70, en Bogotá. Hablamos de la novela de su padre y del humor que hay en ella. “Era natural en él”, dice. “Mi padre fue un gran lector de Chesterton, Pitigrilli y Montanelli”. Yo, que solo conozco al primero, pregunto por los otros autores. “Son humoristas”, dice, y una posterior pesquisa en internet me dice que el primero es autor de *La gran impúdica*, una colección de relatos de humor ácido; y que el segundo escribió *Historia de Roma*, un texto histórico tan apasionante como divertido, según la reseña que consulté. Don Eduardo, que recuerda el repiquetear de la máquina de escribir de su padre cada noche, mientras él intentaba dormir, responde a una de las preguntas que me hice luego de leer *La cárcel*: ¿cómo un hombre de provincia, a comienzos del siglo XX, alcanzó una cultura literaria tan amplia?

—Él fue huérfano de madre siendo muy niño, y el hijo menor de su familia. La lectura fue para él una forma de protección. Acabó pronto con la biblioteca municipal, y quería más.

Y añade:

—A los diecinueve años lo nombraron redactor de *Vanguardia Liberal*, en



Jesús Zárate (ca. 1930). Archivo personal Eduardo Zárate Rey.

Bucaramanga. Dos años antes había salido de su casa, en Málaga.

Sonríe. Yo recuerdo fragmentos de la novela y el nombre de algunos de los autores citados por el santandereano: Kafka, Sartre, Camus y Dostoievski... ¿Cuántos en su época habían leído a dichos autores? Si la lectura lo protegió de la orfandad, pienso, también es cierto que lo aisló de mucha gente. ¿Con quién podía conversar de esos escritores?

—Con Tomás Vargas Osorio —me dice luego de plantearle la pregunta.

La cárcel ganó el Premio Planeta en 1972. Zárate había muerto cinco años atrás. Fueron sus hijos los que enviaron el

*Licenciado en Español y Literatura por la Universidad Industrial de Santander. Magíster en Literatura por la Universidad de los Andes.

JESÚS
ZÁRATE

LA CÁRCEL



Primera edición de *La cárcel* (Planeta, 1972). Sobrecubierta: Riera Rojas.

manuscrito a España, y fue la esposa del difunto, Alicia Rey López, la que recibió la llamada. “Pero él está muerto”, supongo yo que dijo la mujer, y se lo planteo a don Eduardo, quien asiente. Desde entonces, la editorial modificó las bases del certamen para que este no se pudiera ganar de manera póstuma.

En *La cárcel*, Antón Castán, el personaje narrador, comparte celda con Antonio “El gordo” Tudela (cronista, policía, detective y criminal: todo en uno); David Fresno, de profesión escritor (escribía cheques falsos); Míster Alba, un “internacionalista” que vendía pasaportes de cualquier nacionalidad; y Braulio Coral, preso por enamorarse de dos mujeres y casarse con ambas. La situación recuerda aquel famoso pasaje de *Don Quijote de La Mancha*, en el que el hidalgo libera a la cuadrilla de galeotes de la que hace parte Ginés de Pasamonte, reconocido criminal, y en la que uno de los ladrones que lo acompañan le dice al caballero andante: “Estoy preso por enamorado: me enamoré de una batea de ropa, la abracé y no la quise soltar”.

Pero don Eduardo, al inicio de nuestra charla, me dijo que la novela fue, en sus orígenes una obra de teatro.

—Por eso es tan visual —afirma—. Hay mucho diálogo, el ritmo es constante y cada intervención está pensada en términos de teatro.

Calla. Luego de una pausa dice:

—Mi padre fue un gran amante del teatro. En Estados Unidos leyó muchas obras y se inició en la dramaturgia.

—¿Las leyó en inglés?

—Unas sí, otras no.

—Dónde aprendió el idioma.

—Por su cuenta. Leía mucho — confirma, y sonríe.

Pero don Eduardo no solo habla de los libros que escribió su padre. Habla también de su vida, de sus viajes. “Él, gracias a la amistad que tuvo con Gabriel Turbay, se hizo diplomático. Viajó por España, Cuba, Estados Unidos, México y Suecia”. Incluso conoció a Fidel Castro.



J. Zárate (ca. 1947).

Le pregunto al respecto, pero me dice que me contará más detalles en otra ocasión.

El cartero, la segunda novela de Zárate, apareció en abril de 1973, cinco meses después de la primera edición de *La cárcel*. En ella encontramos a Antonio París, un hombre que lee solamente el horóscopo de los periódicos *Azul y Rojo*. Antes, dichos diarios tenían una clara tendencia política; pero Antonio terminó por reconocer que, al igual que los partidos que representaban, acabaron por parecerse. Podía leer uno y decir, sin pena, que había leído el otro de cabo a rabo. En lo único que se diferenciaban era en el horóscopo, y según los augurios de este, Antonio era un día del partido azul y otro día del partido rojo.

Uno de los diarios le anuncia que recibirá una carta, y él, solemne, se lo comunica a su criada. Pero el cartero no llega. Días después aparece y le entrega la misiva; pero si bien esta tiene la dirección exacta de su casa (Avenida Independencia N° 15), va dirigida a Antonio Madrid. Nuestro personaje entra en confusión. La novela nos aclara que él fue



J. Zárate (ca. 1950).

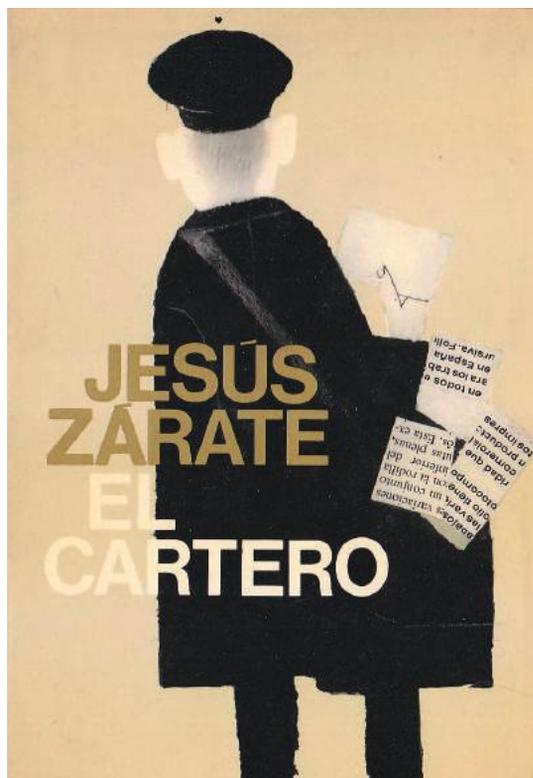


J. Zárate (ca. 1966).

J. Zárate junto a presidente Juan Bosch (Santo Domingo, 1965). Archivo personal, Néstor Zárate Rey.



Primera edición de *El cartero* (Planeta, 1973). Sobrecubierta: Riera Rojas.



18

abandonado junto a una peluquería—la peluquería París—, que estaba a cargo de Antonio, su dueño. ¿Y si la carta revela algo sobre su origen, sobre su verdadera identidad? Con el paso de las páginas el humor crece, y el parecido con Kafka se hace inevitable.

—Son pocos los autores colombianos de los que pueda decirse que tienen un humor tan fino —le digo a don Eduardo—. *La cárcel* es un alegato divertidísimo sobre la libertad y la culpa, y *El cartero* es una gran novela sobre la soledad y la identidad.

—Y aun así se han leído poco en Colombia —dice con pesar.

Me muestra los cuadernos en los que su padre escribió *El cartero*. Son unos volúmenes pequeños, de color rosado, en cuyas tapas veo unos indígenas, escondidos tras unas palmeras, en el momento en que divisan los barcos que llegaron a la isla La Española.

—Son de República Dominicana. Mi papá viajó mucho —enfatisa.

En sus hojas veo la letra del autor: rápida, ilegible, endemoniada. Sobre ella hay

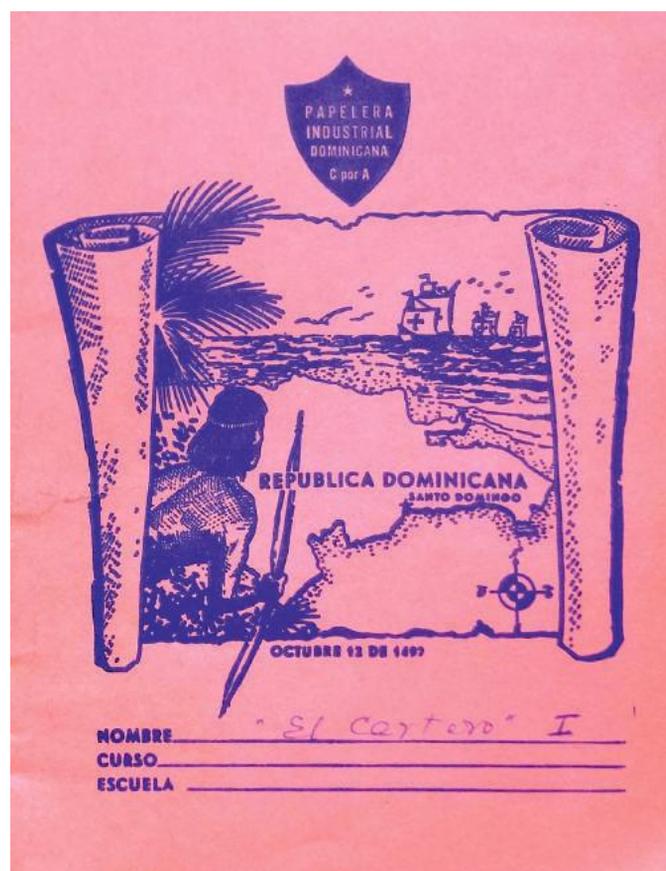
líneas diagonales que interpreto como tachones. “No lo son”, me dice. “Mi papá escribía a mano y luego pasaba todo en limpio, a máquina. Las líneas indican las páginas que ya digitó”.

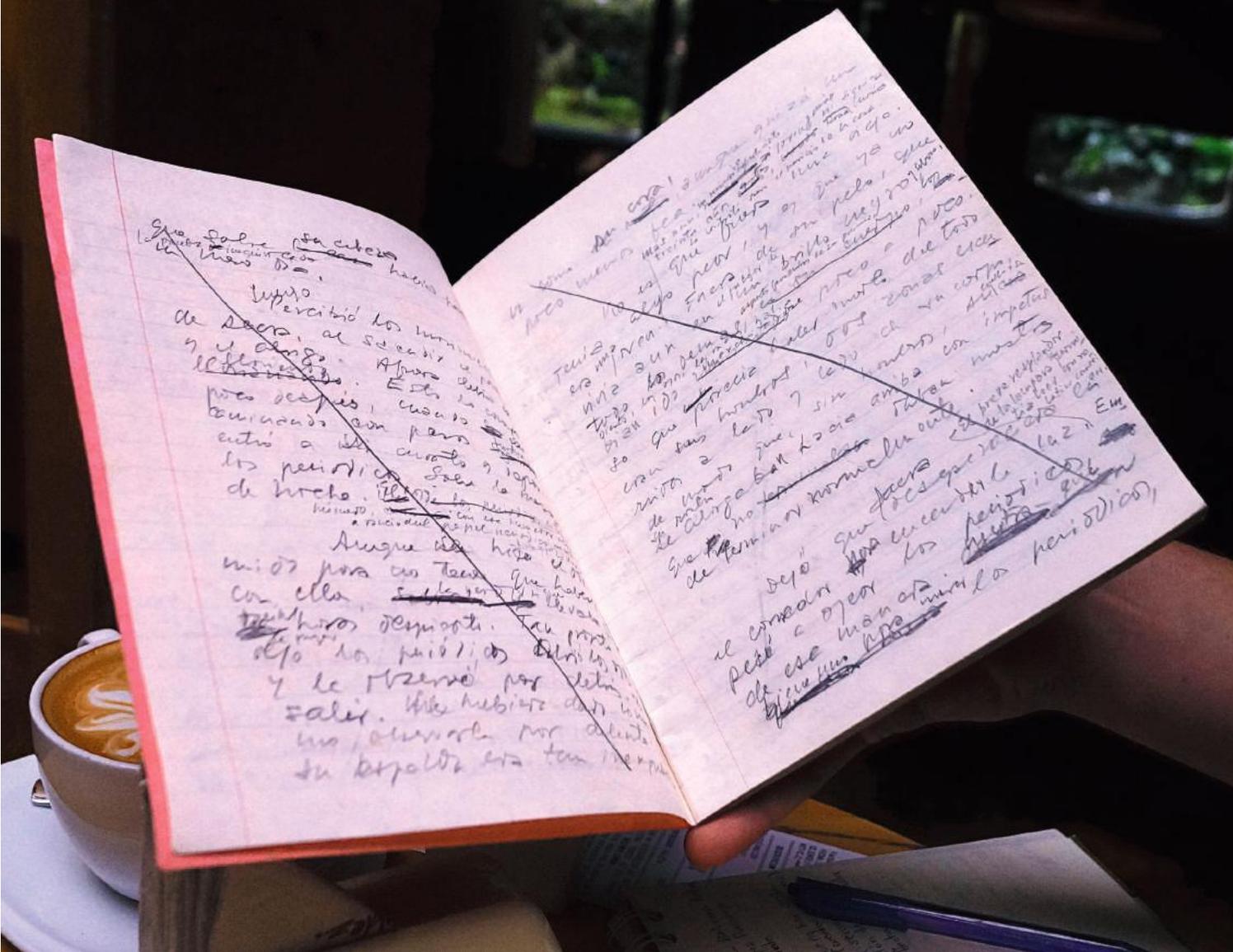
Estamos de nuevo en el Juan Valdez de la sexta con setenta. Fabián Martínez me acompaña. Toma fotos del cuaderno y le pide a don Eduardo que lo sostenga. Él obedece, sonrío y espera con gusto las fotografías. Quiere verlas. Las aprueba y nos pregunta si las mismas saldrán publicadas.

—Sí, claro —le decimos—. Todo esto hace parte de un homenaje a la vida y obra de su padre.

Él, mientras nos cuenta más detalles sobre los viajes (de acuerdo con su testimonio, Zárate conoció, en República Dominicana, a Graham Greene), nos dice que conserva la máquina de escribir con la que el santandereano escribió *La cárcel*. La noticia nos sorprende y hablamos un poco más sobre el libro. Para don Eduardo, es difícil que una

Portada del cuaderno original manuscrito en el que J. Zárate escribió la novela *El cartero*. Archivo personal, Eduardo Zárate Rey.





Manuscritos de El Cartero

novela colombiana, con excepción de *Cien años de soledad*, haya vendido tantas copias.

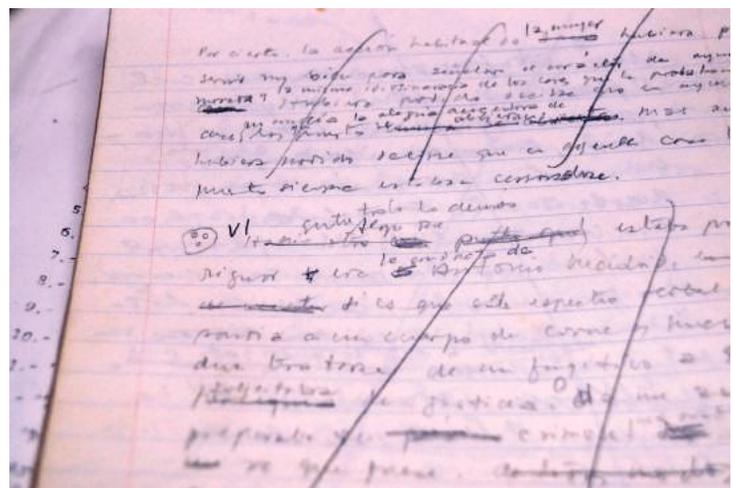
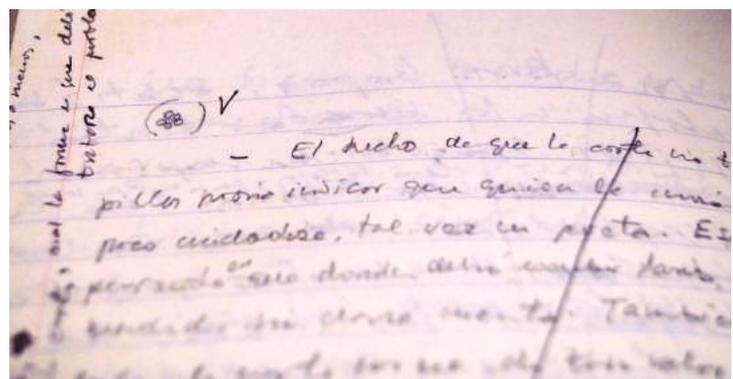
—Yo ya perdí la cuenta de los ejemplares que editó Planeta —dice—, pero pueden ser algo más de medio millón.

La cifra nos sorprende. Fabián y yo confirmamos que, a la fecha, un autor que venda dos mil copias de su libro puede darse por bien servido.

—Mi papá siempre quiso que lo publicaran en Colombia —dice—. Él presentó el manuscrito de *La cárcel* a varias editoriales, pero nunca le dieron respuesta. Tal vez si la hubiesen publicado aquí la novela no habría tenido renombre.

Una de esas editoriales fue Tercer Mundo. La familia, con autorización del padre, le envió el libro a Belisario Betancur, el ex presidente, quien amablemente la rechazó, no sin antes enviar un cordial saludo al autor.

En España, por su parte, se hicieron varias ediciones de la novela;





Jesús Antonio Álvarez Flórez, con Eduardo Zárate, en el Juan Valdez de la carrera 6 con calle 70, en Bogotá.

pero, tristemente, estas no circularon por Latinoamérica.

—Y eso que mi padre no solo fue el primer colombiano en ganar el Premio Planeta, sino también el segundo latinoamericano.

Doña Alicia Rey y sus hijos varones, don Eduardo y su hermano mayor Néstor, rescataron un día el manuscrito de *La cárcel*. Descubrieron que su padre había hecho varios cambios y, por ello, pasaron en limpio la nueva versión. La tarea fue titánica. Doña Alicia podía, en gran medida, leer la letra de su difunto esposo. Luego de concluir con la labor, la enviaron al concurso bajo el pseudónimo de Pablo Lepanto.

—Me gustaría que hablaran de ella, de mi madre —dice—. Gracias a lo que hizo se conoce la novela.

Fabián y yo asentimos, y don Eduardo nos enseña una foto de Alicia Rey López: joven, guapa, elegante.

—Fumaba mucho —dice.

Y agrega:

—Pero el homenaje que se merece no es por eso, sino porque era la única que podía entender la letra de mi papá.

Reímos. Don Eduardo abre un sobre de manila, roto en los costados, y nos enseña unos cuadernillos.

—Mi papá tenía la costumbre de cortar hojas de papel *bond* en ocho partes. Las ataba con un clip y las guardaba en su bolsillo. Luego descubrió que en la papelería vendían agendas.

Nos muestra una de esas libretitas artesanales. El tiempo ha oxidado las grapas. Intento leer uno de los fragmentos del santandereano. Reconozco unas cuantas palabras: mujer, ciudad... Hay otra que tal vez significa sol. Zárate tiene letra de prisionero.

—Sí —digo—. Hay que hacerle un homenaje a su madre.

Ahora estamos en la casa de don Eduardo. Han pasado más de tres semanas

desde la última cita. Nos brinda café (confirmo que siempre nos vemos de mañana, tomamos café y hablamos de lo mismo) y nos pide pasar a la sala. Sobre una mesa hay varios sobres blancos.

—Son las columnas de mi padre en *El Espectador*.

Los sobres tienen fechas: 1950. Enero. 1951. Marzo-abril. Hay una hoja que, a modo de inventario, contiene el título de todos los documentos que allí se guardan.

—Él escribía una columna semanal. La llamó “Pabellón de reposo”.

Zárate firmaba bajo el pseudónimo de Zalacaín. Un homenaje al personaje de Pío Baroja.

—Yo fui a la biblioteca Luis Ángel Arango por varios años y consulté los archivos de *El Espectador* de la época —dice—. Mi papá escribía un cuento corto a la semana. Esto es lo que pude rescatar.

Fabián toma varias fotografías. Son más de seis sobres, repletos a reventar, más otros archivos que don Eduardo tiene en su poder.

—Les tengo un regalo —dice.

Nos da una revista encuadernada, escrita en francés.

—Es la revista de Sartre. Ahí publicaron un capítulo de *El cartero*.

Es tanta la emoción que sentimos que Fabián se olvida de su trabajo. Un codazo de mi parte le recuerda que debe tomar la cámara. Hace unas fotografías del texto mientras hablamos del alcance de la obra de Zárate.

—Esto saldrá publicado, ¿verdad?

Decimos que sí. Es fácil reconocer en él a un gran admirador de la obra de su padre.

—¿Y esa es la máquina de escribir? —pregunta Fabián.

—Ah, sí. Esa es la máquina de *La cárcel*.

Don Eduardo nos enseña un aparato viejo, aún servible, de incalculable valor

literario. Lo levantamos por turnos y nos tomamos unas fotos con él.

Volvemos a los textos. Encontramos uno en el que Zárate, como diplomático, entrevista a Fidel Castro. Es un documento privado, de carácter confidencial. Así lo dice el rótulo.

—Sabrán ustedes que, solo por eso, no se puede publicar, ¿verdad?

Asentimos y seguimos mirando fotos y documentos.

—Cuando yo tenía quince años, mi papá quiso que fuéramos a Bucaramanga. Le parecía un viaje necesario, casi obligatorio. Nos hospedamos en el hotel Bucarica y fuimos a visitar la casa de mi mamá. “Quinta Estrella”, junto a las vegas del río.

Le pregunto a Fabián si sabe dónde queda ese lugar.

—No sé si aún se mantiene. Ojalá que sí —añora don Eduardo.

Una llamada a Orlando Serrano, conocedor y experto en literatura santandereana, nos confirma que la casa se encuentra en Girón y aún está de pie.

—Me gustaría volver a verla —dice.

En esta oportunidad, como intuye el lector, hablamos poco de la obra de Zárate. Don Eduardo quiso compartirnos objetos y recuerdos de la familia. Fotos de su padre. Cartas con Tomás Vargas Osorio, Eduardo Santos y Gabriel Turbay. Anécdotas de Madrid, París, Cuba y República Dominicana. Fotos de su madre en Estados Unidos, de su abuelo materno. Fotos de Málaga, el pueblo en que nació su padre. Allí, la biblioteca municipal lleva el nombre del escritor.

—¿Será que la dirección que aparece en *El cartero*, Avenida Independencia N° 15, es una referencia al hecho de que, a esa edad, se fue de la casa? —me pregunta.

No lo sé. Su pregunta es la conjetura de un admirador.

—A los diecinueve años ya era Redactor en *Vanguardia Liberal* —repite,

LA NOUVELLE
REVUE
DES DEUX MONDES

FONDÉE EN 1829 FÉVRIER 1974 LE NUMÉRO : 8 F.

NOS AMIS AMERICAINS	FRANÇOIS SEYDOUX	257
SUR LA MORT DE PEGUY	MAURICE SCHUMANN	265
CINQ PETITES LITURGIES DE CAREME	PATRICE DE LA TOUR DU PIN	282
LE PROPHETE DE L'OR	ANDRE PIETTRE <i>de l'Institut</i>	304
UN SAGE DANS LA CITE : JACQUES MARITAIN	MICHEL RIQUET S.-J.	308
LA LECON D'UNE CRISE	RENE GRANIER DE LILLIAC	322
HITLER par Joachim Fest	GENEVIEVE TABOIS	333
CE QUE L'EXIL M'A APPRIS	ANDRE DAVID	339
LES MERITES DE L'INSOLENCE	RICHARD SINDING	342
AMERIQUE LATINE :		
JARDINS POSSIBLES	ROGER CAILLOIS <i>de l'Académie française</i>	347
LA NEGRITUDE ET L'AMERIQUE LATINE	LEOPOLD SEDAR SENGHOR <i>de l'Institut</i>	351
LE FACTEUR ET LE DOCTEUR QUI LIT ENCORE GOMEZ CARRILLO ?	JESUS ZARATE	358
UNE SCIENCE NOUVELLE : LA PREVENTION DES ACCIDENTS LES PARADOXES DE L'ECONOMIE SUISSE	EDUARDO AVILES RAMIREZ	365
PROPOS	HENRI CUNY	370
LA POLITIQUE INTERIEURE A L'UNIVERSITE	ROBERT BORDAZ	377
.....	GASTON PALEWSKI <i>de l'Institut</i>	383
.....	JOSEPH BARSALOU	396
.....	MARCEL GABILLY	400
.....	PASCAL ARRIGHI	403

LES CHRONIQUES ET ESSAIS DE : PIERRE DE BOISDEFRE. — GEORGES CHAREN SOL. — MAURICE RHEIMS. — PHILIPPE SENART. — YVAN CHRIST. — FERNAND LOT. — PAULE FOUGERE. — PIERRE-PETIT. — MIHAI DE BRANCOVAN. — MARC PINCHERLE. — ROGER REGENT. — PIERRE AUDINET. — CLAUDE BOURILLON. — RENE ELVIN. — KEITH GOESCH. — ANDRE PARROT, de l'Institut. — ROBERT DE BILLY. — HENRI PETIT. — MICHELE SAINT-MARC. — JACQUES DE RICAUMONT. — FREDERIC GRENDEL. — PIERRE SOUDOT. — RENE HERON DE VILLEFOSSE.

15, RUE DE L'UNIVERSITÉ - PARIS-VII^e — Tél. 548-26-55

22

La Revista de *Los Dos Mundos* (París, febrero de 1974), publicó en francés el capítulo XII de *El cartero*. Archivo personal, Eduardo Zárate Rey.

como en nuestro primer encuentro—. Por esa época conoció a mi mamá y a Tomás Vargas Osorio, su amigo y también escritor.

Vuelve a la correspondencia personal, nos la presenta y queda a la espera de una opinión.

—¿Su padre fue abogado?

—pregunto.

—No, pero tenía un gran criterio jurídico.

La duda viene a que eso es lo que afirman las solapas de sus libros, en las que, por lo general, siempre aparece la misma foto.

—Pero tiene más —dice don Eduardo—. Y sin corbatín.

Nos enseña unas en las que aparece en mangas de camisa, y otras en las que parece cónsul o embajador.

—La gente antes era elegante hasta para viajar —dice.

Pero la elegancia de Zárate también está en su escritura. Hay en ella un humor fino y universal. Insisto en el tema, pero



don Eduardo siempre afirma que era algo natural en él, alimentado por sus lecturas. No dice más.

—Supongo que le gustaban las obras de Twain y de Wodehouse.

—Twain... Sí, claro. Al otro no lo conozco.

Da vueltas por la casa en busca de algo. No ha dejado de hacerlo desde que llegamos. Gran parte de lo que hay en su casa son textos de su padre, recuerdos familiares. Lo estará buscando a él, supongo. Una parte suya que pueda compartirnos.

—¿Otro café? —pregunta.

Respondemos que sí.

Oímos la cafetera en la cocina y seguimos concentrados en el material que se



amontona en la sala: cartas, revistas, fotocopias, fotos familiares. Don Eduardo pregunta si todo ello aparecerá en esta nota.

—Sí, eso espero.

—Lo de Fidel no se puede publicar —repite.

—No hay problema. ¿Podemos leerlo?

—Sí, pero no vayan a decir nada.

La nota es un informe diplomático fechado en marzo de 1959. Meses atrás había caído el dictador Fulgencio Batista y triunfado la revolución cubana. Al final del documento Fidel habla del Bogotazo.

—¿Esto es cierto? —señalo con el índice, y leo en voz alta.

Don Eduardo dice que sí, que eso es lo que dijo el líder cubano y repitió su padre en casa. “Mi papá estuvo en la República Dominicana de Trujillo, en la Cuba de Fidel y en la España de Franco. Por si fuera poco fue amigo de Turbay, quien se enemistó con Gaitán. Hay muchos textos políticos sin editar”, dice. “No solo viajó. También escribió, fue autodidacta y diplomático, y un gran conocedor de la política de su tiempo”. Yo quisiera seguir hablando con él de *La cárcel*, *El cartero* y los cuatro libros de cuentos que su padre publicó en vida. Pero él vuelve al episodio de La Habana y nota mi interés.

Le pregunto más al respecto; pero me dice, con una suave sonrisa, que me contará más detalles en otra ocasión. ❁

Máquina de Jesús
Zárate

HISTORIADOR POR LA UNIVERSIDAD Industrial de Santander. Una buena parte de la información biográfica aquí presentada corresponde a la compilación sistemática de documentos sueltos, hojas personales y correos electrónicos, reunidos y establecidos con los herederos de Jesús Zárate, dadas las incontables contradicciones que se pueden encontrar en los artículos y apartes de prensa publicados sobre su vida y obra; evidencia del conocimiento fragmentario que existió hasta el momento sobre el autor santandereano.



Cuando la vida de los hombres se suscribe exclusivamente a su paso corpóreo por el mundo, la gratitud de la vida misma es compartida a través de los sentimientos y experiencias explayadas en un lugar, en un tiempo y en las veleidades con que la lentitud y el vilo de las horas suelen transcurrir cuando la muerte es apenas un viso del futuro. La consciencia y el saber se otorgan presupuestos cuando, en el desarrollo de la vida, los que vivimos entendemos el mundo de una manera conjunta, por encima de las diferencias. Pero pronto el mismo tiempo se encarga de confesar su paso indeleble, acelera las horas y las borra de un plumazo, entregando responsabilidades no solicitadas a los compañeros de vida de aquel ser que dejó de estar en el espacio compartido. Cuando las personas dejan de estar en su lugar, el silencio toma la vocería, y con elegante presencia, aparece la memoria en la forma de una escrupulosa intrusa de modales finos y tacto maternal. La consciencia y el saber dejan de ser presupuestos de vida en el mismo momento en que los vivos sienten la necesidad de inmortalizar lo visto, lo experimentado, lo compartido y lo admirado, en un tiempo. Y ese arte, es el arte de los pocos, aquellos que anticiparon a la muerte para

hacer la tarea por todos: morir antes de tiempo, en los sustratos de la metáfora, para darle vida a lo que inerte proclive es y fue, que es la preocupación por el futuro de un lugar.

En Santander, la tierra inmortal de una cordillera partida por un frondoso caudal y caseríos incrustados en lugares sinrazón, nació a comienzos de siglo veinte un generoso y cachetón ser dispuesto a mimetizarse con la frondosidad de su geografía y los interloquios de su sinsentido, para asumir la idónea tarea de trascender a su veneno hereditario, que es la melancolía de ser todo aquello que no se pudo, aquella dejadez vital que sufre el que, en la aridez, se niega el darse un baño de río, teniéndolo en frente. Allí nació alguien capaz de expresar la inspiración de salir de ese lugar, sin abandonarlo. Un hombre universal con el don de la ubicuidad.

LA VIDA DEL HOMBRE

Jesús Zárate Moreno nació el lunes 20 de septiembre de 1915 en el municipio de Málaga, provincia de García Rovira, en el departamento de Santander, Colombia. Se lee en su partida de bautismo:

En la Santa Iglesia parroquial de Málaga, a 13 de diciembre de 1915, yo, el infrascrito





Jesús Zárate
(ca. 1940).

párroco, bauticé a un niño que nació el 20 de septiembre último, a quien puse el nombre de Félix Jesús, hijo legítimo de Isidoro Zárate y Lucía Moreno, vecinos de esta parroquia. Archivo parroquial de Málaga. Libro 30, Folio 271, Partida 459.

Oriundo de una población que en 1918 reportaba ocho mil quinientos dieciséis habitantes¹, el niño Jesús fue el menor de una

1 En el registro del censo de población de la dirección departamental de estadística de la Contraloría de Santander, Málaga registró en 1912 un total de 7.630

numerosa familia compuesta por nueve hijos, siete varones y dos mujeres, encabezada por don Isidoro Zárate Rojas, quien vivió junto a sus descendientes el fallecimiento temprano de su esposa y madre de familia, doña Lucía Moreno Moreno. Cuenta Eduardo Zárate Rey, hijo de Jesús Zárate: “A mi abuela mi papá casi ni la conoció, diría que tendría unos cuatro años cuando falleció. Mi abuelo continuó su vida en Málaga hasta que enfermó de cáncer, y recuerdo que mi papá fue a Málaga y lo llevó a Bucaramanga, donde terminó falleciendo”. Don Isidoro falleció en 1950.

En la obra con la cual logró integrar los elementos de su vida, acogió la voz del personaje principal, que era él mismo, para dedicar algunas palabras a sus padres. En *La cárcel* incluiría a don Isidoro en la figura del alcaide punitivo de una cárcel de pueblo, con quien había crecido, hablando de su vida solitaria como hijo menor de un funcionario administrativo en una casona donde ya no estaba la madre. A su madre incógnita se referiría en algunos apartes del diario, cuando, al hablar del rosal artificial que conservaba junto a los demás presos en la celda, confesaba el por qué cuidaba la flor: “Riego la rosa, que empieza a envejecer, pero que aún se mantiene altiva, con sus postizas venas de savia fallecida, con sus pétalos disecados, de color sangre falsificada”²

En la charla, uno de los compañeros de celda concluiría: “[...] quizá la está guardando para lucirla el día de la madre. Una flor muerta para una madre muerta”. La

habitantes. En 1918 ya contaba con 8.516, distribuidos en 3.948 mujeres y 4.568 varones. En 1928 la población había aumentado a 11.405 personas y en 1937 a 13.027. En 2015 Málaga registra una población superior a los 28.000 habitantes. Ver: Contraloría del Departamento. *Anuario Estadístico de Santander, 1937*. Bucaramanga, Dirección Departamental de Estadística, 1937, p. 10.

2 Zárate Moreno Jesús. *La cárcel*, 1ª edición. Barcelona, Planeta, 1972. Capítulo: “Sábado, octubre 17”, p. 22.

presencia de la madre fallecida reapareció cuando mencionó que, teniendo ocho años de edad, lo único que sobrevivía de su madre era la estampa de un retrato, en un agobiante hogar en el que se había quedado solo con un padre, a quien también dedicó conmovedoras palabras: “En el orden emocional me movían hacia mi padre sentimientos de afecto y gratitud y respeto que nunca se desvanecieron del todo. Por el contrario, se afirmaron y purificaron cuando abandonó este mundo”³.

Su padre, en efecto, ejerció en su vida funciones públicas, pues fue personero municipal de Málaga. Zárata no abandonaría la novela sin hacer una referencia única a uno de sus abuelos, a quien señaló de antiguo coronel en la Guerra de los Mil Días, presumiendo del asunto en la realidad.

El que fuese hermano menor y un niño prácticamente huérfano de madre, probablemente lo hicieron tímido, distante y ensimismado, un muchacho al que el peso de los años iniciales no le impidió desarrollar tres características primordiales para la expresión de su vida, no exclusiva de su personalidad, como lo fueron la observación, la lectura y el sentido de lugar. Hernando Pardo Ordóñez, compañero de infancia de Zárata y también cronista y relator, expresó el entorno que de niño terminó por caracterizar al autor santandereano: “[...] compartimos las bandas de la escuela pública, cuando gozábamos de una alegre niñez que se desenvolvía en plena libertad dentro del idílico paisaje rovirense [...]. De carácter tímido y reservado, no dejaba adivinar el gran potencial de sus capacidades literarias”⁴.

Sus años escolares transcurrieron en el Colegio San Jerónimo de Málaga, en una población de características agrestes y así mismo apacibles, en donde el sentido de

vivir no significaba lo mismo que el sentido de la vida.

En una nota acerca de las cualidades ensayísticas de Jesús Zárata, publicada alrededor de 1948 en *El Eco Nacional*, se dibujaba con delicada claridad el sentido nominal de esta tierra, al esbozar: “Iba de García Rovira, nuestra Sierra Morena, donde las “cuadrillas” y el aguardiente cerrero de Málaga acababan por darle al hombre una noción sabrosa y peligrosa de la vida”⁵.

Abriéndose campo en esto de vivir, Málaga y sus recuerdos retornaron a su memoria en los momentos en que más se alejaba físicamente, incluso de su país, recibiendo el influjo de sus lecturas para entregarse a la escritura de los recuerdos. Tiempo después de abandonar su pueblo natal, el mismo Zárata realizó un balance de su origen, expresando:

Hace poco más de veinte años y un poco menos de treinta, vivía yo en una pequeña e inaccesible ciudad de los Andes colombianos, en Santander. Era una pequeña ciudad con mucho de aldea, y en todo casi aislada del progreso del país, si es que a la sazón había progreso en el país. Lo cierto es que en Málaga no se conocían entonces los automóviles ni el cinematógrafo. De los aviones sólo se tenía una vaga referencia literaria a través de los periódicos de Bogotá o Bucaramanga que de tarde en tarde llegaban a suscriptores tan curiosos como excepcionales. La vida que llevábamos resultaba muy grata, a pesar de la monotonía de un ambiente sin diversiones públicas y sin alicientes espirituales. Como suele ocurrir siempre en los medios cerrados al avance de la civilización, hombres y mujeres formaban familias aparte. Ellas languideciendo tras la sórdida arquitectura de las ventanas,

3 *Ibid.* Capítulo: “Domingo. Octubre 18”, p. 29.

4 Pardo Ordóñez Hernando. “Jesús Zárata Moreno”. En: *Vanguardia Liberal*, septiembre de 2000.

5 Anónimo. “Síntesis: Jesús Zárata Moreno”. En: *El Eco Nacional*, Bogotá (s.f.). Recorte tomado del archivo personal de Eduardo Zárata Rey.

ellos dedicados a beber aguardiente, a jugar a gallos y a disparar de cuando en cuando en sus energías patrióticas en cruentos e incruentos tiroteos políticos⁶.

En un lugar de difícil acceso y en un ambiente familiar de vecinos con vínculos de consanguinidad, los años de su juventud colgaban “literalmente del lado de un monte dentro de la Cordillera Andina Oriental”⁷, como mencionó uno de sus biógrafos, el profesor James J. Alstrum, refiriéndose a la paradoja del vacío y la paz que, en términos vitales, representaba Málaga para Zárate. Aspecto que se expresó en la autenticidad y la morriña con que permanecieron intactos sus recuerdos, vívidos en su obra cuentística.

Quizá necesitado de expandir el limitado acceso a los diarios nacionales con que creció, Zárate interrumpió sus estudios escolares para estudiar por su cuenta en una nueva residencia, en Bucaramanga. Aunque a comienzos de siglo veinte se precipitaron las migraciones rurales a las principales ciudades colombianas, como un escape colectivo a la difícil situación que había arrojado un siglo de guerras civiles, el caso de Bucaramanga (capital del departamento de Santander, desde 1910 separado de Norte de Santander) representaba no sólo un escape colectivo para Jesús Zárate, como han afirmado algunos críticos literarios⁸, sino un espacio de oportunidades y retos personales. Llegó a realizar algunos cursos en el Colegio San

Pedro Claver, aspecto que algunos analistas han concluido como estudios culminados⁹. Sin embargo, los hijos varones de Zárate han afirmado no conocer diploma, memoria ni registro alguno que evidencie la culminación de sus estudios básicos, afirmando que su padre llegó a la ciudad, primordialmente, a ganarse un espacio de vida laboral, de forma autodidacta.

El mundo que llegó a vivir Jesús Zárate fue el de las letras, en un tiempo en el que la ciudad fue un epicentro de los *hombres de letras* del siglo veinte¹⁰. Las personas que se formaron en la primera mitad de la centuria tenían por característica acceder a profesiones básicas en la sociedad, como la abogacía, la medicina y el periodismo, sin que estas definiesen por completo el papel social de sus practicantes. La cultura, el ejercicio de la política y la avidez de la literatura eran aspectos transversales en una sociedad tendiente a su apropiación, dedicada a abrir los espacios que sus propias vocaciones les exigían, ante la carencia y la precariedad de estos temas en el derredor inmediato de sus vidas. La persona que por sus condiciones personales demostrase un conocimiento estaba en las condiciones de acceder a una posibilidad de existencia y a espacios de reconocimiento. En la escasez, existía un escenario de conocimiento abierto a la construcción, al sacrificio y al trabajo, un espacio de creación donde toda idea era susceptible de materializarse.

6 Zalacaín (Jesús Zárate Moreno), columna “Pabellón de reposo”. En: *Magazín Dominical de El Espectador*, Bogotá, Bogotá, 26 de noviembre de 1950, p. 12.

7 Alstrum James J. “Prólogo”. En: Zárate Moreno Jesús. *No todo es así*, 2ª Ed. Bogotá, Colcultura, 1982, pp. 7-20 (8).

8 “Las convulsiones de su natal provincia de García Rovira lo desplazaron primero junto con su familia a Bucaramanga, donde empezó a escribir”. España Gonzalo y Palencia Silva Mario. *Novelas santandereanas del siglo XIX: la onda sísmica de la guerra*. Bucaramanga, Editorial UNAB, s.f., p. 48.

9 James L. Alstrum en su prólogo a la 2ª edición de *No todo es así* (1982) y Juan Carlos Orrego Arismendi en su estudio “Jesús Zárate Moreno: santandereano, hispánico y universal”, publicado en el *Magazín Dominical de Vanguardia Liberal* en el año 2002, han afirmado que Jesús Zárate logró culminar sus estudios en el Colegio San Pedro Claver.

10 Ver: Díaz Vásquez Angélica María. *Las hijas mimadas del periodismo en Santander: Revistas de letras editadas en Santander, 1900-1950*. Bucaramanga, (Sic) Editorial, 2005, 107 p.

Dejó su pueblo para dirigirse a una ciudad pequeña que por entonces tenía una población menor a cien mil habitantes y que desde 1891, gracias a la implantación de la luz eléctrica, contó gradualmente con algunos progresos industriales: una planta de telefonía, una casa de mercado, casas de crédito, un servicio de fotografías, una compañía de aviación y plantas de cervecería y gaseosas, así como una cinematografía propia, desde que don Félix Joaquín Rodríguez filmara la primera proyección muda hecha por un santandereano, rodada en Bogotá y en los páramos santandereanos en 1926, titulada *Alma provinciana*¹¹. Una ciudad embelesada con la repentina presencia de automóviles, cafés, clubes sociales y salas de tertulia, lectura y redacción.

A esta ciudad llegó el joven diecisieteañero en 1932, el lugar que contaba con una prensa regional naciente, el periódico *Vanguardia Liberal*, creado un primero de septiembre de 1919 por Alejandro Galvis Galvis, y su antagonista, *El Deber*, diario fundado por una coalición conservadora en 1923, dirigido por Manuel Serrano Blanco.

La vocación de Jesús Zárate en Bucaramanga fue la del periodismo escrito. Se tuvo conocimiento de su existencia cuando colaboró con el diario *Aire Libre*, propiedad de Gustavo Puyana. Pero al poder leer, recorriendo las librerías y bibliotecas de la ciudad, su escritura pronto comenzó a requerir lectores. Alejandro Galvis Galvis era el director de *Vanguardia Liberal* en 1934, cuando ingresó al periódico en calidad de redactor, y “al reconocer sus dotes de escritor, el dirigente político liberal y propietario del periódico [...] le dio la oportunidad de convertirse en jefe de redacción de su diario”¹²,

entre 1940 y 1941¹³. La súbita aparición del joven letrado en el trabajo de la difusión le permitió generarse un espacio de reconocimiento y un primer vínculo con relaciones sociales determinantes en su vida. Recordó Hernando Pardo Ordóñez: “[...] solamente al asomarse a través de estas columnas de *Vanguardia Liberal*, tuvimos la sorpresa de conocer y admirar su verdadera personalidad, su mente abierta a las inquietudes del espíritu y su fecunda imaginación”¹⁴.

Fue en la década de los treinta cuando conoció a Tomás Vargas Osorio, con quien entabló una profunda amistad hasta su prematura muerte en 1941, a la edad de treinta y tres años. Integrante original del grupo “Piedra y Cielo”, encabezado por Jorge Rojas y Eduardo Carranza, Vargas Osorio fue una persona con quien se relacionó en el disfrute pleno de sus coincidencias. Santandereanos nacidos en provincia y emigrados a la ciudad capital, fueron también periodistas, narradores y escritores consagrados a la representación humana de su territorio original, entregados a la crisis y también a la poesía de la geografía. De alguna forma, la literatura y el espacio publicitario eran apenas el método y el medio de comunicación de unas pulsiones que iban más allá de la estética. Así se lo expresó el oibano al malagueño, en uno de los varios intercambios epistolares que sostuvieron. Escribiendo desde Bogotá y afligido por una complicación médica, en 1939 le confesó:

Pienso constantemente en volver a Bucaramanga. Aun cuando no sea más que para pasear mi cuerpo mutilado bajo un sol sin nubes hipócritas que lo cubran y para que la gente diga: “Ahora sí está definitivamente jodido”. Creo que hasta el homenaje de esta

11 Ver: Martínez Garnica Armando. “Bonita e inteligente”, crónica de Bucaramanga. En: *Santander lo tiene todo*, separata especial de la revista *Semana* (julio de 2015), Bogotá, pp. 94-96.

12 Alstrum James J. *Op cit.*, p. 8.

13 Perry Oliverio. *Quién es quién en Venezuela, Panamá, Ecuador y Colombia*. Bogotá, Oliverio Perry & Cía.-Arga, 1952. Vol. 1, p. 1056.

14 Pardo Ordóñez Hernando. *Op. cit.*

alegría le haría yo a Santander, con todo mi cariño. [...] ¿Cuándo vienes? Échate un paseo de unos días y así reanudaríamos el diálogo que rompió cruelmente el destino. Me acuerdo de nuestras charlas en el [club] Campestre y casi siento en mi piel el clima que hacía entonces, ese clima dominical de Bucaramanga, sensual y tibio como una boca de mujer¹⁵.

Ya para 1940, Zárate colaboraba con notas y variedades para los diarios nacionales *El Tiempo* y *El Liberal*¹⁶, creados en 1911 por Alfonso Villegas Restrepo y Rafael Uribe Uribe, respectivamente. *El Tiempo* había sido adquirido en 1913 por el abogado y periodista boyacense Eduardo Santos Montejó, descendiente de santandereanos, quien posteriormente contrajera matrimonio con Lorencita, hermana del fundador del diario. En su mando, la ideología liberal se asentó en los criterios editoriales, y fue así como delegó la dirección a Germán Arciniegas en 1937, cuando se preparó para asumir el cargo de Presidente de la República entre 1938 y 1942; cargo que Arciniegas legó a Roberto García-Peña, en 1939. Entretanto, *El Liberal*, creado como una tribuna política para las libertades públicas, se asentaba fuertemente en la década de los cuarenta, reabriendo sus ediciones en 1939 tras un período candente protagonizado por la polarización bipartidista, que terminó por cerrar el periódico en 1935. Para la época era dirigido por Alberto Lleras Camargo, estadista liberal que sería presidente sucesor de López Pumarejo entre 1945 y 1946. Lleras asumió la refundación del dia-

rio desde 1938, antes de retornar a la silla de gobierno en 1958 como primer representante del Frente Nacional. La jefatura de redacción de *El Tiempo* estaba a cargo del editor Oliverio Perry, mientras la subdirección de *El Liberal* estaba a cargo del ensayista y crítico literario bogotano Hernando Téllez Sierra.

La llegada al decenio de los cuarenta deparó para Jesús Zárate Moreno el ingreso a roles administrativos devenidos del ejercicio de lo público. La vinculación a los intereses liberales lo llevó a involucrarse activamente en los cargos y realidades políticas de sus partidarios, tanto en el plano de lo escrito como en el burocrático. Su principal impulsor periodístico, Alejandro Galvis Galvis, había sido gobernador de Santander entre 1930 y 1931, y lo sería nuevamente entre 1944 y 1945. Para 1940, Zárate figuraba como Secretario de la asamblea departamental, intercalando sus oficios como jefe de redacción de *Vanguardia Liberal*, y entre 1941 y 1942 fungió como subsecretario de gobierno del departamento¹⁷. Con sus primeros cargos públicos pretendió abrir un camino de relaciones políticas activas, gestadas al interior del trabajo periodístico.

El nueve de enero de 1943 se dirigió a Bogotá, para entregarse al servicio del Ministerio de Relaciones Exteriores, como se relató en una nota para el diario *El Tiempo*:

Llegó ayer a Bogotá, procedente de Bucaramanga y con el propósito de tomar posesión de un alto cargo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, nuestro distinguido amigo don Jesús Zárate Moreno, antiguo corresponsal de *El Tiempo* en Bucaramanga y una de las figuras jóvenes más gallardas de la inteligencia santandereana. Escritor de magnífica prosa y polemista sagaz y combativo, Zárate Moreno, no obstante su

15 Carta de Tomás Vargas Osorio a "Rodión", como apodaba a Jesús Zárate Moreno. Bogotá, 31 de julio de 1939. Mecanógrafo (inédito). Archivo personal, herederos de Jesús Zárate.

16 Ver: "Momias europeas hay en los restos de la cueva de Los Santos", informe del corresponsal Jesús Zárate Moreno, desde Bucaramanga. En: *El Tiempo*, Bogotá, 12 marzo de 1940, p. 10.

17 Ver: *Ordenanzas expedidas por la Asamblea del Departamento de Santander*, 1940; y Perry Oliverio, *Op. cit.*, p. 1056.



Alicia Rey López (ca. 1939)

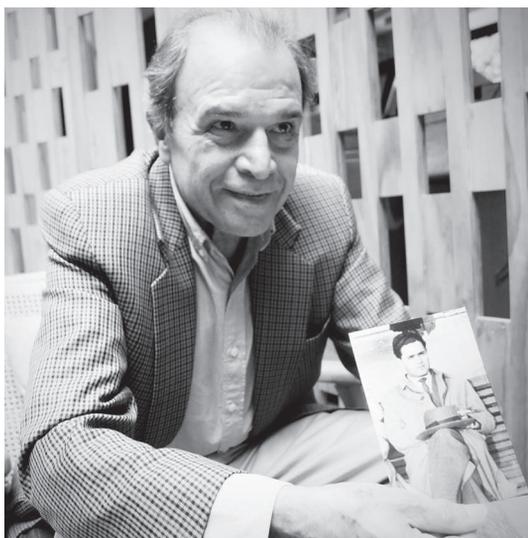
juventud, ocupa ya puesto de prestigio en el periodismo de Santander. Al saludar al dilecto amigo registramos complacidos su presencia en Bogotá, que para esta casa es particularmente grata¹⁸.

Para convertirse en diplomático, empero, al santandereano le faltaba convencimiento. Un poco antes de culminar el segundo período gubernamental de Galvis Galvis en febrero de 1945, Zárate emprendió su único y fallido intento por ingresar a la carrera política. Fue así como en enero, para las elecciones legislativas del 18 de marzo de 1945, presentó su candidatura a la Cámara de Representantes por el departamento, sin lograr encaminar su ingreso dentro de los nueve diputados departamentales, de los que fueron elegidos ocho liberales. Hernando Pardo comentó que “[...] después de tres meses de gira y discursos, fue derrotado y terminó diciendo: ‘Entre la política sin amor y

¹⁸ *El Tiempo*, Bogotá, 10 de enero de 1943, p. 5.



Néstor Zárate Rey, hijo mayor de J. Zárate (Miami, 2015).



Eduardo Zárate Rey, segundo hijo de J. Zárate (Bogotá, 2015). Fotografía por Fabián Mauricio Martínez G.

Alicia, me quedo con Alicia definitivamente’, y con ella formó un hogar que le dio la felicidad de tres hijos”¹⁹. Resuelto a formar una familia con la señora Alicia Rey López, Jesús Zárate terminó resolviéndose en todos los sentidos. En 1939 le había dedicado un “Poema en seis suspiros”, narración en seis partes, un impulso “nada más propicio para hilarte confidencias, Alicia incalculable”, como comentó en su introito. Contrajo matrimonio en la iglesia de la Sagrada Familia el 18 de marzo de 1940. Néstor nació en Bucaraman-

¹⁹ Pardo Ordóñez Hernando. *Op. cit.*

ga en 1941, Eduardo lo hizo en Bogotá en 1943 y Alicia lo haría en Los Ángeles, estado de California, Estados Unidos, en 1952.

Encausó la derrota política bajo el lema aparente de tomar la distancia necesaria para efectuar sus más honestos deseos; en efecto, el vértigo producido por las relaciones sociales efervescentes, entabladas en el calor de la política, pareció devolver la sensatez de las letras al escritor y convencerlo de consolidar un camino misional en la diplomacia, entregado a causas correctas en la figura de otros, sin molestarse.

De esta forma encaró otra de sus más importantes relaciones, con Gabriel Turbay Abunader, el caudillo liberal bumangués. En *Vanguardia Liberal* había surgido una amistad cercana, que Zárate resolvió desarrollar mediante la admiración y el trabajo cuando Turbay lo nombrase secretario privado para la campaña presidencial de 1946, en Bogotá. El ex presidente Eduardo Santos dirigía los intereses del partido liberal, que se encontraba dramáticamente dividido en dos facciones: la oficial o moderada, respaldada por las directrices del partido y promotora de la candidatura de Turbay, y la radical o socialista, defendida por Jorge Eliécer Gaitán a través de una disidencia liberal apoyada en una popularidad acrecentada por sus incontables giras por el país. El diario *El Tiempo* apoyaba la candidatura defendida por su propietario, Eduardo Santos, en momentos en los que Zárate ya era un colaborador asiduo. La derrota de los liberales, a cargo de Mariano Ospina Pérez y el partido conservador, 124.000 votos por encima de Gabriel Turbay, puso fin a la regencia liberal en el país, condenando la división interna del partido²⁰.

20 Mariano Ospina Pérez, candidato conservador, ganó las elecciones con 565.939 votos. Segundo se posicionó Gabriel Turbay, con 441.199 votos, seguido por Jorge Eliécer Gaitán con 358.957. Si hubiesen unido fuerzas, el partido liberal hubiese ganado las elecciones con un total de 800.156 votos.

¿Qué pudo haber pensado Zárate?

El cambio político afectaba no sólo las ideas del dirigente frustrado sino las del periodista, que pasaba súbitamente al escaño de la oposición, en los diarios en los que trabajaba. Que todos sus principales referentes sociales perdieran el poder, tampoco era un asunto frívolo. La moderación era su sello escrito, tal y como lo era su perspectiva formal. Pero cuando las tentativas cambiaron, lo hizo también la vida del escritor santandereano: “Colombia ya se encontraba en vísperas de una de las épocas más sombrías de su historia cuando Turbay, el derrotado candidato presidencial, le gestionó a su ex secretario un cargo diplomático en el exterior”²¹. Turbay murió en París al poco tiempo, en 1947, no sin antes dejarle a uno de sus más apreciados amigos el camino de una vida, pues “[...] desde entonces el cronista se dedicó a un prolongado servicio en el exterior”²², que inició en la España de Franco, de 1947 a 1949. Como retribución, Zárate deseó escribir una biografía de caudillo, como comentó en su biografía el profesor Alstrum, algo que nunca llevó a cabo.

Las expresiones narrativas y dramáticas del país cambiaron drásticamente tras el “Bogotazo” del nueve de abril de 1948, día en que fue asesinado Jorge Eliécer Gaitán, como mencionó Carlos José Reyes²³. Presentado el período de La Violencia en Colombia, de allí en adelante narró otro país, abandonando los relatos costumbristas y la poética de lo campestre, para evaluar a tiempo real las nuevas condiciones de vida impuestas por

21 Alstrum James J. *Op cit.*, pp. 8-9.

22 Orrego Arismendi Juan Carlos. “Jesús Zárate Moreno: santandereano, hispánico y universal”. En: *Magazín Dominical de Vanguardia Liberal*, Bucaramanga, 27 de enero de 2002, pp. 1-12 (3).

23 Ver: Reyes Carlos José. “El teatro de Jesús Zárate Moreno”. En: Zárate Moreno Jesús. *Tres piezas de teatro*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 2003, pp. 15-31 (15-17).

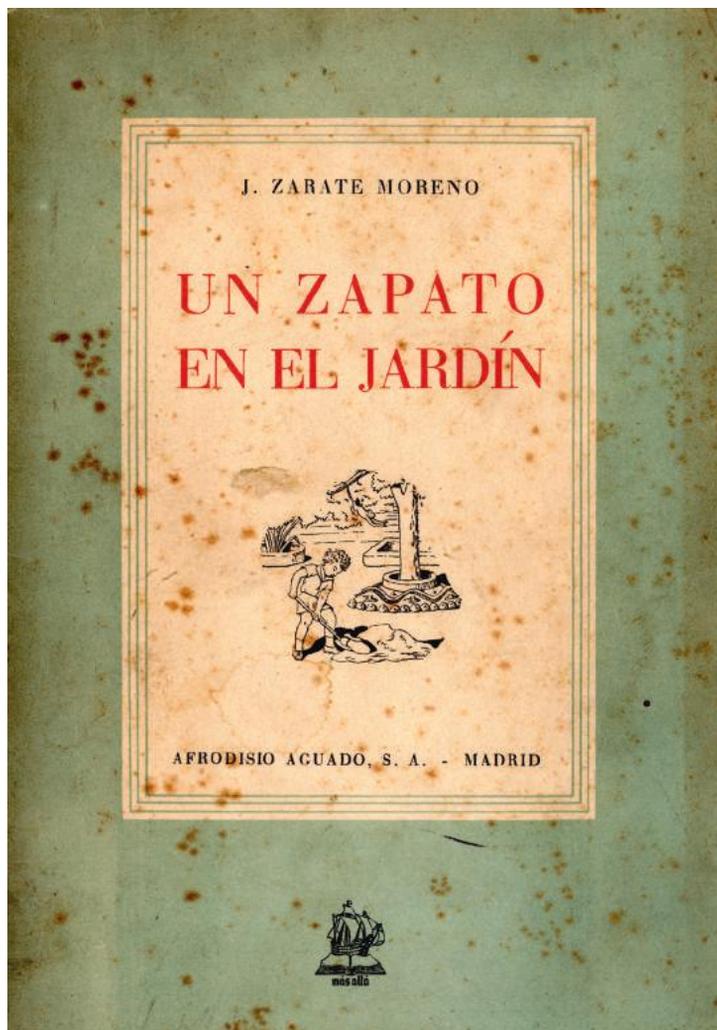
la realidad sociopolítica en una suerte de espacio testimonial de difícil impresión.

La suma de sucesos posiblemente salvó a Zárate. Su salida del país le impidió percibir el sinsabor político, y acaso sentir el deber partidista de escribir en un escenario conflictivo. Inauguró sus ojos ante el mundo, visitando por primera ocasión a Europa, en un trabajo que requería de él su más fidedigno mandato: la sensatez del diplomático, la neutralidad del escritor. Sobre La Violencia escribiría sin prisa, tal y como su obra cuentística comenzaba a aparecer en la realidad nacional, mientras tomaba el respiro provocado por las lecturas de la tradición literaria hispánica y el sentido aparente del cosmopolitismo, incorporado en sus reflexiones al mundo de la posguerra sin dejar de lado la narrativa de la tierra.

LA ESCRITURA Y EL SENTIDO DE LA VIDA

1948 fue el año en que se presentó la oportunidad de conocer a Zárate, el literato. En los talleres de la editorial Afrodisio Aguado, ubicada en Bravo Murillo, 31, Madrid, se imprimió su primera antología narrativa titulada *Un zapato en el jardín*, trece cuentos que la editora española no dudó en tildar de “modernos por el fondo y el procedimiento” y “castizos por la forma”, elogiando la inquietud literaria como el fruto del ágil periodista y destacando la rapidez, el enfoque, el humor ligero y la experiencia de lectura anglosajona en su expresión cuentística, que enfatizó como “deliciosa”²⁴. Pero no se quedó allí. En Bucaramanga, en los talle-

24 Presentación editorial en la solapa de: Zárate Moreno Jesús. *Un zapato en el jardín*. Madrid, Afrodisio Aguado, 1948, 191 p. Cuentos de la antología: “Un crimen atroz”, “Barbas de leche”, “El ladrón”, “La puerta se abre sola”, “La alegría de amarte”, “El médico forense”, “El hijo”, “En el barco”, “Suplantación”, “La señora Scultet”, “Un zapato en el jardín”, “Las dos cabezas” y “El negrito Pock”.



res de la Imprenta Departamental, se gestó casi en paralelo la primera edición de su antología *No todo es así*²⁵, diez cuentos donde el terror, la obscenidad, los animales, el bandolerismo, la religión, el misterio y algunos lugares intangibles fueron expuestos por la factura del escritor, indagando los problemas fundamentales del existir, algo que “importa muchísimo hoy día como una reminiscencia testimonial de la vida despreocupada (ya

Primera edición de *Un zapato en el jardín*, cuentos (Afrodisio Aguado, 1948).

Dibujo de portada de Lucas Gnecco, ilustraciones de Darío Tobón Calle.

25 Zárate Moreno Jesús. *No todo es así*. Bucaramanga, Imprenta del Departamento, 1948, 181 p. Cuentos que componen la antología: “Fin del mundo”, “Yo quiero ser bandido”, “Historia de una hormiga”, “Atentado terrorista”, “La bella leprosa”, “El farol rojo”, “El kilómetro 369”, “La estatua de sal”, “Las bodas del bachiller” y “Una familia espiritual”.

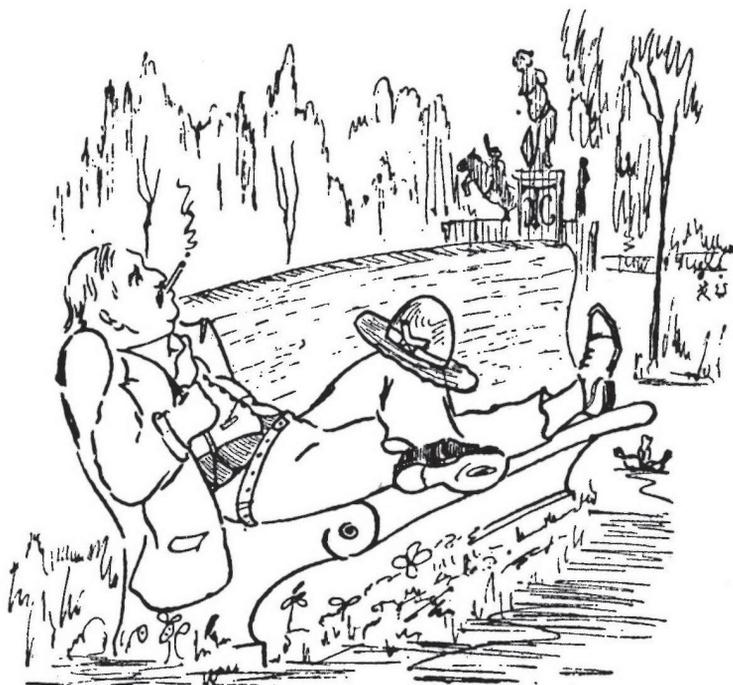
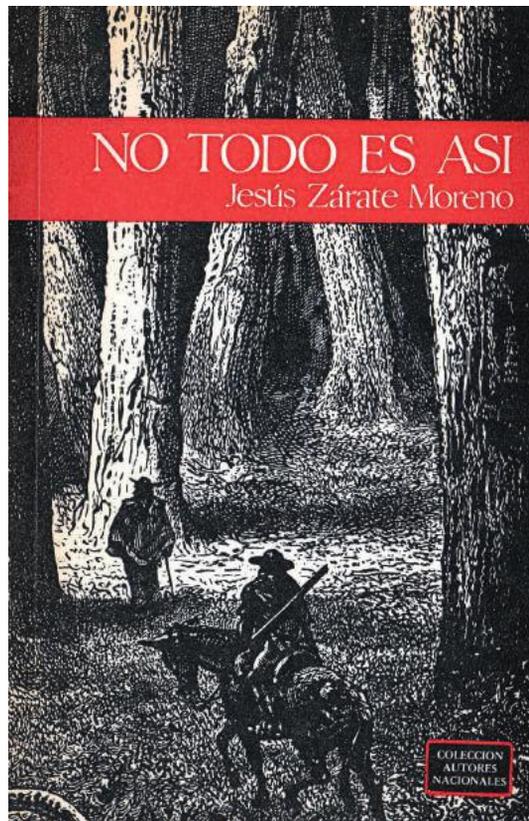


Ilustración de Darío Tobón Calle para cuento "Un zapato en el jardín" de J. Zárate (1948).



Ilustración de Darío Tobón Calle para cuento "Barbas de leche" de J. Zárate (1948).



Segunda edición de *No todo es así*, cuentos (Colcultura, 1982). Ilustración: "Entre los Robles de Viotá", Riou (detalle). Diseño de portada de Marta Granados.

desvanecida para siempre) del campesino santandereano antes de 1948"²⁶.

Se ignora cuándo comenzó a escribir su obra narrativa, si en Málaga, en Bucaramanga o en Bogotá. Sólo se sabe que, en el momento exacto de comenzar su carrera en la política exterior, vinieron a zanjarse los perfiles del diplomático sobrio, el escritor integral y el periodista icónico. Ocupaba el cargo de agregado cultural en la Embajada de Colombia en España cuando inauguró sus dos antologías de cuento, entre la península y la región, en 1948. A su regreso a la capital de la nación, en 1949, inauguró su columna de relatos y reflexiones "Pabellón de reposo", en la edición del *Magazín Dominical* de *El Espectador*, bajo el seudónimo de "Zalacaín", compartiendo tribuna con escritores como

26 Alstrum James J. *Op cit.*, p. 10.

Eduardo Zalamea Borda, quien publicaba bajo el nombre de “Ulises” la columna “Fin de Semana”. Sobre las bizmas de letras, un lector comentó al periódico: “Entre lo que dejo para leerlo a lo último, porque un buen postre deja agradable sabor, se encuentran esas dos deliciosas columnas”²⁷. El título de la columna fue tomado de una novela de Camilo José Cela, *Pabellón de reposo* (1943), mientras el seudónimo era el nombre del protagonista de *Zalacaín el aventurero* (1909), novela de Pío Baroja. Comentó Orrego Arismendi que los contenidos de estas denominaciones tuvieron un sello propio, porque “[...] las crónicas obedecen más al reposo que a la aventura [...] Lo que buscaba era homenajear dos elementos de una literatura que leyó con avidez, la española, [...] desechando la oportunidad de la ironía o el drama, se complace en el retrato de cuadros bucólicos o en el comentario reposado de episodios de la vida cotidiana”²⁸.

Sus amistades se conservaron, yendo de la política a la estética. En España había conocido al cronista bogotano Eduardo Caballero Calderón —jefe de la misión

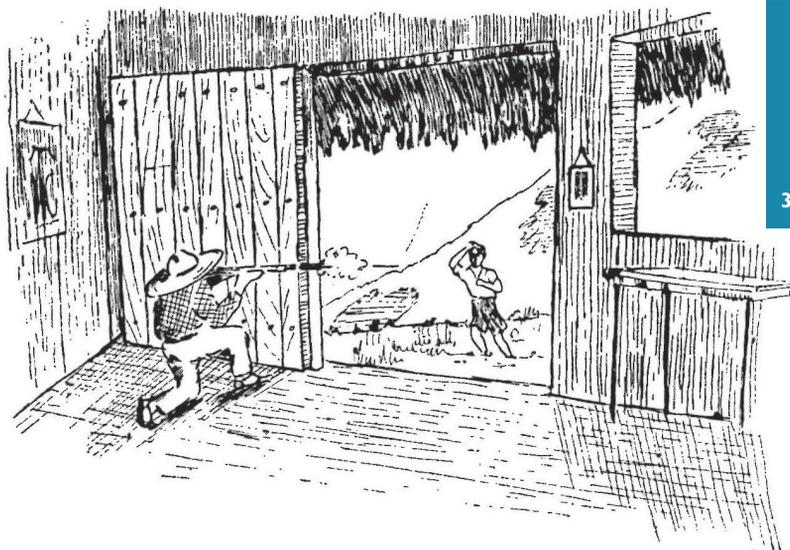


Ilustración de Darío Tobón Calle para cuento “El hijo” de J. Zárate (1948).



Ilustración de Darío Tobón Calle para cuento “El médico forense” de J. Zárate (1948).

27 *Magazín Dominical de El Espectador*, Bogotá, 6 de agosto de 1950, p. 6.

28 Además de las obras y los folletines de Pío Baroja y las de Camilo José Cela, son mencionados también José Ortega y Gasset, Ramón Gómez de La Serna, Azorín (José Augusto Trinidad Martínez Ruiz, con *Los pueblos*, de 1905) y otros miembros de la *Generación del 98*, influencias determinantes en la recreación del paisajismo en las crónicas y cuentos de Zárate Moreno. Anotó con especial consideración la influencia de Ernest Hemingway en sus narraciones, dada la ambientación española de gran parte de la obra del estadounidense. Rotuló la obra cuentística y los relatos de Zárate como una “saudade hispánica” en la que, sin embargo, guardaba una “reivindicación de la locura” en los ambientes colectivos e individuales y un “afán nacionalista” de los personajes, que si bien eran de Santander y de la provincia (en la figura de truhanes, timadores y moralistas), pertenecían al mundo. Ver: Orrego Arismendi Juan Carlos, *Op. cit.*, pp. 4-5.

“Eres, literaria y humanamente, un santandereano integral e irrevocable, vale decir, un hombre rodeado de montañas y de misterio, de tedio y de alegría, de agua de los ríos y de esencias vegetales, por todas partes. Nada importa que un día te encuentres en París o en Barcelona, en Madrid o en Londres”.

Hernando Téllez

diplomática colombiana en aquel país y autor de relatos afines a la provincia que estaban siendo publicados en la misma época, como las estampas de provincia *Tipacoque* (1941) y el *Diario de Tipacoque* (1950)—, con quien de seguro nutrió el ánimo de retratar fehacientemente las regiones. Una nueva amistad que se unía a las que, como en el caso de Tomás Vargas Osorio, lector de Unamuno y Ganimet y de quien se conocerían sus *Obras* por la Imprenta Departamental de Santander poco después de su muerte, entre 1944 y 1946, conservaban la necesidad de hacer algo con el latir de los pueblos, el sentimiento genuino de la tierra, en sus particularidades.

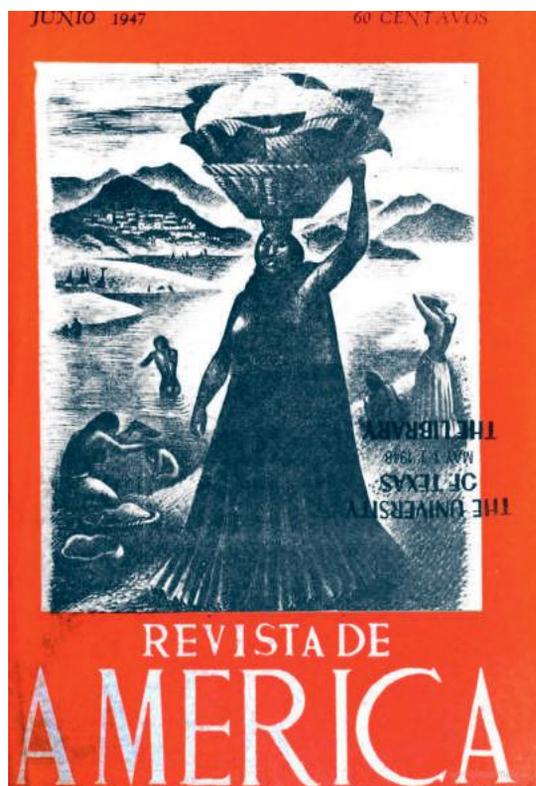
Habiéndose conocido en el periodismo, Hernando Téllez, con absoluta seducción y en un tono amistoso, respondió a la sorpresa de haberse encontrado con las primeras antologías cuentísticas de Zárate, en una carta abierta que publicó en el suplemento literario de *El Tiempo* el 27 de marzo de 1949. Sobrellevado por el tono, la sobriedad de estilo, la comunicación indestructible de la provincia y la humanidad de sus letras, hizo un llamado a leer a este, un “hueso esencial” de la literatura colombiana, confesándole: “Eres, literaria y humanamente, un santandereano integral e irrevocable, vale decir, un hombre rodeado de montañas y de misterio, de tedio y de alegría, de agua

de los ríos y de esencias vegetales, por todas partes. Nada importa que un día te encuentres en París o en Barcelona, en Madrid o en Londres”²⁹. La sorna en la vida de todos los hombres, los vericuetos específicos de la existencia regional y los aires abiertos a la contemplación y el comportamiento de los lugares de todo el país, eran percepciones equilibradas con indeleble preparación por un prosista que anunciaba la serenidad de la persona que había detrás.

Al definir su compromiso con la nación y conducir el oficio de las relaciones sociales hacia el divertimento de la escritura, Zárate desarrolló la paciencia y la integridad, al lado de una familia en crecimiento. Aspecto que Téllez halagó, apenas encubierto, al otorgarle el beneficio del don de la ubicuidad, resaltando a la persona que en la Cancillería encontró su lugar en el mundo. Ya lo habían anunciado abiertamente otras figuras de la literatura nacional. Germán Arciniegas y otro santandereano, Roberto García-Peña, “Áyax” en el diario *El Tiempo*, fungiendo como directores de la *Revista de América* y un poco antes de que salieran a la luz las antologías de cuento de su autoría, destacaron el brío del hombre político y el hombre de letras en que se había convertido Zárate, un “joven escritor colombiano —santandereano, se diría mejor— que ahora desempeña elevado cargo diplomático en Madrid, [quien] partió para su destino en un momento singularmente propicio para el despliegue de sus dotes de espíritu observador y revalorador”³⁰. Había hallado el control de las cosas. Digamos, se encontraba con la austeridad de los oficios

29 Téllez Hernando. *Textos no recogidos en libro*, Tomo I. Edición de Juan Gustavo Cobo Borda. Bogotá, Colcultura, 1979 (Colección “Autores Nacionales”, 45), pp. 293-297 (295-296).

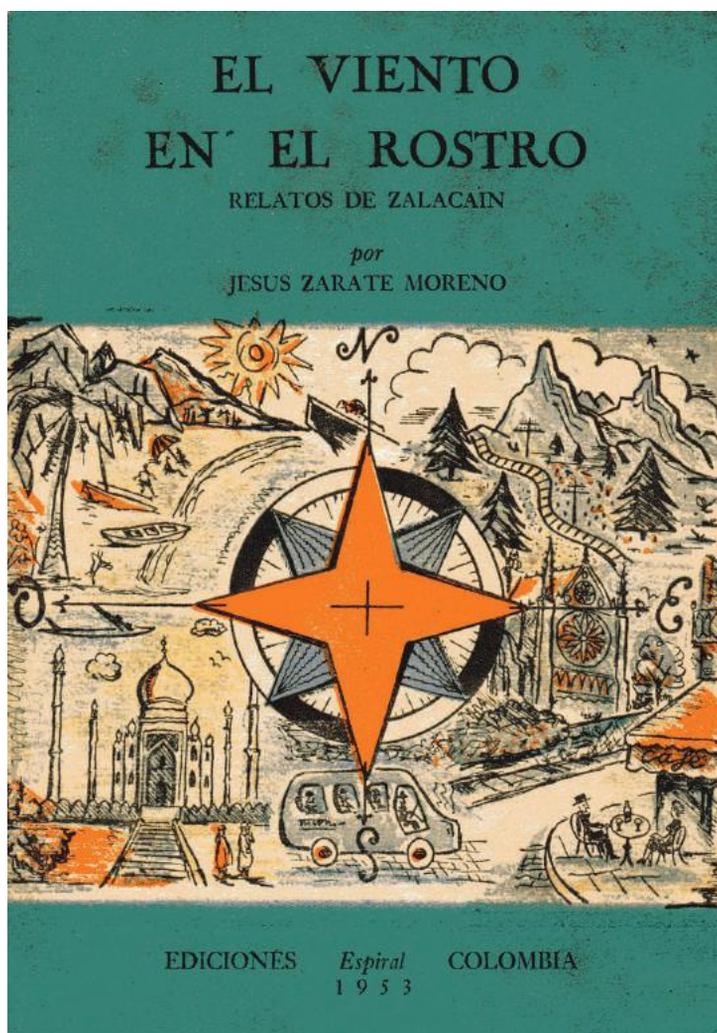
30 “Temas y Autores”, presentación en la *Revista de América*, Vol. X, No. 30 (junio, 1947), p. XIV. Publicación mensual del diario *El Tiempo*, fundada por Eduardo Santos y dirigida por los mencionados.



impercederos, de largo aliento, ya no en contraste con los deberes perentorios de ganarse la vida. Los halló distantes, sólo distantes, importantes en su dimensión específica, a la hora de ubicarse como persona dentro de sus hechuras.

Desde 1949 hasta 1954 permaneció ligado al Ministerio de Relaciones Exteriores, tiempo hasta el cual mantuvo las crónicas de “Zalacaín” en *El Espectador*, que prosiguieron bajo nombre propio en ensayos y relatos para *El Tiempo*, *El Espectador* y para revistas no exclusivamente nacionales. Parte de estas terminaron publicadas en su tercera publicación, *El viento en el rostro*, un compendio realizado en Bogotá por Ediciones Espiral, en 1953, cuyo subtítulo, *Relatos de Zalacaín*, dio cuenta del género que lo integraba³¹. Fueron

31 Zárate Moreno Jesús. *El viento en el rostro: Relatos de Zalacaín*. Bogotá, Ediciones Espiral, 1953, 214 p. Componen esta compilación: “El hombre de las Tortugas”, “Las Siervas de Dios”, “Con pañuelos blancos en las manos”, “Hay que ahorrar el agua”,



Primera edición de *El viento en el rostro*, relatos (Ediciones Espiral, 1953).

“Mustá”, “La muerte en la ventana”, “Vagón de primera”, “Un plato de pescado”, “Hombre al agua”, “La jarra inagotable”, “Hablan los muertos”, “Los zapatos viejos”, “Carreras de caballos”, “La moneda falsa”, “Música bajo el balcón”, “El foso”, “A la hora de siempre”, “El niño dormido”, “La legión azul”, “Mi viaje a Houston”, “Sombras en la playa”, “El ciego que veía”, “Detrás de la cortina”, “Clara”, “El descuartizador”, “Dinero para la muerte”, “Tarde de seda y sol”, “La pareja de las manos cogidas”, “Las dos espadas”, “La sombra de ‘La Rotonda’”, “Unidos por el miedo”, “Puede llamarme Hellen”, “Yo soy el Verdugo”, “La carta”, “El triunfo de la vida”, “Luces de bengala”, “Alta traición”, “El cuadro”, “Davenport”, “Azahar”, “Una noche en Abrantes”, “Jugando con la vida”, “Las lágrimas”, “El termómetro”, “Yo soy ‘Él’”, “Cartas a mi amada”, “Viuda por cinco días”, “El gran secretario”, “Con mi camisa vieja” y “La bufanda”.

cincuenta crónicas variopintas que encontraron su hilo en la figura pública del periodista, ya capaz de comunicarse sugerentemente en la relación de autor y lector a través de sus atributos como escritor, un “fogonazo de interés y descripción rápida de personajes”, como mencionó el comentario editorial de la publicación. Guillermo Camacho Montoya reseñó el libro para *El Siglo*, casi vaticinando la desatención y el olvido que la literatura “inventiva”, como la denominó, tenía en el país:

Puede asegurarse que Zárate Moreno ha creado entre nosotros este género, de pequeñas descripciones, que tampoco pueden calificarse de cuentos comprimidos, pues muchos de ellos responden a un escenario de realidad o a personajes existentes [...] Libro llamado a ser bien recibido no solamente por el público, que es en definitiva quien decide sobre su excelencia, sino también por la crítica, que tendrá que reconocer en su autor la capacidad de producción y sus condiciones de escritor³².

Aseguraba Camacho que su autor era ya un cuentista especial y un novelista en potencia. Siendo a la postre una de sus obras menos visibles, *El viento en el rostro* daba cuenta, sin embargo, de un Zárate cada vez más convencido, a pesar de sí mismo. Alejándose de la contienda practicada por el comentario periodístico, generalmente atizada por polémicas políticas y estéticas venidas de una crítica esterilizante³³, este libro era la demostración de la vitalidad de la imaginación y el arte de la descripción de la

literatura en la escritura formal. Posiblemente perturbado por la denodada atención hacia la escritura periodística y ocasional del país a mediados de siglo veinte, *El viento en el rostro* quedó anquilosado y silente en bibliotecas particulares.

Entre 1954 y 1955 Zárate fue nombrado encargado de negocios en México, es decir, jefe de la misión diplomática en aquel país, durante el mandato del presidente Adolfo Ruiz Cortines.

En 1955 salió a la luz su tercer libro de cuentos, *El día de mi muerte*, publicado por la división de extensión cultural del Ministerio de Educación Nacional, incluido en la “Biblioteca de Autores Contemporáneos” e impreso por Editorial Iqueima, en Bogotá³⁴. Trece cuentos que cerraron su periplo de obras en este género y ofrecieron nuevas luces sobre sus intenciones y su estilo, esta vez caracterizados por el suspenso y la sorpresa como escenarios en los que deliberadamente se concentró en explorar uno de sus más fuertes recursos: la ironía. Un reflejo fiel y certero del realismo crítico, testimonial, escueto e identitario con que escribió, forjado en problemas cotidianos, situaciones anónimas, pueblos aislados y un derrotero a todas luces genérico para la humanidad. Una “ficción breve”, como denominó su estilo el profesor Alstrum, quien consideró esta antología como “su colección más lograda de cuentos”, comparándola con los relatos antioqueños de Tomás Carrasquilla (1958-1940), al destacar que

32 Camacho Montoya Guillermo. “Libros de *El siglo*: El viento en el rostro”. En: *El Siglo*, 9 de junio de 1953.

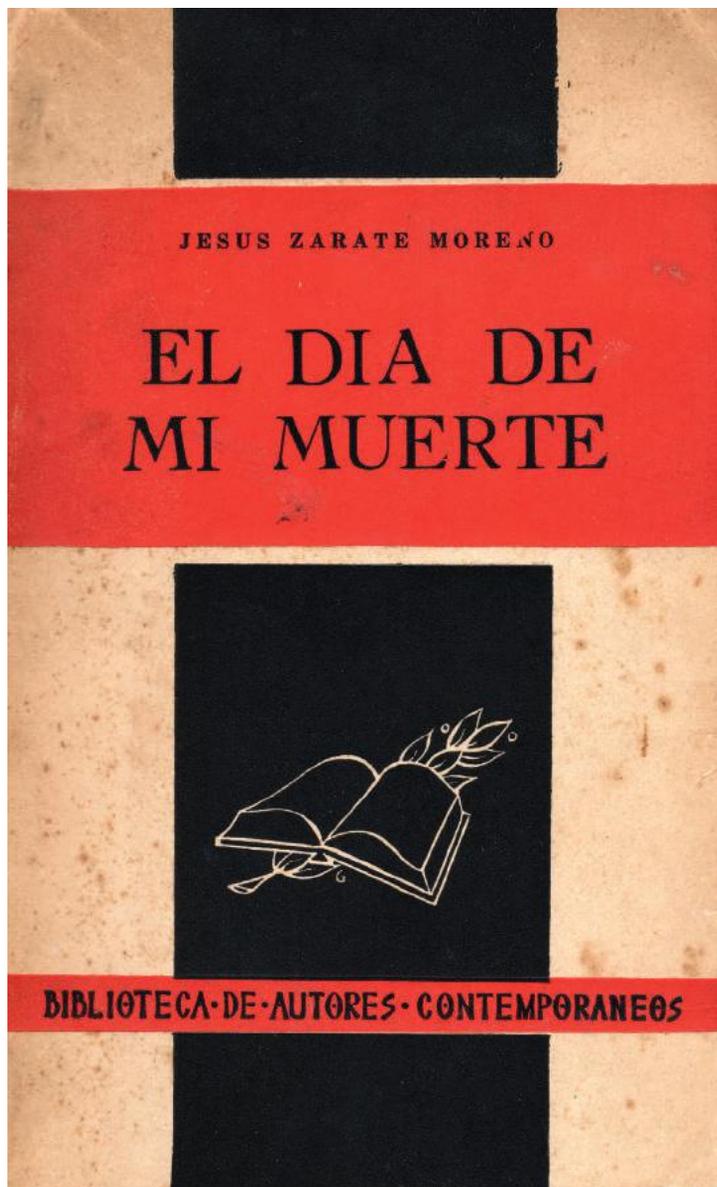
33 Ver la columna titulada “La Crítica contra la Crítica”, que publicó a nombre propio Jesús Zárate Moreno, en: *Magazín Dominical de El Espectador*, 22 de enero de 1950, p. 6.

34 Zárate Moreno Jesús. *El día de mi muerte*. Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1955. 210 p. Componen esta antología: “El día de mi muerte”, “Diez centavos nada más”, “Un árbol en el camino”, “Por nuestra eterna felicidad”, “Es una voz de mujer”, “Los ojos del cuervo”, “El álbum azul”, “Siete hombres rumbo al Sur”, “Ni la muerte puede separarnos”, “La desconocida del parque”, “Victoria en el Caribe”, “Nicolás se fue a caballo” y “Un perro aúlla en la noche”.

“[...] las historias santandereanas encontradas en este libro [...] trascienden el costumbrismo cursi y alcanzan un verdadero interés universal. [...] No se nombran los partidos políticos tradicionales, pero se ponen de relieve las consecuencias de esta bárbara y grotesca contienda fratricida: las angustias físicas y mentales sufridas por sus víctimas inocentes y gladiadores campesinos ante el espectáculo diario del terror, los atropellos de la dignidad humana, los asesinatos y la constante inseguridad social”³⁵.

Respecto de las anteriores, esta antología no se apartó de los recursos sencillos y escogencias temáticas predilectas; simplemente agregó a los cuadros la perspectiva hiriente de la violencia y el rasgamiento colectivo de la indiferencia. Trazos que otros críticos, englobando su obra cuentística, han remarcado como “una picaresca de recia estirpe castellana”³⁶, cuentos que “nos llevan a palpar la intensidad telúrica del milagro o las borrascas furibundas de la deflagración”³⁷.

La obra cuentística de Zárate trascendió las fronteras nacionales, pero después de su muerte fue interpretada apenas parcialmente por la crítica literaria, inscribiéndolo en el marco exclusivo del costumbrismo y los relatos entre bucólicos y violentos de la génesis de la cultura latinoamericana. Luis Leal,



crítico literario mexicano, identificó su figura dentro de los principales exponentes del género en habla hispana. Al referirse al escritor colombiano, lo catalogó como un autor que “escribe cuentos de ambiente nacional, ya aldeano, ya campesino”³⁸, destacando el aporte del santandereano por la “extensión” de su creación especializada en el cuento.

En la estela de las obras en Zárate parecía triunfar la incógnita, de lo político a lo metafísico, alrededor de la idoneidad de

Primera edición de *El día de mi muerte*, cuentos (Ministerio de Educación Nacional, 1955).

35 “Mi criterio fundamental para juzgar los méritos literarios de cada relato contenido en este libro ha sido el del crítico norteamericano Seymour Menton: ‘El cuento es una narración fingida en todo o en parte, creada por un autor, que se puede leer en menos de una hora y cuyos elementos contribuyen a producir un solo efecto’”. Alstrum James J., *Op. cit.* pp. 11-12; refiriéndose a: Menton Seymour, *El cuento hispanoamericano*, 3ª Ed., tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 1970, p. 8.

36 Reyes Carlos José. *Op. cit.*, p. 18.

37 García Aguilar Eduardo. “Prólogo” en: Zárate Moreno Jesús. *Un perro aúlla en la noche*. Selección ilustrada de cuentos. Bogotá, Panamericana Editorial, 2008, pp. 8-10.

38 Leal Luis. *Historia del cuento hispanoamericano*. México, Ediciones de Andrea, 1971, p. 152.

las cosas que representaron a la sociedad por todos los tiempos, por la justicia, la decencia y el progreso colectivo. Lentamente, se ubicó en la lucha por la vida, en una interminable y poco apacible tensión, y de allí en más, estableció con fuerza el humor negro de sus ambientes, la capacidad de otorgar a lo sinuoso un torrente narrativo directo, pleno de diálogos.

La exactitud de su escritura y la fibra de los argumentos entraron a un país de letras que iba en dirección contraria a Zárate. Imbuido en la muerte como el principio vital de las cosas, el escritor fue entrando en el incentivo trascendente de la reflexión, señas que por el condicionamiento moral del escritor mismo —cada vez más ausente del concurso colectivo de las ideas y del teatro repentino de las relaciones públicas—, lo posicionaron irreversiblemente en el pensamiento estructural y la consciencia profunda de la realidad. Pero la realidad, por demás huidiza, cegada en los resquicios de la vida que no se ve, en los lugares a los que la humanidad no presta atención o en las situaciones risueñas, que por ser risueñas a carcajadas se van, le importaba mucho más al escritor que a la sociedad. Sin morbidez pero con franqueza, el autor se negaba a entregarse a la fantasía como el recurso literario que terminó apalancando años después al país en el *boom* latinoamericano, renunciando también a la deleznable escritura de la vivencia del tiempo presente, en su momento bien polémica, grosera o tragicómica. Se entrenó en los ejercicios de la sencillez con que viven los abuelos, no sólo en literatura. Un marcado ascetismo intelectual que pareció ser malinterpretado por la stampa del hombre “escéptico”, como así pareció injustamente denominárselo al autor.

El escepticismo del hombre, contrario al del propósito de sus ideas, se hizo presente en Zárate Moreno a la hora de promocionar sus aspiraciones intelectuales. En el estudio histórico de su figura se hacen indescifrables el contenido y los motivos por

los cuales aseguró no aspirar a publicar más libros. Sólo se tiene conocimiento de su decisión, por demás irrefutable, de no entrar más al concurso editorial colombiano. Néstor, su hijo mayor y posterior estudiante de derecho, comentó esto tiempo después, en los recuerdos de una época en la que su padre destinó sus más sinceros escritos a un comité de lectura íntimo, en el decenio de los sesenta, conformado por doña Alicia, su esposa, y los dos hijos varones: “Me dijo que desde 1955, cuando publicó un libro de cuentos, no había querido volver a ver a un editor”³⁹.

“La cabra de Nubia” fue su última publicación formal, un cuento integrado en dos antologías colombianas, en 1959⁴⁰. Un cuento más permaneció inédito durante su vida, el más extenso de su obra, titulado “Dios”. Fue rescatado en una antología publicada en 1982 por el Instituto Colombiano de Cultura en Bogotá, que reunió los libros *No todo es así* y *El día de mi muerte*⁴¹, incluyendo este drama moral de unos misioneros extranjeros en la selva amazónica.

Ya en la solapa del libro *El viento en el rostro* se anunciaba la dinámica opuesta

39 Martínez Polo Liliana. “Rescatando las obras del padre”, entrevista a Néstor Zárate Rey. En: *El Tiempo*, 3 de enero de 2004.

40 “La cabra de Nubia” apareció en las antologías: A.A.VV. *Los mejores cuentos colombianos*, Tomo II, No. 16. Selección de Daniel Arango. Bogotá, Segundo Festival del Libro Colombiano, Compañía Grancolombiana de Ediciones, 1959 (“Biblioteca Básica de Cultura Colombiana”), pp. 35-45; y Pachón Padilla Eduardo (Comp.), *El cuento colombiano. Antología: de Tomás Carrasquilla a Eduardo Arango Piñeros*. Bogotá, Editorial ABC–Ministerio de Educación Nacional–Ediciones de la Revista Bolívar, 1959 (“Biblioteca de Autores Colombianos”), pp. 287-298. Reeditado en la *Revista de Santander* (Segunda época), No. 5 (marzo, 2010), pp. 222-227, publicada en Bucaramanga por la Universidad Industrial de Santander.

41 Zárate Moreno Jesús. *No todo es así*, 2ª edición. Bogotá, Colcultura, 1982 (“Autores Nacionales”, 56, 2ª época), pp. 271-294.

entre escribir y publicar. En 1953, fecha de su publicación, “La cabra de Nubia” era una realidad, preparada como libro de cuentos a publicarse en Bucaramanga, y se ofrecían en preparación los títulos *Mientras reparan el puente* y *Este pueblo*, a la manera de antologías cuentísticas, de los que no se supo cuáles integraron *El día de mi muerte*, en 1955, y cuáles el autor terminó desechando, arrastrado por la neurosis autocrítica típica de quien escribe. Pero en la misma solapa, un título y el género al que aludía descifraban parcialmente un secreto del escritor. *La lucha por la muerte* era el título de una novela publicitada allí, en preparación. Muerte, lucha, una libertad despedazada, la vida inacabada. Aparecían lentamente los adjetivos de una obra que rondaba en la mente del escritor, deseoso de anudar al diplomático, al lector y al inconforme, a la hora de escribirla.

Pero algo más tendría que ocurrirle para concretar la inquietud del novelista. Entre 1955 y 1957 fue consejero en la Embajada de Colombia en Washington y Nueva York, asesor de la delegación colombiana en Naciones Unidas, en los Estados Unidos, entre 1956 y 1957. Fue estando allí que diversificó los géneros de su obra literaria.

Zárate, quien ya había visitado temporalmente el país del norte, llegó a establecerse en Estados Unidos en la época en que el circuito de Broadway vivía una integración de las artes en la producción teatral, anudando libreto, música y temas dramáticos en la corporalidad y haciendo de la expresión artística una galería de musicalidad, diálogo, escenografía y movimiento, que terminó por influenciarlo como escritor. “En la época dorada del teatro en Nueva York, él se contagió de la ola”, afirmó su hijo Eduardo. Esto fue reconocido por algunos otros autores, afirmando que el contagio teatral representó el final de su período cuentístico⁴². Paralelamente, en Colombia no sólo se recrudecía el

42 Alstrum James J. *Op cit.*, p. 11.

fenómeno de La Violencia, también se abrían las puertas a espacios novedosos en el arte escénico y surgían movimientos artísticos nacionales. Fue así como al santandereano se le ocurrió escribir teatro, constituir obras de suspenso enmarcadas en parodias y tensiones de la sociedad, entre la economía, el prestigio y la ignorancia: “[...] una crítica acerba a la mentira, la hipocresía y la simulación que se esconden tras muchos de los hechos humanos”⁴³.

Convertir el teatro en un espejo de la realidad no era ningún invento⁴⁴, en términos estrictos. Pero para la vida del escritor resultó siendo un ejercicio de crucial importancia. La apreciación de la realidad, con el teatro, le resultó menos distante que la percibida por él mismo en sus relatos. Al realizar un escrutinio de personajes y plantearse la tarea exclusiva de ponerlos a dialogar, Zárate encontró el vehículo del sarcasmo, el lugar donde decantar la asperidad, sin recurrir al pesimismo, para explayarse en el espacio de lo atónito. Y de paso, sin olvidar el problema de lo rural, encontrar el humor negro a partir de recreaciones ciudadanas. Más que teatro, teatralizar fue la palabra clave.

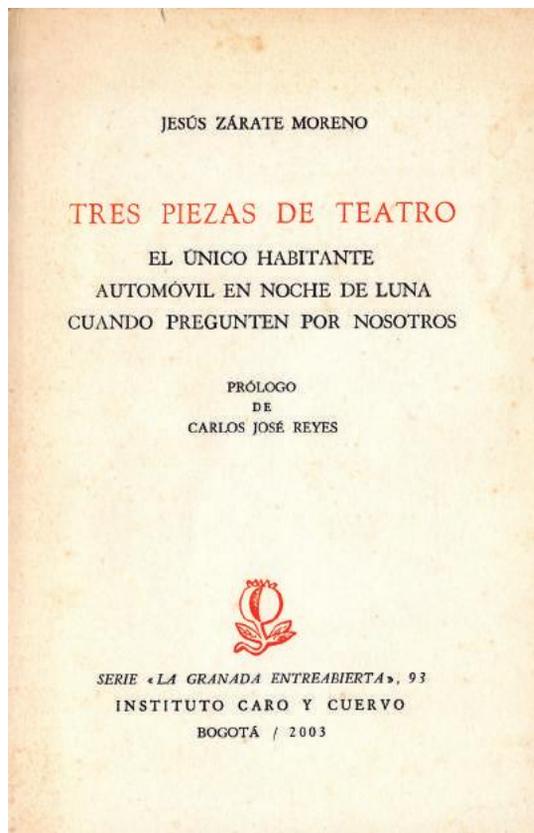
Durante un decenio escribió cinco obras de teatro, tituladas: *El único habitante*, obra en tres actos; *Automóvil en la noche de luna*, obra en tres actos; *Cuando pregunten por nosotros*, obra en tres actos; *La flecha y*

43 Reyes Carlos José. *Op. cit.*, p. 31.

44 Explicando el sentido de realidad en la escenificación teatral, Carlos José Reyes afirmó que la intención de realidad existió en la civilización desde Aristóteles. Afirmó: “La imagen de lo real es, pues, una selección y un punto de vista. No puede ni debe confundirse con la realidad misma, con los hechos físicos, sino que está inscrita en la realidad del lenguaje, como una sombra o un reflejo de la vida. De este modo, la mirada del autor, su estilo personal, la invención de la trama y la construcción de los personajes son los elementos que constituyen un mundo propio, del cual la realidad exterior se presenta como un referente”. *Ibid.*, p. 21.

Primera edición de *Tres piezas de teatro* (Instituto Caro y Cuervo, 2003).

42



la espada, obra en un acto; y *Nuestra adorada cárcel*, drama en tres actos, escrito bajo el seudónimo de “Pablo Gibraltar”. De las mismas, fueron conocidas a la postre las tres primeras⁴⁵. No tardaría demasiado en dar a conocer su concepción del teatro. Afirmaría, en la voz del personaje principal de la novela que ya comenzaba a dilucidar: “[...] el teatro imita tan mal la realidad, que el teatro me da siempre más miedo que la vida”⁴⁶. La ficción absoluta, la dramaturgia, acercaba a los seres humanos a la realidad de una manera más fehaciente que toda escritura distinta que intentase conmoverla, situada en la realidad. He allí su paradoja. Como si pudiese intuirse en sus palabras, acudir a la trola como hilo narrativo era aprender a plantear la semánti-

45 Zárate Moreno Jesús. *Tres piezas de teatro*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 2003 (“La Granada entreabierto”, 93), 166 p.

46 Zárate Moreno Jesús. *La cárcel*. Capítulo: “Jueves. Octubre 15”, p. 11.

ca misma de la verdad, ataviada por la condicionalidad del comportamiento social.

El teatro, pues, selló las grietas de Jesús Zárate Moreno. Unió al diplomático eficiente y a la vez inconforme, al escritor capaz y asimismo desahuciado, a la persona viva, pero escéptica y distante. Surgió del hombre el razonamiento integral, para sacarlo por completo de su propia realidad y encontrar su finalidad literaria, con absoluta certeza.

La península y Norteamérica, igualmente, englobaron la consciencia del diplomático y la voz del ser humano. Lo sentenciaría así:

España y los Estados Unidos son las dos puntas de la tenaza histórica que nos tiene presos, remachados. Las dos puntas anulan el esfuerzo conjunto, pues, entre ellas, la una inutiliza a la otra. Donde la influencia norteamericana nos sacude, la tradición española nos cohibe. Donde el idealismo español nos impulsa, el utilitarismo norteamericano nos aplasta. Donde la rebeldía española nos empuja a rebelarnos contra la ley colonial de la cárcel, las autoridades de estilo norteamericano nos inmovilizan con el cerco feroz de los perros policías. La tragedia de nuestra adorada cárcel consiste en no haber tenido la personalidad suficiente para sacudirse las inhibiciones de estos dos yugos paralelos. Entre esas dos fuerzas que nos oprimen abrazándonos, no hemos llegado a ser nosotros mismos⁴⁷.

El atisbo formal del espacio con el cual pensó en encerrar a la libertad, para plantear su más frondosa crítica a la realidad, había surgido en el cuento “El día de mi muerte”, perteneciente a la antología que llevó el mismo nombre, publicada en 1955, donde exploró la psicología y el entorno de un preso que recobraba la libertad. *Nuestra ado-*

47 *Ibid.* Capítulo: “Sábado. Octubre 24”, p. 64.

París, febrero 28 de 1956.

Señor don
 Jesús Zárate Moreno,
 Washington.

Muy querido amigo :

Excúseme que sólo con un gran re -
 tardo conteste su gentilísima carta del 4 de ene -
 ro. Quise hacerlo al recibirla, pero usted sabe
 lo que son los buenos propósitos. Además, me pasa
 aquello de que los que no tienen nada que hacer nun -
 ca tienen tiempo para nada. Recibo un mundo de
 cartas que se amon_tonan sobre mi escritorio para
 causarme remordimientos constantes y luego vino el
 famoso invierno de febrero que nos encerró a todos
 y apenas estamos empezando a salir. Hoy tenemos l
 bajo cero y nos parece que hace un calor como el de
 la espera_n_za.

Mil gracias por todo lo que me dice
 en su carta. Ya sabíamos que usted y su señora
 nos acompañab_an con toda sinceridad. Los térmi -
 nos de su carta, mi querido Jesús, nos obligan in -
 finitamente. Son tan generosos que no podría con -
 testárselos sino con un largo apretón de manos.

Le ruego dar a su señora los más
 cariñosos recuerdos de Lorendita y míos y aceptar
 ambos nuestros votos porque sólo felicidades les
 traiga este año.

Nosotros nos quedaremos todavía a -
 quí por algún tiempo esperando a que amanezca de ve -
 ras, pero me temo que ese amanecer todavía se tarde
 mucho.

Lo abraza su amigo afectísimo,

Eduardo Santos

rada cárcel, la obra de teatro, fue una segunda dimensión del propósito, que pronto debió transformarse sencillamente en *La cárcel*, ni tan “adorada” ni tan “nuestra”, incluso nada suya, en su contexto.

En 1960 fue a Cuba, en plena efervescencia de la revolución, para negociar los salvoconductos de los asilados en la Embajada de Colombia en La Habana, diligencia que le tomó casi todo el año. Previa visitas al país, en el año anterior, le habían otorgado el criterio para realizar el trabajo, tras ser derrocado el régimen de Fulgencio Batista. Fue allí cuando se le ocurrió la idea de crear un diario de encarcelamiento, ubicado en la idea del encierro.

Comentó Alicia Rey, señora de Zárate, cinco años después de su muerte:

Jesús me contaba de los cuatro meses que pasó encerrado en el hotel, en donde funcionaba por ese entonces la Embajada; como tenía asilados políticos, las puertas del hotel fueron custodiadas por barbudos; a lo que mi marido le tenía pánico era a que se le disparara una ametralladora a alguno de los novatos centinelas. Por entonces fue que concibió la idea de escribir *La cárcel*, una especie de diario de 230 páginas⁴⁸.

No es osado asegurar que, como narrador, Jesús Zárate era un excelente libretista. Consciente de ello, su periplo final de escritura lo dedicó a la novela, intermediano la relación escrita con los diálogos teatrales. Entonces reunió sus lecturas, juntó las fuerzas de la cordillera y el ritmo de la hispanidad, el dilema alemán y la impavidez rusa, el tiempo lento del campo y la astucia de la voz propia, en términos literarios. Junto las triquiñuelas con la erudición y se ubicó en

el medio de las balas. Creó a Antón Castán y a sus compañeros de celda. Culpables de ser lo que debían ser, unos presos hablando como presos, aclaró que la culpa de todas las culpas era la de sí mismo, y no culpó al mundo de nada. Se culpó a sí mismo, y redactó su libertad, en primera persona.

Concebida a finales de los años cincuenta, identificada y culminada para 1960, *La cárcel* no solo fue el nombre de su primera novela, sino el espacio, el proscenio de su decantación. Solía leerla y comentarla ante su señora esposa y sus hijos, dejándoles ojear el manuscrito que había constituido. En el año 1961, tras incontables insistencias, Jesús Zárate autorizó a su hijo mayor, Néstor, para presentar el documento a las editoriales a las que hubiese lugar, y observar la posibilidad de publicarla, labor a la que unió a su hijo Eduardo. El muchacho se entrevistó con Belisario Betancur, para el momento gerente de Tercer Mundo Editores. Tres meses después de su visita, en el mismo año de 1961, le fue notificado el desinterés de publicarla: “El hijo tenía apenas unos 20 años y era estudiante de primer año de derecho en la Universidad del Rosario. Pidió la cita con Betancur y le dejó la novela. Con la misma amabilidad con la que le envió saludos al escritor, meses después, el ahora ex presidente le dijo que la novela no era para su editorial⁴⁹. La editorial fue la única que respondió a la propuesta, no la única en la que examinaron tocar puertas. Independientemente de los motivos del rechazo, y de las conjeturas sugerentes que puedan hacerse, la novela, casi sosteniendo la voluntad de su autor, se sostuvo en el silencio.

Entretanto, al regresar de Cuba, entre 1960 y 1962 Jesús Zárate fue Director del Ministerio de Relaciones Exteriores, equivalente a Viceministro en la época. En

48 Romero de Nohra Flor. “Gloria literaria después de muerto”. En: *Magazín Dominical de El Espectador*, Bogotá, 17 de diciembre de 1972, p. 11.

49 Martínez Polo Liliana. “Rescatando las obras del padre”, *Op. cit.*

1962 fue nombrado Embajador en República Dominicana. La vida de diplomático lo sometía de nueva cuenta a sendos contrastes, correspondiéndole recibir a un país que apenas un año antes, el treinta de mayo de 1961, había vivido la muerte de Rafael Leónidas Trujillo Molina, dictador durante treinta y un años, incluidos los ocho años en que su hermano Héctor “El Negro” Trujillo fungió como mandatario, en realidad su marioneta. En el marco latinoamericano de una dictadura naciente, surgida como revolución militar y de izquierda contra otra dictadura, como ocurrió en Cuba, pasaba a recibir la estela de una dictadura autoritaria y totalitarista. Del ideario guerrillero de Fidel, comandante moderado de las fuerzas armadas en su momento, viajaba al impulso cívico y reformista dominicano, enfermo de cojera.

El absolutismo no era un régimen imprevisto para Zárata, quien en *El único habitante*, una de sus obras de teatro, retrató a un protagonista al que llamó El Jefe Supremo, alrededor de quien se tejía la vigilancia y la suspicacia del poder, retratando la fragilidad del estado de control, de la desconfianza. Apodado “El Jefe”, el represor dominicano bien pudo ser uno de sus inspiradores.

Tampoco fue ajeno al drama humanitario y al hechizo del dolor antillano. En una visita a Haití, en 1964, Zárata adquirió un par de obras de Petion Savain y de Paul Beauvoir, pintores primitivistas haitianos. Inspirado en la relación de lo visto por sus ojos y lo sugestionado por el arte en las pinturas, construyó un relato inédito titulado “Mis mujeres de Haití”, mixtura entre narración y ensayo, inundado por una tristeza inerme. Comentó Eduardo, su hijo: “Haití es casi la cabeza del movimiento primitivista en el arte; allí existe una gran industria pictórica y artesana. Mi padre adquirió las obras porque representaban un conmovedor reflejo de la situación crítica que él observó en la isla, en la figura de estas mujeres”. Escribiría en su relato: “Ocurre que no he comprado los cua-



dros, sino las mujeres de los cuadros [...], el caso infame de las mujeres de Haití”⁵⁰.

En Santo Domingo permaneció hasta 1965, cuando el 24 de abril se desató

50 Zárata Moreno Jesús. “Mis mujeres de Haití” (Mecanógrafo inédito), p. 2.

Obra de P. Beauvoir, pintor primitivista haitiano (1963). Una de las dos obras en que J. Zárata se inspiró al escribir “Mis mujeres de Haití”. Propiedad, Eduardo Zárata Rey.

la guerra civil, oscilando en viajes de ida y vuelta mientras el país vivía brotes armados socialistas y contingencias armadas norteamericanas y de la OEA, hasta el establecimiento definitivo de la Cuarta República, en julio de 1966. Eventualmente, en su estadía intercambió relaciones con dos gobernantes políticos que también ejercían la escritura formal. Joaquín Balaguer y Juan Emilio Bosch eran también ensayistas y narradores, y a pesar de ser rivales políticos, en 1990 compartieron el Premio Nacional de Literatura. Especialmente en el caso de “Don Juan”, cuya pulcritud y sensatez como mandatario fue correspondiente a su obra escrita, puntualmente en su generoso catálogo de cuentos.

Las idas y venidas políticas en Dominicana, debatidas entre la autoridad, la rebeldía y la democracia, reflejaban indirectamente lo que sucedía en el escritorio de Jesús Zárate. *El cartero*⁵¹, narrada en tercera persona, fue una novela desarrollada en su periplo dominicano, la segunda y última de su autoría. En apariencia íntima y humorística, fue una intriga compuesta por la irrealidad y el simbolismo, en la representación de un personaje misantrópico llamado Antonio París, al que los absurdos de una carta le convirtieron en el reflejo ambiguo de toda la sociedad. Sin rejas que lo aprisionasen, en su figura se hacía traslúcida la finitud de la existencia, la fragilidad de la identidad. Para el compendio de relatos *El viento en el rostro*, el autor había esgrimido el cuadro suspicaz que compondría la novela, con su cuento corto “La carta”⁵². En el relato, el señor Lessing, un otrora gánster de Nueva York, era sorprendido en su residencia en Canadá por una carta que había escrito quince años atrás en Manhattan, y que había considerado su

salvación de la vida pandillista. Al regresar a sus manos, el pasado regresó para localizarlo.

En 1966 enfermó de cáncer y fue nombrado en Nueva York como embajador alterno de Naciones Unidas. “Estando enfermo y ya agonizando, fue nombrado Embajador en Suecia, adonde nunca llegó”, comentó Néstor Zárate Rey. Terminó su servicio en el exterior escalando todos los peldaños en la Cancillería, despidiéndose como Embajador designado. Falleció en Bogotá el martes 12 de diciembre de 1967.

En este último período se dedicó a bruñir sus novelas. Con *El cartero*, “el escritor se encerró día y noche a teclearla luego de haber prohibido la más mínima interrupción”⁵³, pasándola a limpio durante tres meses. Mientras con *La cárcel*, se dedicó a enmendar con sinnúmero de notas el manuscrito original, mecanografiando algunas copias.

Si bien desde 1959 decidió no publicar sus escritos narrativos, como ensayista y relator no dejó de hacerlo, colaborando activamente con *El Espectador* y *El Tiempo* hasta su muerte, especialmente en sus separatas dominicales. Previamente se tienen registros de participación escrita en revistas como la *Revista de América* del diario *El Tiempo*, la *Revista de las Indias* y la *Revista Bolívar* del Ministerio de Educación, la revista *Cromos*, Sábado y otras revistas empresariales como *Colseguros*, alrededor de los años 1945 y 1957. Había hecho presencia en revistas regionales como la *Revista Rumbos*, erigida en Bucaramanga por Efraín Orejarena Rueda, que circuló entre 1939 y 1942 bajo la dirección de Gustavo Cote Uribe y el mismo Zárate Moreno.

En 1952 colaboró con la *Revista Nacional de Cultura* del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes de Venezuela, y entre 1954 y 1955 era asesor del *Anuario Indigenista* y de la revista *América indígena*, órganos

51 Zárate Moreno Jesús. *El cartero*. Barcelona, Planeta, 1973, 208 p.

52 Zárate Moreno Jesús. *El viento en el rostro*, pp. 140-143.

53 Orrego Arismendi Juan Carlos. *Op. cit.*, p. 3.



Rosita Turán

Además de recibir el honor, a Zárate le correspondió también ocupar el privilegio de ser el único autor en la historia del Premio Planeta en celebrar desde la tumba.

del Instituto Indigenista Interamericano (con sede en ciudad de México), del cual figuraba como miembro del consejo directivo. Para 1954 era también consejero asistente del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, en misión liderada por José Duarte Salazar. Fue secretario consejero de las conferencias interamericanas convocadas por el gobierno de los Estados Unidos entre 1955 y 1957, asesor de las conferencias y organizaciones de la división informativa de la Unión Panamericana en 1956. Asesor de las misiones permanentes de Naciones Unidas, en 1966 representó al país junto a Jorge Morales, Antonio Ángel Escobar y Jaime Canal Riva.

Además de periodista, narrador y diplomático, la figura de Jesús Zárate ha sido identificada con el derecho. Estudiarlo fue otra de las grandes aficiones del escritor, empeño que no sólo usufructuaba en el ejercicio de las relaciones exteriores, sino en la literatura. El profesor y político tolimense Antonio Rocha Alvira, quien fuese canciller, embajador en la OEA y ministro en varias ramas públicas colombianas, además de Presidente de la Corte Suprema de Justicia, se refería a él como un colega, según palabras de Eduardo Zárate Rey: “El señor Antonio Rocha, que era un excelente abogado y un destacado escritor en derecho, era entusiasta hacia mi papá. ‘Él no fue abogado pero tenía el mejor criterio jurídico’, decía”. En *El cartero* el autor tomó la vocería de un personaje secundario para esgrimir una defensa del conocimiento jurídico autodidacta: “Aquí se aprende menos de derecho en la Universidad que en las crónicas

de policía”⁵⁴. *La cárcel*, por su lado, es una obra cuyo todo es de un sobresaliente conocimiento en leyes, en materia penal y política.

Germán Arciniegas no dudó en describir al personaje que permaneció detrás de las letras, hallándolo fallecido pero culturalmente inmanente. Aseguró, en tono secuaz: “Zárate, príncipe de las montañas de Colombia, comunicativo, era de una cara aceitunada gorda; casi le cerraba los ojos cuando los reía. Y su corbatín de mariposa, rúbrica de travesura provinciana”⁵⁵.

“Muy pocas veces me habló mucho, puedo decir que él era muy reservado”, aseguró Eduardo, su segundo hijo. Mientras Néstor, el mayor, recogió las palabras para decir desde la lejanía del tiempo transcurrido: “Mi padre era un auténtico autodidacta, pues nunca terminó bachillerato. Sus lecturas y escrituras lo sacaron adelante como intelectual y diplomático. Era un hombre risueño y alegre, con un sentido del humor irónico. Pienso que era un hombre libre, amaba a su familia, a su país y se consagraba en sus oficios de servir a Colombia y a las letras”.

En un silencio que todo lo anunciaba falleció don Félix Jesús, la persona. Moderado, cauto, como lo que era al final de sus propias cuentas, como un hombre decente y común. En su criterio, significaba: “Ellos le habían revelado que era un hombre de carne y hueso, como él, un hombre para quien las atribuciones administrativas no eran un título de suficiencia, ni un motivo de distinción, sino un modesto medio de ganarse la vida”⁵⁶.

54 Zárate Moreno Jesús. *El cartero*. Capítulo XVII, p. 149.

55 Arciniegas Germán. “Gatopardo a la colombiana”, artículo aparecido originalmente en la revista *Nivel* de México, en 1972. Publicado en los siguientes libros de Jesús Zárate: *No todo es así*, 2ª Ed., Bogotá, Colcultura, 1982, pp. 295-300 (298); *La cárcel*, 1ª edición colombiana. Bogotá, Villegas Editores, 2003, pp. 11-14 (13).

56 Zárate Moreno Jesús. *El cartero*. Capítulo XIX, p. 167.

LA PERVIVENCIA DEL HOMBRE

El fallecimiento de Jesús Zárate, en diciembre de 1967, quedó retratado brevemente en algunos diarios colombianos. Una semblanza del diario *El Frente*, publicada antes de cerrar el año, retrató el valor regional del autor santandereano:

[...] admiramos las condiciones espirituales y humanas de este exponente brillante y silencioso de la cultura santandereana, que llegó a ser pronto una figura de las letras nacionales, una cifra valiosa de nuestra diplomacia y un periodista de aguda y brillante pluma, que después de Jaime Barrera Parra ocupó uno de los sitios más señalados entre los valores más sustantivos de su generación. [...] Jesús Zárate Moreno, a fuer de santandereano, tuvo y mantuvo el culto vital a la muerte [...] en un gesto de perdurabilidad y valor, como el torero que se adelanta a la fiera antes de la embestida brutal⁵⁷.

Todo indicaba que finalizada su vida acabaría su legado, y en el trascurso del tiempo muerto en las décadas, ni un parpadeo hubiese podido modificar aquella condición. Pero el hombre, en su nombre, tenía entretejida una reaparición fantasmal.

La obra de Jesús Zárate permaneció durmiente hasta 1972. Al fallecer, había dejado un manuscrito con sinnúmero de enmiendas a mano y tres copias mecanografiadas de un diario de 230 páginas titulado *La cárcel*, con el seudónimo de “Pablo Lepanto”, rúbrica que usó en el ocaso de su vida. Una sutil señal que dejó a merced de doña Alicia Rey, viuda de Zárate, y sus hijos. Cinco años les tomó a los herederos recoger los manuscritos originales de la obra y darse a la tarea de transcribirla. Comentó su hijo Néstor: “Nos tocó con mi mamá pasar en limpio la novela en una máquina IBM de bolita,

toda una proeza porque papá tenía una letra endemoniada”⁵⁸. Su hermano Eduardo recuerda la importancia de la labor, afirmando: “Me gustaría que hablaran de mi madre; gracias a lo que hizo se conoce la novela, porque era la única que podía entender la letra de mi papá”. La ocurrencia tenía una finalidad. Pasada a limpio, la novela fue enviada a Barcelona a concursar en el Premio Planeta del año 1972, un galardón ofrecido por Editorial Planeta en el marco hispanoamericano, que premia desde 1952 novelas inéditas escritas en castellano. Doña Alicia Rey recordó el fruto de tomar la decisión de enviar a concursar las trescientas mil palabras: “Teníamos una secreta esperanza de que ganara, pero de todas maneras la llamada que recibimos la noche del premio nos emocionó hasta las lágrimas. Fue el propio director de la editorial, don José Manuel Lara, quien me comunicó que la novela de mi esposo había sido premiada”⁵⁹.

Antes de desatar la algarabía, a los herederos de la obra les restaba un inconveniente no menor: el autor ya no estaba en este mundo. Se suponía que el Premio debía ir a un autor vivo. Entonces se desató un frenesí entre los finalistas y las autoridades, debatiendo la autorización del galardón póstumo sólo si el autor falleciese en el tiempo que va de la presentación del libro al veredicto final. Ante la primicia, el fallo no pudo impugnarse, entregando el premio a título póstumo y modificando de allí en adelante las bases del concurso, impidiendo la consagración de autores fallecidos. Además de recibir el honor, a Zárate le correspondió también ocupar el privilegio de ser el único autor en la historia del Premio Planeta en celebrar desde la tumba.

58 Martínez Polo Liliana. “Rescatando las obras del padre”. *Op. cit.*

59 Romero de Nhora Flor. “Gloria literaria después de muerto”. *Op. cit.*, p. 11.

57 *El Frente*, Bucaramanga, diciembre de 1967, p. 4.

El Premio Planeta del año 1972 fue otorgado por un jurado calificador integrado por José Manuel Lara Hernández (a la vez fundador del Premio), Antonio Iglesias Laguna, Ricardo Fernández de la Reguera, Martín de Riquer, Carlos Pujol y Manuel Lombardero, este último en calidad de secretario. El galardón, que tiene por tradición publicar las dos obras finalistas, se otorgó a *La cárcel* como ganadora y a *El sitio de nadie* como finalista, autoría de la cubana en el exilio Hilda Perera, en gala ofrecida en el Hotel Ritz de Barcelona el quince de octubre de 1972.

Resuelta la suspicacia, la familia de Zárate recibió un monto de un millón cien mil pesetas como dotación, como atestiguaba la sobrecubierta de la primera edición, equivalentes a unos dieciséis mil dólares, o trescientos cincuenta mil pesos colombianos de la época. Los medios locales y nacionales se adhirieron a la sorpresiva noticia, el período en que el autor recibió la mayor atención de toda su historia. Germán Arciniegas fue quien mejor describió la paradoja del escritor santandereano, al realizar un parangón entre el premio Strega de 1959 y el Premio Planeta de 1972, concluyendo:

De las grandes novelas de este siglo solo hay dos de las cuales nadie puede ufanarse diciendo que tiene un ejemplar con autógrafo: *El gatopardo* de Giuseppe di Lampedusa y *La cárcel* de Jesús Zárate. Sus autores fueron dos príncipes de las letras que se retiraron del escenario de este mundo antes de publicar sus libros. Estaba dentro de la elegancia de su estilo. [...] Zárate, como Lampedusa, trabajó su libro con limpieza inmaculada. Todo pasa en una de esas cárceles colombianas en donde los delincuentes —sabemos cómo son— hablan como corresponde al aire que respiran. Tendrá el texto 300 mil palabras y no se encontrará una sola sucia. Zárate desmenuza todo como si hablara entre los aristócratas de un club, usando de un castellano sin argot y sin mancilla. Nada queda en pie: ni la política, ni el Estado, ni

la reforma agraria, ni las manifestaciones de estudiantes, ni las damas de la beneficencia, ni el Ejército, ni la Iglesia, ni —esto sobra decirlo— la justicia. Se diría que el único rincón de Colombia en donde se habla con toda libertad es en la celda, donde el autor y tres detenidos más desmontan la comedia humana a su antojo⁶⁰.

El decoroso triunfo *post mortem* de Jesús Zárate representó para la literatura nacional un conjunto de eventos tan significativos como ignorados. El cuentista, relator y publicista, saltó insólitamente a la fama como novelista, género en el que consagró los últimos años de su vida. Se convirtió en la segunda obra de un latinoamericano en ser premiada con el Premio Planeta, tras el galardón del argentino Marcos Aguinis con *La cruz invertida* en 1970, en un concurso que a 2015 sólo ha reportado un total de seis ganadores no españoles en 64 ediciones. Siendo el único colombiano en recibirlo, el repentino impacto de la obra permitió realzar la figura del narrador santandereano, dando a conocer lo que, si hubiese sido su propia voluntad, se hubiese transformado en una obra íntima.

La suerte de causalidad que había rodeado a la novela, posicionada desde entonces en un lugar digno para observarse, desde España, fue también el motivo principal por el cual su escritura, por demás estructural, crítica y realista, voló con ahínco por lugares distintos a su tierra.

A pesar de ser uno de los primeros narradores modernos del país en consagrarse en el exterior —antes de Zárate solo habían obtenido premios internacionales tres colombianos: Manuel Mejía Vallejo (1963) y Eduardo Caballero Calderón (1965) el Nadal, y García Márquez el Rómulo Gallegos (agosto de 1972)—, mucho antes de que Gabriel García Márquez recibiese la distinción del Nobel

60 Arciniegas Germán. “Gatopardo a la colombiana”. *Op. cit.*, pp. 297-298, 11-12.

literario en 1982 y Álvaro Mutis —autor cuyas premiaciones personales se originaron desde 1974— recibiese el premio Príncipe de Asturias de las Letras en 1997, Zárate fue un escritor que, incluso después de fallecido, tuvo que encontrarse con la adversidad.

García Márquez había lanzado *Cien años de soledad* en el año en que murió Zárate, en mayo de 1967. Siendo su novela ejemplar, fue la marca de un estilo literario que insertó al país en el fenómeno latinoamericano de la segunda mitad de siglo veinte. Vendió un total inicial de ocho mil ejemplares con la editorial Sudamericana de Buenos Aires, encargada de su primera edición, y de allí en más tomó la ruta de los clásicos de la literatura que hicieron de la novela un título récord, con traducciones a treinta y cinco idiomas y más de treinta millones de ejemplares vendidos⁶¹. La estela de esta obra opacó a *La cárcel* en la estimación y la crítica literaria del país, entre otras cosas, por una relación de estilo muy distinta entre autores y tendencias.

Lejana a la poética y cercana a la filosofía, a pesar de retratar y posicionar con especialidad los espacios, la obra de Zárate era la representante de un realismo crítico que poco o nada tenía que ver con la innovación literaria o el realismo mágico, especialmente a imagen del autor magdalenense. Zárate se confesó lector del tipo de escritura que García Márquez miraba algo peyorativamente, el realismo. En donde al santandereano se le abrían los escenarios, al costeño se le cerraban, y tal vez por ello fue el primero el que, sin apreciaciones, terminó mencionando a su colega a partir de una de las obras más afines a su gusto, *El coronel no tiene quien le escriba* (1961), en la novela *El cartero*.

61 Ver: Ordóñez Monserrat. “Cien años de soledad”. En: *Credencial Historia*, No. 110 (febrero, 1999); y “One Hundred Years at Forty”. En: *The Walrus Magazine* (2007).

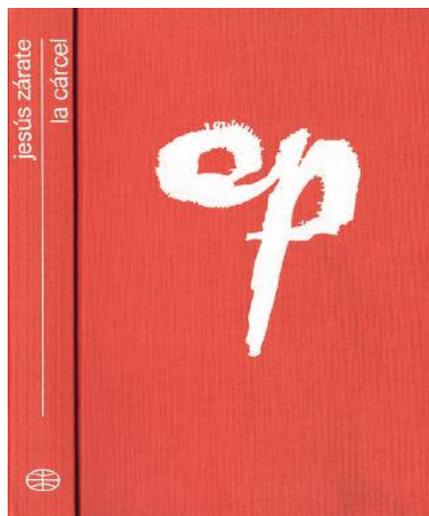
En *La cárcel*, Jesús Zárate dio cuenta de su noción literaria. Adoptando la voz del protagonista, a quien eligió para conducir su propia voz, el autor enunció y a la vez eludió los principios que según él movían a los géneros de literatura moderna a “fusionarse”, eligiendo el diario como la manera más adecuada para consignar los pensamientos y adoptar las experiencias y los recuerdos, aspectos que representaban para él la finalidad de quien se dispone a escribir narrativa ficcional:

No me queda más recurso que el diario. Y no me arrepiento. A pesar de estar desacreditado también, el diario es el instrumento de expresión más honesto, porque es el único que desde el principio se sabe que no es sincero. No pretende adivinar, como el verso, ni colaborar en la locura, como la novela, ni aspira a suplantar la verdad, como el teatro, ni se maquilla el rostro, como las memorias, ni posa de pedante, como el ensayo. Participa, sin embargo, de los ingredientes de todos estos estilos, los buenos y los malos, aunque bien dosificados. Entre todos ellos, el diario es la manera más inofensiva de mentir⁶².

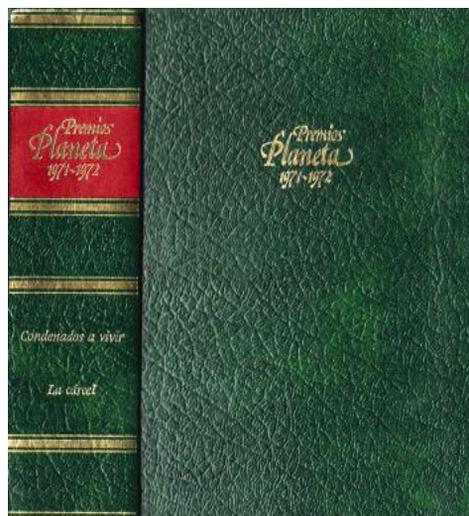
Si los géneros literarios tendían a “desaparecer”, como mencionaba, la escritura de ficción debía ser el centro de reflexión de lo intangible en la realidad, la causa de todo ensimismamiento colectivo. En un país de realidades crudas y olvidos profundos, la literatura no debía ser un escape sino un ancla, sostenida por el suspenso ficcional y el sarcasmo realista.

Orrego Arismendi posicionó a *La cárcel* dentro de un género refinado cuyos fundamentos e intenciones representaron “el germen solitario de una suma estética inédita en Colombia, donde las poéticas suelen en-

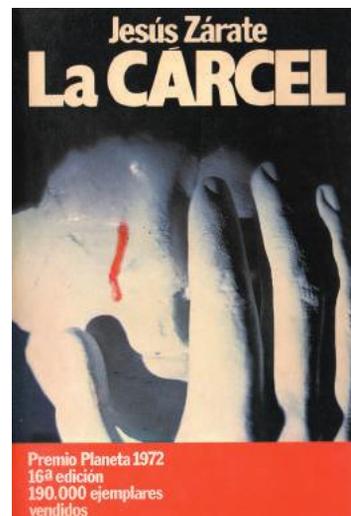
62 Zárate Moreno Jesús. *La cárcel*. Capítulo: “Jueves. Octubre 15”, p. 11.



Tapa interior de primera edición de *La cárcel* (Planeta, 1972).



Edición conjunta *Premios Planeta 1971-1972*, Tomo VI de la colección "Novelas españolas del siglo XX" (Planeta, 1979). Ilustraciones de Joseph Sierra Llimona.



Edición de *La cárcel* con cambio de sobrecubierta (Planeta, 16ª edición, 1980).



Edición especial de *La cárcel* para Club Planeta (1973, desde 4ª edición).

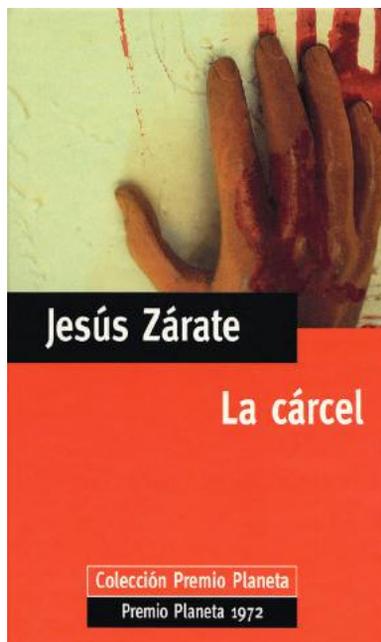
contrarse frecuentemente en los extremos del tradicionalismo narrativo o de la vanguardia jactanciosa⁶³. Consideró a Zárate un escritor con una "conciencia narrativa integral" capaz de sobreponerse a los dos extremos señalados y de tomar ventaja, incluso, de otras obras del género carcelario nacional, como el *Diario de Lecumberri* (1960) de Álvaro Mutis y *Mientras llueve* (1965) de Fernando Soto Aparicio. Carlos Pujol, jurado de la obra para Planeta en 1972, se refirió también al estilo ecléctico de *La cárcel*, remarcándola como "algo muy diferente. Es un libro que no innova ni mira hacia atrás, que se sitúa al margen de las corrientes literarias [...] Aquí se disimulan púdicamente todos los aspectos nuevos y profundos, y se nos da una obra que vale mucho más de lo que parece, renunciando a cualquier género de exhibicionismo. En el fondo, no es una novela realista ni simbólica, sino una meditación narrativa"⁶⁴.

63 Orrego Arismendi Juan Carlos. *Op. cit.*, p. 11.

64 Pujol Carlos. "Prólogo". En: AA.VV. *Premios Planeta 1971-1972*, Tomo VI: *Condenados a vivir* de José María Gironella y *La cárcel* de Jesús Zárate. 23ª edición, Barcelona, Editorial Planeta, 1994. p. IV.

¿Qué ocurrió entonces con *La cárcel* y su autor? *La cárcel* es el ejemplo cumbre de un escritor cuyo destino se ha abierto paso por fuera de las obstrucciones locales, estableciendo un poder de influencia capaz de resistir la ambigüedad del entorno literario, la reticencia del país y las inclemencias del tiempo.

Un repaso a su historia editorial y literaria permite tomar conciencia de su importancia a todo nivel. Otorgado el Premio Planeta, la primera edición de *La cárcel* fue lanzada por la editorial en noviembre de 1972, con un tiraje de cincuenta y cinco mil ejemplares. Fueron vendidos en la primera semana. Antes de cerrar el año, tres ediciones más salieron a la luz, todas en el mes de diciembre. Sólo entre 1972 y 1980, a ocho años del Premio, la Editorial Planeta puso en circulación dieciséis ediciones, que sumadas, llegaron a un total de ciento noventa mil ejemplares, un rotundo éxito editorial. En 1984 ascendía a la vigésimo sexta edición, y en 1987 llegó a la trigésimo sexta. Para la fecha, la novela circulaba en la colección "Autores españoles e iberoamericanos", publicada en dos formatos: el original con tapa dura y sobrecubierta y la edición especial para



Edición económica de *La cárcel*, lanzada al mercado por Planeta DeAgostini (1998).
Diseño de cubierta: Fernando Mir.

Club Planeta, en cartón con piel y un corte superior dorado, editadas con las mismas dimensiones y distribución del texto (13,5x19 centímetros, 291 páginas). Desde 1979 Planeta comenzó a publicar la novela dentro de una colección especial titulada “Novelas españolas del siglo XX”, que reunía en un solo volumen a varias obras galardonadas en el Premio Planeta, y aunque *La cárcel* no correspondiese al origen peninsular, fue incluida en el tomo sexto, titulado *Premios Planeta 1971-1972*, en el que acompañó al galardón que le precedió, *Condenados a vivir* de José María Gironella; un empaste de 864 páginas con el prólogo de Carlos Pujol. Esta, que podría considerarse una segunda presentación editorial de la novela, para abril de 1994 llegaba a su vigésimo tercera edición. Desde 1998 el grupo editorial incluyó la obra en la colección “Premio Planeta”, ediciones de circulación económica publicadas a través de Planeta DeAgostini, en lo que se puede debatirse como una tercera presentación editorial, cambiando el diseño de portada, paginaje y las dimensiones (20,5x13,5 centímetros, 254

páginas)⁶⁵. Para 2004, uno de los herederos del autor, su hijo Néstor, habló de un estimado de seiscientos mil ejemplares vendidos en treinta años, refiriéndose exclusivamente a los lanzados por Planeta⁶⁶. Estos números sustentaron el valor de la obra premiada por la casa editora, de “una agudeza insospechada y un sentido muy hondo a las paradojas que manejan los personajes, siempre con un humor incisivo que sin renunciar a la sonrisa y a la comprensión humana, revela profundas e inquietantes contradicciones”, como así se hizo alusión al veredicto del jurado en la presentación editorial, apreciando el suspenso, la amenidad y el atractivo con que se escribió.

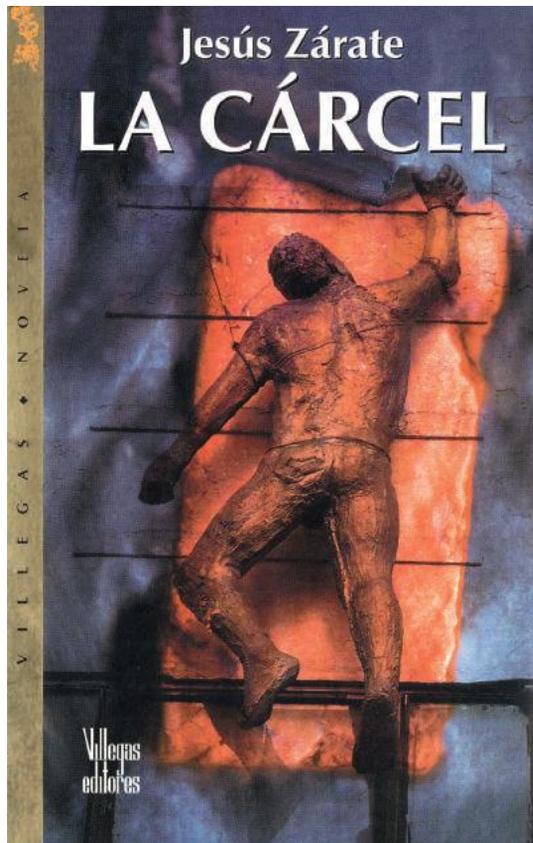
Tras ganar un litigio sobre los derechos de la obra, los herederos de Jesús Zárate reposicionaron la novela en el mercado editorial, sacándola del espacio exclusivamente hispanoamericano con que Planeta la había promocionado. Una nueva edición en castellano, primera en Colombia, fue presentada por Villegas Editores en octubre de 2003, resaltando la importancia que revertía la novela para acentuar el propósito de la editorial, presidida por Benjamín Villegas, de exponer la *buena imagen* del país. En la edición se repatrió el artículo “Gatopardo a la colombiana”, que Germán Arciniegas había publicado originalmente en la gaceta cultural mexicana *Nivel*, a cargo de Germán Pardo García. Escribiendo sobre su amigo y digni-

⁶⁵ Las distintas publicaciones de Editorial Planeta podrían considerarse editorialmente como reimpressiones, es decir, la reproducción de la obra sin modificaciones al texto, independientemente del formato, tanto para el caso de las dos publicaciones individuales como para el de la compartida, respectivamente. Sin embargo, el criterio editorial de la casa barcelonesa considera cada reproducción como una edición en sí misma, de allí la dificultad de identificar como ediciones cuarta, quinta y así sucesivamente, a las correspondientes a otras casas editoriales y en otros idiomas.

⁶⁶ Martínez Polo Liliana. “Rescatando las obras del padre”. *Op. cit.*

Primera edición colombiana de *La cárcel* (Villegas Editores, 2003). Carátula: Fotomontaje, Marko Modic.

54



ficando el uso de la lengua en América, Arciniegas interpretó: “El autor, Antonio Castán, era inocente de profesión. En la cárcel se dedicó a escribir un diario: la novela del premio Planeta”⁶⁷.

Aun sin conocer la obra novelística de Zárate, la mirada aguda de Hernando Téllez había anunciado tiempo atrás el éxito potencial del escritor en otros idiomas: “Vertidos a otro idioma los cuentos de tu libro, no perderían su esencia ni se convertirían en grave dificultad desde el punto de vista de la interpretación de los matices. ¿Por qué? Porque lo general, lo universal es el hombre, la verdad del hombre”⁶⁸. El crítico y ensayista bogotano no erró.

El primero de agosto de 2003 salió a la luz *Jail*, primera edición en lengua inglesa de la novela, publicada en Minneapolis

67 Arciniegas Germán. “Gatopardo a la colombiana”. *Op. cit.*, p. 297.

68 Téllez Hernando. *Op. cit.*, p. 296.

por el grupo Aliform Publishing, a cargo de Jay Miskowiec. Fue traducida por el reconocido especialista en obras hispanoamericanas Gregory Rabassa, luego de que Néstor Zárate Rey le propusiese dicha tarea en su tiempo de residencia en Nueva York. El profesor Rabassa confesó que el oficio encajó plenamente en sus planes y le generó una admiración profunda hacia el novelista, afirmando que lo único que podía envidiarle a uno de sus autores más traducidos, el Nobel colombiano, era la falta de aclamación internacional. Declaró con su trabajo “no destruir ninguno de los matices y dejar intactas todas las ambigüedades”, esperanzado en conservar intocable el discurso de “la ficción dentro de la ficción, como afirma Mister Alba en sus diferentes y diversas anécdotas, sin evidencia disponible acerca de si está diciendo la verdad o no, muy a la manera de Borges”⁶⁹. No dejó de referirse metafóricamente al destino póstumo del autor, reflexionando, al pensar en él, que *Doña Inés* (1925) de Azorín o las *Memorias póstumas de Brás Cuba* (1881) de Joaquim Machado de Assis hubiesen podido ser obras elegibles en aquel Premio Planeta, por la condición de sus personajes⁷⁰.

En 2007, *A Prisão* fue publicada por la Oficina do Livro de Lisboa, primera edición en portugués, bajo la traducción de Zilda Joaquim y el prólogo de Urbano Tavares Rodrigues. Este último reconoció también las fuertes marcas borgianas en la

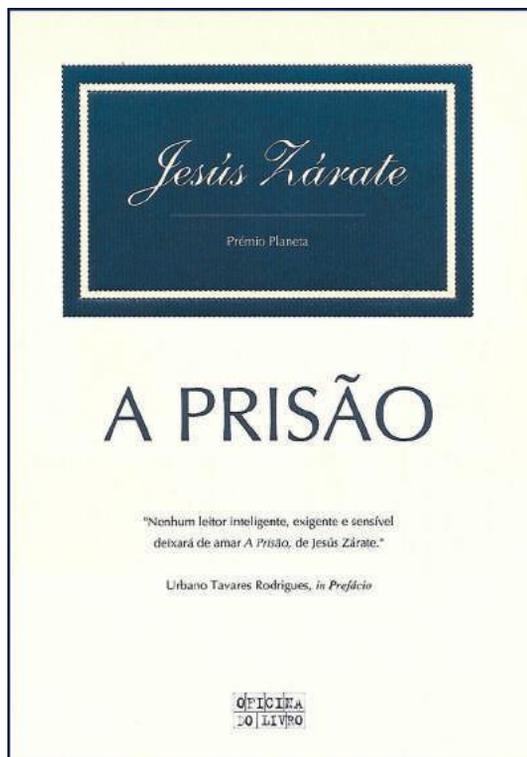
69 Rabassa Gregory. *If This Be Treason: Translation and Its Dyscontents. A memoir*. Nueva York, New Directions Books, 2005, p. 174. (La traducción de la cita es del autor del presente artículo).

70 El subtítulo de las memorias pesimistas de Brás Cuba es “Epitafio de un pequeño triunfador”, mientras la historia de doña Inés de Silva es el relato de un amor prohibido, hilado por una historia pasada de dos seres enamorados, doña Beatriz y un trovador, en la que doña Inés se ve reflejada. El traductor incluye esta referencia como una metáfora surrealista, como si la historia de Jesús Zárate y su libro fuese todo un personaje de novela.



Primera edición en lengua inglesa de *La cárcel*, titulada *Jail* (Aliform Publishing, 2003).

Ilustración de portada: Lourdes Cué. Diseño: C. Fox Design.



Primera edición en portugués de *La cárcel*, titulada *A Prisão*, segunda en lengua extranjera (Oficina do Livro, 2007).

novela y se cuestionó si la misma guardaba una sensibilidad exigente, particular a obras como *El proceso* de Franz Kafka, *Crimen y castigo* de Fiódor Dostoievski y, especialmente, a *El extranjero* de Albert Camus: “Un libro tan cargado de vasta erudición y pensamiento como este [...] ya no nos asombra, como tampoco la perfección del discurso hablado en el área de la cárcel. [...] Ironía cáustica, [...] un escarnio de todo lo que nos depara”⁷¹, mencionó. Crudeza que otros autores han comparado con *La balada de la cárcel de Reading* de Óscar Wilde y las *Memorias del subsuelo* de Dostoievski, estableciendo con sus personajes: “sucesos e impresiones de su desgraciada vida, con un tono escéptico y

71 Tavares Rodrigues Urbano. “A filosofia na cela”.

Prefacio en: Zárate Jesús. *A Prisão*. Lisboa, Oficina do Livro, 2007, pp. 9-14 (13-14). (La traducción de la cita es del autor del presente artículo).

amargado”⁷², refiriéndose a la obra y, desmedidamente, al autor.

En 2014 *La cárcel* fue incluida dentro del proyecto *Lecturas de los Santanderes*, propuesta digital de la Biblioteca Nacional para la red nacional de Bibliotecas Públicas de Colombia. Reseñada en periódicos y revistas del exterior como *Miami Herald*, *San Francisco Chronicle*, *Minnesota Daily*, *The New Mexican*, *America's Magazine*, *Cosmopolitan*, *Publishers Weekly*, *Library Journal*, *Rain Taxi*, *Criticas Magazine* y *Small Spiral Notebook*, en Norteamérica; en *La Vanguardia* de Barcelona, *Las Provincias* de Valencia y *El Clarín* de Buenos Aires; ha sido fuente de reseñas y crónicas sociales en medios nacionales como *La estafeta literaria*, *Vanidades*, *Portafolio*, *El Espectador* y *El Tiempo*.

72 Reyes Carlos José. *Op. cit.*, p. 19.

En el contexto regional, el detallado estudio de Juan Carlos Orrego Arismendi para la separata *Dominical de Vanguardia Liberal* en 2002 incluyó un aparte titulado “El novelista de la libertad”, refiriéndose a la obra en particular. En el mismo concluyó: “[...] la seducción de la obra se basa en una gran mentira: aquella que pretende convencernos de que los escritos de Castán conforman un diario, siendo que se está ante una de las más fracturadas novelas colombianas de la segunda mitad del siglo”⁷³. En su concepción, el uso del *diario* como el método conductor de la novela, y el uso de treinta y nueve epígrafes de autores universales⁷⁴ que encabezaron cada uno de los días narrados, respondió a una arquitectura intertextual enaltecida, en términos ideológicos, críticos, metafísicos y morales, expresados en la novela. En 2013 la Universidad Industrial de Santander lanzó un libro titulado *Tres escritores santandereanos*, en el que se incluyó el estudio “Antón Castán y las representaciones del intelectual en *La Cárcel* de Zárate Moreno”, elaborado por Diego Higuera Castillo, quien dividió al personaje central de la novela y lo catalogó en tres figuras intelectuales —reflexivo/pasivo, activo/dinámico y pasivo/decaído—, para destacar la importancia del realismo del autor y lo inusitado de su escasa presencia en la crítica literaria colombiana⁷⁵. Citando las

palabras de Beatriz Sarlo, el ensayista concluyó su idea: “La figura del intelectual (artista, filósofo, pensador), tal como se produjo en la modernidad clásica, ha entrado en su ocaso. Pero [...] no tanto como para volver inútil lo que fue un eje de la práctica intelectual de los dos últimos siglos: la crítica de lo existente, el espíritu libre y anticonformista, la ausencia de temor ante los poderosos, el sentido de solidaridad con las víctimas”⁷⁶.

Así se abrió camino *La cárcel*, y empujó consigo a su desinteresado autor, llevándolo a esa justicia por la que tanto reflexionó y de manera libre expresó, fiel a su dialéctica. Pero no fue el único obstáculo con que esta historia tuvo que lidiar, pues cuando fue publicada en inglés, comentó su hijo mayor, “sólo cuando la vieron y leyeron el nombre de Rabassa, empezaron a ponerle atención”⁷⁷, observando el interés nominal de los lectores y críticos de literatura y enfatizando la corta distancia que existe entre la dimensión de una obra literaria y la mezquindad, la frivolidad y la desatención. Al ser escrita y originada en los tejidos de la claridad, *La cárcel* sólo ha podido recibir honores, a pesar del silencio.

Recogiendo el impulso de la paradoja que lo visibilizó ante la literatura iberoamericana y mundial, la novela *El cartero*, su segunda obra póstuma, fue publicada por Planeta en abril de 1973, cerca de seis años tras su fallecimiento y apenas seis meses después de que su autor resultase galardonado

73 Orrego Arismendi Juan Carlos. *Op. cit.*, pp. 7-8.

74 Antón Castán, personaje central y escritor del diario en la novela, presenta los epígrafes como una “colección” de lecturas de su vida, que viene a ser la biblioteca metafórica de Zárate Moreno, e incluye los nombres de Chesterton, Kafka, Sartre, Roblès, Lewis, Madariaga, Papini, Russell, Durrell, Zola, Ludwig, Dostoievski, Marías, Valéry, Greene, Peyrefitte, de Maistre, West, Uslar Pietri, Hemingway, Lagerkvist, Koestler, Gaddis, Fuentes, Lawrence, Borges, Simenon, Whitman, Jung, Gheorghiu, Bir-lán, Nehru, Mikes, Arciniegas, Gómez de La Serna, Mauriac, Malaparte, Weil y Miller.

75 Higuera Castillo Diego. “Antón Castán y las representaciones del intelectual en *La cárcel* de Zárate

Moreno”. En: AA.VV. *Tres escritores santandereanos: Tomás Vargas Osorio, Pedro Gómez Valderrama y Jesús Zárate Moreno. Ensayos*. Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2013 (“Temas y Autores Regionales”), pp. 9-76.

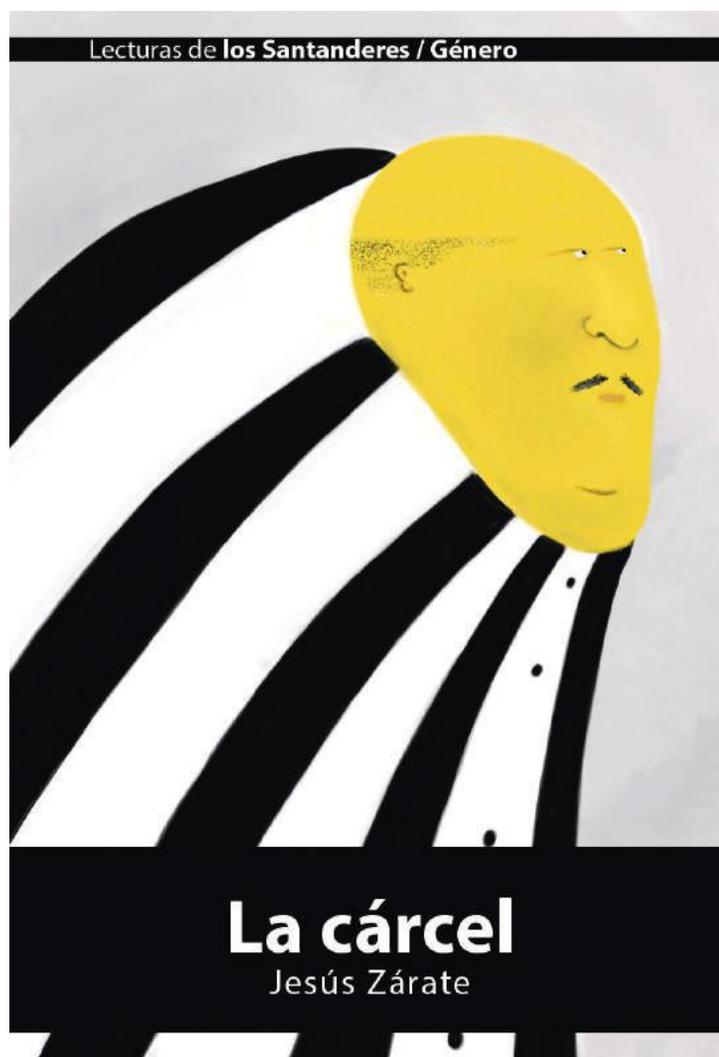
76 Sarlo Beatriz. “Los intelectuales”, capítulo en su libro: *Escenas de la vida posmoderna: intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. 2ª Ed., Buenos Aires, Seix Barral, 2004, pp. 171-196 (178). Citado por: Higuera Castillo Diego. *Ibid.*, p. 71.

77 Martínez Polo Liliana. “Rescatando las obras del padre”. *Op. cit.*

en el Premio Planeta. Por la singularidad literaria de *La cárcel*, por la bella paradoja de no tener que promocionarla ante algún público y ser la cara de la moneda, *El cartero* es una obra cuyo todo representa el don de la convicción, en la contracara del olvido, siendo aún más invisible que su obra cuentística, publicada y —aunque poco— apreciada durante su vida. Entre otras, las razones se pueden atribuir a que, al representar el género de la novela, contó con la escasa fortuna de remitir una inmediata comparación con *La cárcel*, obra que terminó por arrasar las posibilidades de existencia de su creación hermana.

Las cualidades de *El cartero* resultan muy distintas a las de *La cárcel*. A su diferencia, carece de la robustez, renuncia a la imbatibilidad de la arquitectura intelectual para entregarse a la desinteresada especialidad de la artesanía. No parte de una realidad presupuesta sobre la cual zanja la crítica y la filosofía, ya no de un encierro para entender el significado de la libertad o la justicia. Tampoco establece un espacio y unos actores con voz propia, para inmiscuir la voz narradora en el espacio racional del discurso, pues no protege la primera persona de cada personaje. Discurre los pasajes sin sobresaltos, intentando distraer la sinuosidad con el sentido de la cotidianeidad, trasladando sus máximas a zonas distintas a las beligerantes. Y aunque profunda, abandona el atrio de quien pone la dureza de las palabras ante los lectores, dejándolos en franco silencio, para exigir de ellos algo de esfuerzo, la estampa de una continuidad irresuelta y absolutamente necesaria. Representa, de diversas maneras, la voz genuina de su autor, imbuido en la ironía, el absurdo y el humor como imágenes conductoras de la reflexión humana, la parodia estamental y el indescifrable rumbo de la sensatez, enredada en los imponderables de la vida individual y compartida.

Estructuralmente fue constituida por veintidós capítulos conexos, en partes que funcionan como diálogos con personajes sin el peso de posicionarse en la primera lí-



nea de la historia. Transcurre en el espacio de lo desperdigado, va paso a paso, socavando en los individuos, reconociendo el *cada uno* de su propia individualidad, especialmente la de su personaje central, que es asimismo la estampa de todos. Y al decir *todos*, nace de entre las sombras un ventríloco susurrante, que es nada más y nada menos que Jesús Zárate Moreno, quien involucra a los lectores en las partículas de esa especie de individualidad general constituyente. El autor esta vez dejó de lado su vocación de coleccionista de frases y contextos literarios, de lado quedó su afán como lector ávido de literatura. Renunció al compendio de sus géneros y autores universales, para trasladarse a su propio pensamiento, como individuo, en el que su

Primera edición digital de *La cárcel* (Biblioteca Nacional de Colombia, 2014). Ilustración por Yair Alarcón.

narrativa lo devela como miembro de familia, como ser de una tierra y con un énfasis trascendente, como diplomático y estudioso de la política. Lo hizo con la capacidad de hablar por sí mismo, sin el compromiso real de adoptar sus palabras al presentar una de sus más grandiosas marcas: un sentido somero del humor. Hizo uso de un criterio propio al expresar los fiambres de lo errático y el dilema de lo correcto, que se encuentran en situación paralela. Sin epígrafes, provee la apariencia —sólo la apariencia— de la presencia de un narrador que pretende no inmiscuirse, aquel que disfraza al autor. Puesto en tercera persona, es un narrador omnisciente y objetivo, lo conoce todo, hasta el mínimo detalle, y sin embargo transfiere su sentir en la observación tácita de la mente y la conducta de un insípido personaje central, que sin el narrador sufre de mutismo.

Por tanto, la obra es reflexiva, profunda en su trasfondo. Ignoró la dialéctica como método, escogió la divagación y pretendió ser sutil, disfrazando la trastienda de todos sus componentes en la frivolidad, la ambigüedad, el sinsentido de lo cotidiano, significados de lo intangible o lo irracional. No resultó polémica, y antes que crítica, es aguda. La dirección de sus máximas defiende la inactividad, una pachorra que encubre, en la sinvergüencería de los actos inútiles y los acontecimientos simplones, el eco de una violencia imperceptible a los sentidos, de índole cultural.

Orrego Arismendi describió la novela como un ejercicio literario en el que los vínculos estéticos con la literatura fueron personales:

[...] la atmósfera es intensamente kafkiana; Zárate, que antes había tenido algunos devaneos alrededor del escritor checo, ahora escribe una obra con deliberada ambientación absurda: como el Josef K. de *El proceso* que nunca sabe por qué es juzgado y el agrimensor de *El castillo* (1926) que nunca logra entrar al castillo. [...] Si Zárate habla

explícitamente de Kafka es, de algún modo, sólo por rendir tributo a un numen intelectual demasiado evidente en su novela [...] del mismo modo que en la obra de Kafka los personajes no van más allá de la atenuada particularidad de ser un ujier⁷⁸.

Estas cualidades fueron exaltadas por la *Revue des Deux Mondes*, publicación parisina fundada en 1829 por Prosper Mauroy y Pierre de Ségur-Dupeyron. En febrero de 1974 y para el número 8F (15) de la nueva época de la revista, de periodicidad mensual, se publicó un fragmento de *El cartero*, que Julien Garavito tradujo al francés y tituló “Le facteur et le docteur” (“El cartero y el doctor”). El aparte correspondía al capítulo XII de la novela, en el que el protagonista visitaba al psicólogo buscando una receta para su malestar. Allí se produjo uno de los diálogos más recordados de la obra:

—No te preocupes, viejito querido. Tú lo que necesitas es Kafka.
—¿Kafka viene en píldoras o en cucharadas?
—Kafka viene en libros.
—No entiendo, doctor.
—Kafka es un mensajero.
—¿Un mensajero? Sólo eso me faltaba.
—Quiero decir que es un escritor. Un escritor que nos trae mensajes.

El médico se enfrascó en una disquisición complicada sobre libros, autores, astrología y psicología literaria. Habló también de Dios y dijo que los personajes de Kafka vivían buscando a Dios. Añadió que no le interesaba Kafka, sino los lectores que no se mostraban interesados por Kafka⁷⁹.

Dirigida en la época por Jean Jaudel, gaullista, miembro del *Réseau du Musée*

78 Orrego Arismendi Juan Carlos. *Op. cit.* pp. 11-12.

79 Zárate Moreno Jesús. *El cartero*. Capítulo XII, pp. 108-109.

de *L'homme* (uno de los primeros movimientos de la resistencia francesa contra la invasión alemana durante la Segunda Guerra Mundial), la revista recibía en ese momento colaboraciones de personajes como Roger Caillois, Jean-Paul Sartre y André Piettre, entre otros. Tales privilegios guardó la obra menos visible de Jesús Zárate Moreno.

En los diarios nacionales, una nota en específico sacó la cara por la novela. Inserta en la sección dominical “Novedades bibliográficas”, redactada por el antioqueño Rogelio Echavarría para *El Tiempo*, en realidad no constituía una novedad, al ser publicada más de un año después de la edición. El desprevenido redactor tomó el libro y, al leerlo, dio con el tino de su esencia, reseñando: “[...] el escepticismo periodístico le dio una visión de la vida paradójicamente más consciente de la incomunicación real de nuestro mundo y de la inutilidad de cualquier intento serio de superarla. Tal vez por eso dejó lo más denso de su obra entre las gavetas [...]. Esta novela puede, inclusive, convencer más que la premiada, por su mayor realismo ambiental”⁸⁰. A pesar de la excesiva afirmación, destacó el contraste entre el esquema intelectual de *La cárcel* y el sistema de “ironía de ironías” de *El cartero*, evidenciando que en la ocasión de su segunda novela, el homenaje a su autor ya no era oficial, era íntimo, venido de quienes le conocían dentro de las paredes hogareñas.

Para dimensionar al autor póstumo, sin discriminar el enfoque de la libertad en el encierro de *La cárcel* y el desasosiego en la libertad de *El cartero*, podemos entrar en razón con las palabras arrojadas por Gregory Rabassa, el traductor inglés de *La cárcel*, al referirse a la moraleja de la obra que él tradujo. Mencionó, posicionándose en el pensamiento del escritor: “Si la verdad es realmente bella, entonces es sencillo enmas-

cararla para la elocuencia, tal y como es el salir con una mentira”⁸¹.

Tal cual era el carácter crítico de la ficción del malagueño. La afirmación demuestra la complejidad y la lucidez de la sorna humana, en un diálogo con los sentimientos más honestos del ser. Abandera el desalojo de la esperanza por la presencia oportuna de la ironía, arrobando la expectativa de un mundo mejor en la narración de las más sencillas maneras con las que el mundo mismo se nutre, para complicarse. La visibilidad de *La cárcel* reavivó el interés por su obra narrativa, por consecuencia.

En 1982 saldría a la luz una segunda edición de *No todo es así*, publicada por Colcultura en Bogotá, integrando los libros de cuentos *No todo es así* y *El día de mi muerte*, junto al cuento inédito “Dios”. En octubre de 2003 el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá presentó el libro *Tres piezas de teatro*, que sacaba a la luz tres de sus cinco dramas inéditos. Y dentro de los mismos, hacían su presencia formal dos estudios nuevos sobre el autor, uno sobre cuento, escrito por James Alstrum (actual profesor emérito de la Universidad de Illinois y experto en literatura colombiana), y otro sobre teatro, escrito por el dramaturgo e investigador bogotano Carlos José Reyes. En 2008 Panamericana Editorial publicó en Bogotá la selección *Un perro aúlla en la noche*⁸², un libro de diez cuentos sacados del total de su obra narrativa, que incluyó un nuevo estudio, a cargo del manizaleño Eduardo García Aguilar.

81 Rabassa Gregory. *Op. cit.*, p. 174. (La traducción de la cita es del autor del presente artículo).

82 Zárate Moreno Jesús. *Un perro aúlla en la noche*. Selección ilustrada de cuentos. Bogotá, Panamericana Editorial, 2008, 182 p. Componen la selección: “Un perro aúlla en la noche”, “Dios”, “Atentado terrorista”, “Un árbol en el camino”, “Fin del mundo”, “Las dos cabezas”, “El negrito Pock”, “La bella leprosa”, “Una familia espiritual”, “La cabra de Nubia”.

80 *El Tiempo*, Bogotá, 9 de junio de 1974, p. 5-B.

Entre 1999 y el año 2000 *Vanguardia Liberal* lo distinguió como uno de los personajes más destacados del departamento en el siglo veinte, y la revista *Semana* lo catalogó como uno de los más sobresalientes escritores nacionales de la centuria⁸³. Las publicaciones que reactivaron la presencia de *La cárcel* en el mundo editorial, tanto la colombiana como la norteamericana y la portuguesa, terminaron diseminando la obra en la vida pública mundial, constatable en periódicos y revistas desde 2003. Que en 2015, justo en el primer centenario de su nacimiento, se comience en Bucaramanga la publicación de la *Obra Completa* de Jesús Zárate, incluyendo la recuperación de sus textos inéditos, periódicos y personales, es el justo retorno de un autor que ha pervivido por sí mismo en la cultura de las letras nacionales, paciente como el silencio.

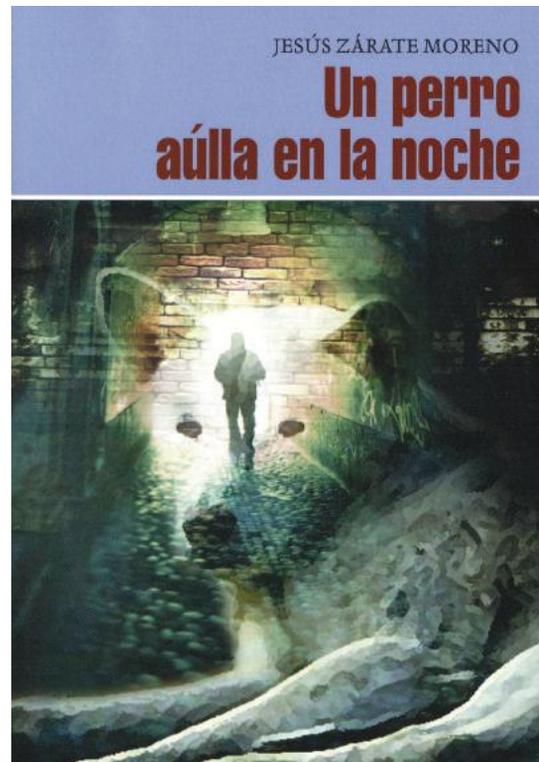
Las razones de la pervivencia del hombre son sencillas, o por lo menos concretas. Eduardo García Aguilar, en la voz del país contemporáneo que no tuvo la oportunidad de conocer al hombre, mencionó: “[...] la palabra auténtica y verdadera va más allá de la muerte. Y Jesús Zárate Moreno está vivo porque su obra es profunda, verdadera y humana”⁸⁴. Pero el hecho de que quienes vivieron a su lado hayan llegado a la misma afirmación, como Hernando Téllez, es evidencia de la perdurabilidad del autor, no de una cuestión de suerte: “La literatura colombiana es demasiado literaria. Nos están sobrando a cuantos en ella trabajamos, muchas cosas. Nos sobran artificios y retórica y vanidad, y nos faltan humildad y sencillez en un trabajo de aproximación a la verdad estética y a la simple verdad de la vida”⁸⁵.

En el caso de Jesús Zárate Moreno,

83 Serrano Gutiérrez Carlos Mauricio. “Recordando a Jesús Zárate”. En: *El Tiempo*, Bogotá, 21 de septiembre de 2003.

84 García Aguilar Eduardo. *Op. cit.*, p. 10.

85 Téllez Hernando. *Op. cit.*, p. 295.



Primera edición de *Un perro aúlla en la noche*, selección ilustrada de diez cuentos (Panamericana, 2008).

Ilustraciones de cubierta e interiores: Julio César Gómez.

Diseño: Diego Martínez Celis.

la figuración en un premio internacional no resultó más relevante que la expresividad de su propia escritura.

EL ESPACIO DEL ESCRITOR REGIONAL

El siglo diecinueve había significado para el departamento de Santander el valor de las ideas y la debilidad de los sueños, pues las altas aspiraciones con que se fundó la idea de libertad, autonomía y educación ilustrada del liberalismo radical, desde 1857, pronto ingresaron al terreno de las utopías. Y a la hora de soñar, solemos decir: “todo se queda en el papel”. Pero al santandereano no le gusta soñar con la fantasía, es utopista, sueña enclavado tozudamente en la realidad.

Llegado el siglo veinte, Santander era un territorio de dudas acostumbrado a la pérdida, pues el café como producto exportable pasó a manos antioqueñas, la Guerra de los Mil Días (1899-1902) deterioró

hondamente el capital humano activo de la sociedad agrícola proyectada, y la Regeneración —especialmente con la Constitución de 1886— encontró sentido en las ideas conservadoras del centralismo hegemónico, dejando como consecuencia “una organización más cuidadosa de la vida en Santander”⁸⁶, sin que la transformación de la realidad política y económica regional hubiese alcanzado un nivel de practicidad⁸⁷. Un *cuidado* con tintes preventivos que condujo a *un saber pensar pero no poder hacer*, que se implantó en la conciencia regional y que en 1910 terminó de consumarse, cuando se desmembró el territorio en dos departamentos, con la erección de Norte de Santander. En el curso del siglo veinte, los progresos regionales parecieron progresos atomizados en las realidades particulares a cada una de las ciudades y municipios.

El comienzo del siglo fue un tiempo transitorio para el país, en que la República colombiana dejaba de lado las incesantes guerras interregionales en el nombre de la nación, para acceder a empresas que desde la génesis de su identidad sufrieron de falta de aliento, como la organización hacia el progreso industrial, institucional e infraestructural del Estado, la formalización del conocimiento y la asunción de la idea de modernidad irresuelta, para lo cual se ofrecieron progresos nacionales con pequeñas respuestas regionales reconocidas. En la coyuntura de los diarios nacionales del siglo veinte, los centros educativos formales y las primeras escuelas de literatura, nacieron la Universi-

dad Nacional de Colombia, fundada en 1867, *El Espectador* en 1887, *El Tiempo* en 1911 y la Academia Colombiana de la Lengua —la primera de las americanas— en 1871. En suma, la primera línea de acción nacional para los aspirantes a publicistas y literatos. Las imprentas, los diarios y las revistas de letras, así como los teatros, los cinemas y las artes, surtieron un efecto reactivo en las regiones, donde comenzaron a funcionar federalmente —podríamos decir— los flujos de la nación. En Santander, el diario naciente *Vanguardia Liberal* se convirtió desde 1919 en una de las plataformas en que los hombres de la región comenzaron a integrarse al país, en medio de esta dualidad.

En una época en la que nada pareció inventarse, lo conocido comenzó a formalizarse mediante el centralismo, mientras en las regiones comenzó a depurarse un sentido alterno de la realidad, con escasos impactos a nivel nacional. Esta condición la explicó Orlando Serrano en su ciclo de conferencias inéditas *Hacia una historia de la literatura santandereana*, impartido en la Universidad Industrial de Santander en 2011, al asegurar que “la literatura corresponde también a una determinante histórica, es testimonio de la historia”⁸⁸. Para explicar las vías del reconocimiento y también los destinos del olvido de los escritores santandereanos en el proceso de formación de una idea literaria regional, Orlando Serrano encontró que entre el decenio de los sesenta del siglo diecinueve y el del noventa del siglo veinte, habían sido publicadas ciento treinta novelas escritas por santandereanos, y que, de las mismas, en ocho tratados clásicos de la literatura nacional apenas se nombraban cinco, incluidas *La otra raya del tigre* de Pedro Gó-

86 Johnson David. *Santander, siglo XIX: cambios socioeconómicos*. Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1984, p. 176.

87 “Parecería que la filosofía radical tuvo un éxito relativo al ser aplicada en aquellas regiones donde las condiciones naturales y la presencia de un artículo de exportación se aliaban con ella; pero en áreas donde no existían estas ventajas la doctrina del *laissez-faire* no tuvo otra consecuencia que la de acelerar la decadencia”. *Ibid.*, p. 297.

88 Serrano Giraldo Orlando. *Hacia una historia de la literatura santandereana*. Ciclo de Conferencias (documento inédito). Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, instalaciones de Dirección Cultural, 2011.

mez Valderrama y *La cárcel* de Jesús Zárate Moreno. Esta última no presente en todos. Explicó Serrano de nueva cuenta:

Esto puede parecer una blasfemia pero es cierto, en términos de opinión y de evidencia. Ahora, ustedes me dirán: “Bueno, sí, identificaron ciento treinta novelas, pero de esas ¿cuáles valen la pena?” Hay que distinguir dos cosas: una, el hecho histórico de que se hayan publicado tantas novelas, y otra el hecho de que reconozcamos que, dentro de ellas, un determinado número de novelas vale la pena. Una cosa es el hecho histórico y otra el corpus resultante de la crítica. Eso es cierto. Puede que de esas ciento treinta se salven treinta, pero todas son un hecho histórico, en donde no solo cuenta el valor estético intrínseco. Lo cierto es que esas novelas, independientemente de su valor estético real, después de pasar el tamiz de la crítica literaria son un hecho histórico en el cual se refleja una sociedad. Una novela es, o un valor literario trascendente, o un documento histórico, o ambas cosas. No por el hecho de que literariamente no haya un valor —digamos— que salve ese patrimonio, no por eso el hecho histórico es inestimable.

Y concluyó:

Ese solo ejemplo está mostrando que eso que llamamos *historia de la literatura colombiana* es una impostura [...]. Solo cuando cada región culturalmente definida tenga una historia de su literatura regional, y se haga una apuesta en común de esas literaturas regionales, se podrá construir eso que eufemísticamente llamamos hoy *historia de la literatura colombiana*⁸⁹.

Puede decirse que, histórica y literariamente, la ruta de cualquier intelectual colombiano nacido en los territorios descen-

tralizados explica la lucha por alcanzar la consagración personal, verificada en las posibilidades de existencia y reconocimiento que haya logrado en el ámbito nacional; narrando entre sus líneas el dolor de no encontrar, en el origen preciso de su posicionamiento escrito, el motivo principal por el cual fue reconocido o subvalorado. En el arraigo a los vasos comunicantes a la tierra, se evidencia en la historia de la literatura santandereana, intrínsecamente, la historia de los condicionamientos sociales y territoriales del país, la falta de visibilidad contrastada con la demostración de una evidente potencialidad. Correspondía a los escritores regionales demostrar la capacidad de escribir y formalizar sus obras, y la incapacidad histórica de llevar la representación de su figura a los órdenes nacionales, aspecto más determinado por la historia que por las letras de su región.

La dicotomía entre ideología y fracaso e individualidad y colectividad en el argot santandereano, y en la idea que de esta región se tiene en la nación, se puso de manifiesto drásticamente en el siglo veinte, en el que, como lo explican investigaciones biográficas, “la importancia potencial para la historiografía de la región santandereana [reside en] el aprovechamiento de los relatos”⁹⁰, en la lectura de los intercambios que valen para su sociedad en particular, venida de lo que escribieron sus habitantes, a pesar de fracasar en sus empresas. Es decir, en Santander puede encontrarse mucho de su historia en lo dicho, antes que en lo hecho. Más si ha quedado en papel. Aquellos aspectos explican la riqueza y autonomía cultural y la inconstancia industrial y dependencia atávica que caracterizaron el territorio, que devenido una entidad jurídicamente constituida y coin-

⁸⁹ *Ibidem*.

⁹⁰ Cuadros Sánchez Miguel Darío. *Bartolomé Rugeles: sociabilidad política, negocios y función pública, 1899-1938*. Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2013 (Colección “Escuela de Historia, 25 Años”, 9), p. 237.

cidente a los atributos que constituyen a la nación en general, según Armando Martínez Garnica, se explica en razón a los modismos, hábitos y creencias con que se representa su realidad; “en tanto atributos culturales legados, no planeados por alguien en particular, son la huella de los santandereanos que ya fueron”⁹¹.

Este es el caso de Jesús Zárate Moreno.

Como hombre de Santander, en su obra cuentística exploró las arrugas venidas de la contradicción entre el campo y la ciudad, el problema de la migración forzada y la sicología de la inserción violenta, entre lo injusto y lo digno de su condición histórica y sus costumbres, respectivamente. Como hombre de trabajo, su vida como diplomático se ajustó a los órdenes de representación nacionales, pues como buen conocedor de lo jurídico, desarrolló amistades que le permitieron llevar una vida pública estable, con un oficio con el cuál ganarse modestamente la vida. Como escritor, ajustó una vida paralela de reflexiones sinuosas, metafísicas e irónicas, encubiertas por un humor tan áspero —filosóficamente hablando— que la descripción de su visión de mundo terminó por desmoralizar sus intenciones de publicar y darse a conocer en su propio país. El realismo de su literatura y la decencia de sus ideas hizo que estéticamente su país lo dejara de lado, decidiendo teclear en su máquina de escribir con el espíritu del hombre autodidacta, de aquel que no se graduó de bachiller. Como hombre de una tierra, sufrió el dolor individual de ser de Santander, sin que ello le impidiese desempeñar un papel público ante la nación y mantener una vocación irrenunciable hacia las letras.

91 Martínez Garnica Armando. “Sobre el proyecto de la santandereanidad”. En: AA.VV. *Santander: la aventura de pensarnos*. Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander–Gobernación de Santander, 2005, pp. 33-49 (40).

Que *La cárcel*, su obra más robusta, haya terminado descrestando públicos foráneos y rompiendo esquemas en el exterior, después de su muerte, habla del hombre que murió mucho antes de fallecer, del legado de una tierra. Se dirigió, de un costumbrismo innovador y enérgico, hacia un modernismo sin exhibiciones. Habla del santandereano que, convencido de sus incapacidades prácticas como ser en esta tierra, se dedicó a relatar y decantar su humanidad desde una referencia de lugar, sin así perder la ocasión de expresarse al nivel de los territorios que visitó como diplomático. Allá afuera, donde las determinantes históricas se derrumbaban, un hombre triunfó *muy a pesar* de su tierra.

Curioso es el hecho de que Jesús Zárate, a pesar de recibir comentarios halagüeños de toda su obra, antes y después de su muerte, haya sido ignorado por razones y sentencias que provienen de todas las direcciones, menos del criterio y la apreciación literaria. No provienen de las palabras o los pensamientos, vienen del oprobio, del silencio, la negación y la artimaña. No es extraño que los santandereanos, sumidos en la ceguera y la pérdida, hayan ignorado sus letras. No es extraño que el tiempo, para los colombianos, sea la medida justa para que uno de los suyos tome su lugar, descontaminado de su propia existencia en este espacio histórico y jurídico que él transformó en algo más, en mundo.

COLOFÓN

Jesús Zárate Moreno, el hombre, fue una persona que *no conocimos*; pero el escritor y su legado representan el hombre que *desconocemos*. Si la tierra misma pudiese hablar, en la voz de los vivos que fueron capaces de morir a tiempo para establecer un recuerdo perenne, ella podría recitarle al mundo de los otros lugares, con suma fuerza: “¡Estoy vivo!”. Siendo así, que así sea, don Jesús: “Lo suyo siempre estuvo a tiempo, y le llegó la hora”. ❀

CRÓNICA DE UN HIJO

64

Un día me dijo: “Yo no escribo con el corazón, yo escribo con los dedos; para un escritor el amor a su tema es un pésimo consejero”. Lo cual era evidente, porque uno de los recuerdos de la infancia es el repiqueteo de la *Remington* portátil por las noches. Todas las noches. Creo que despedía centellas. En particular por la época en que escribía “Pabellón de Reposo”, pues además de esa columna semanal para el *Magazín Dominical* de *El Espectador*, escribía cuentos y crónicas de temas variados, que se publicaban también allí, a veces en la misma página. Esa máquina de escribir, exigida y consentida, que se conserva, jubilada por la tecnología pero en estado de funcionamiento, vio pasar por el rodillo páginas abundantes de su producción intelectual. Lo del corazón vino a confirmarse por su aversión por la autobiografía. Aun los datos más esenciales —fechas, sitios, circunstancias más o menos definitivas— los hemos conocido con el paso del tiempo, atando cabos, hilando menciones en correspondencia, en documentos diversos.

Su provincia espiritual fue escribir, escribir siempre. Si bien en Málaga, en su infancia, no había ni automóviles ni cine, ni otras diversiones públicas, como él mismo lo dijera, la literatura, la escritura, fue efectivamente el vehículo que se lo llevó de la provincia rovirense, rumbo a Bucaramanga. Leía encarnizadamente, y lejos de sentir insatisfacción por el aislamiento de su pueblo, fue lo que en su caso hizo más intensa su pasión por las letras. Salió de Málaga a los 17 años y solo regresó cuando su padre se enfermó en 1950. Entretanto recorrió el país haciendo campaña política con Gabriel Turbay,



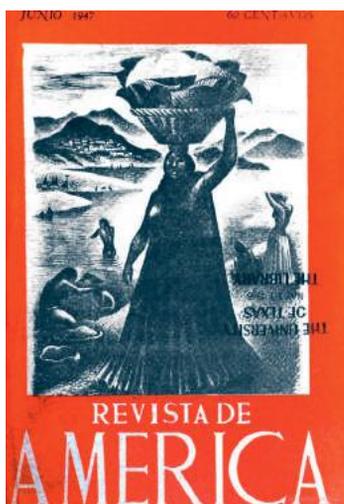
acompañado en esas correrías por Augusto Espinosa Valderrama, Jorge Padilla, Cesar Ordoñez Quintero, Luis Enrique Figueroa. De esa derrota, que resultó funesta para todos, para el país, resultaron otros rumbos creativos, mencionados con factura ejemplar por quienes se han ocupado profesionalmente de la obra de Jesús Zárate.



La *Remington* siguió aceiteada y calibrada para nuevos empeños de expresión artística. En México, en Estados Unidos, en Cuba y en la República Dominicana, página tras página, surgieron más cuentos, piezas de teatro, dos novelas, ensayos y un cúmulo de excelentes informes sobre los primeros días de la revolución cubana y, posteriormente, la

caída de Rafael Leónidas Trujillo y la invasión de los Estados Unidos a Santo Domingo. Invariablemente, de todo aquello, la censura previa de Alicia que, según decía el mismo, era la mayor lectora y crítica literaria. La censura se ejercía, desde luego, con la misma *Remington*. ❀

Bogotá, diciembre de 2015.



ESTE ENSAYO FUE PUBLICADO ORIGINALMENTE en la entrega 30 (volumen X) de la *Revista de América* (junio de 1947), una publicación mensual del periódico *El Tiempo* que dirigió Germán Arciniegas y Roberto García-Peña. Estos dos editores, en la presentación “Temas y Autores”, se refirieron a Jesús Zárate con las siguientes palabras:

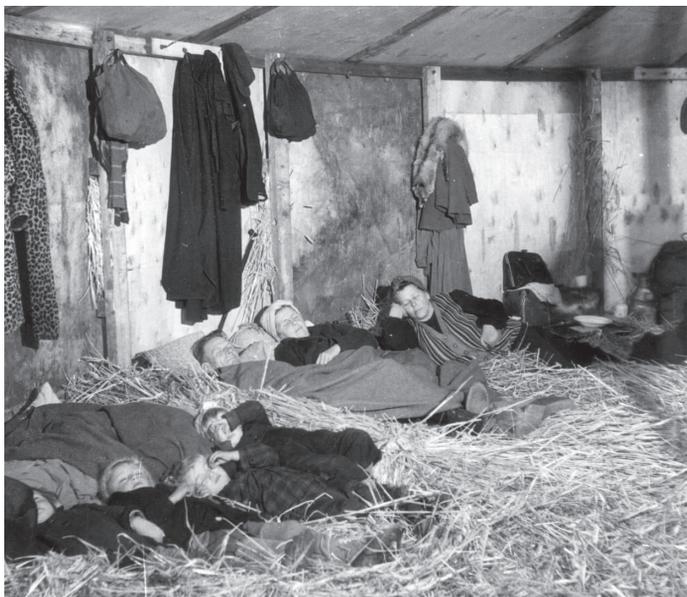
“Jesús Zárate Moreno, el joven escritor colombiano —santandereano, se diría mejor— que ahora desempeña elevado cargo diplomático en Madrid partió para su destino en un momento singularmente propicio para el despliegue de sus dotes de espíritu observador y revaluador. Zárate Moreno no había estado antes en el Viejo Mundo. Llevaba en la mente, arraigadísima, la noción de una Europa secular y eficaz y definitivamente magistral. Unos meses de estada en España, con frecuentes asomos a los países circunvecinos, lo convencieron de que Europa, la Europa de ahora, no era como se la habían pintado. ¿Desengaño? ¿Subestimación? En absoluto. En el agilísimo ensayo *El hombre de Europa*, Zárate Moreno se convierte en autorizado vocero del desencanto de cualquier hombre de cualquier rincón de la tierra ante la desastrosa suerte de su semejante europeo. Su concepto final y sintético —“El hombre europeo vuelve a estar solo, apocalípticamente solo, como en el día de la creación”— no es una frase literaria. Es el compendio feliz de una realidad. Una realidad que comprenderá mejor quien complementa su recuerdo de las informaciones cablegráficas cotidianas con la lectura —nada desalentadora por cierto— del ensayo de Zárate Moreno, ensayo valioso por la abundancia y originalidad de las observaciones que contiene y por la galanura de la forma en que aparecen consignadas.”

Los que conocieron la Europa despreocupada y alegre de hace quince años hablan de un mundo que a nosotros nos parece fabuloso.

Entonces, dicen, el hombre vivía en una jubilosa irresponsabilidad. Los pronósticos agoreros de los sabios y de los políticos no impresionaban a nadie. Había libertad de comer, de amar, y el lujo y el placer y el arte y la inclinación por las formas bellas de la vida tenían una categoría predilecta entre pobres y ricos. Se viajaba con un máximo

de facilidades, se leía sin censura, se bebía sin tasa. Los Estados se mostraban los dientes, pero los derechos esenciales del individuo se mantenían intactos. En el hogar era grata la existencia porque el recuerdo de los muertos cercanos no se levantaba aún con su cortejo de angustia y maldición. Eso era, añaden, la Europa de hace quince años. U mundo que hoy no se reconoce, un continente que no se encuentra, un paraíso perdido.

Quienes visitan ahora las ciudades que fueron el orgullo de Europa apenas si descubren vestigios de todo aquello. No



Desplazados y refugiados en Europa al finalizar la Segunda Guerra Mundial.

Limitados o desfigurados, autónomos o intervenidos, los Estados europeos subsisten aún. Todos conservan cuando menos la esperanza de recuperar sus fronteras, restaurar sus rentas, adquirir sus antiguos privilegios. En la hecatombe, el hombre ha sido el gran vencido.

encuentran lo que soñaron, y sólo hallan motivos de entusiasmo en el tesón con que en algunos lugares se lucha por la supervivencia de las conquistas amadas. Pero, sin excepción, salen convencidos de que algo se ha frustrado aquí y de que Europa es una historia acabada. Afirman que en ninguna edad fue la vida tan ficticia como lo es ahora en el viejo mundo. Los Estados mostrando un rostro heroico cuando tienen la soga al cuello. Los partidos políticos repitiendo palabras grandilocuentes cuando en la sombra se baten por piltrafas. Los individuos engañándose unos con otros, engañándose a sí mismos. Engañando a su propio corazón.

Hay quienes van más allá y se apresuran a extender el certificado de defunción de Europa. Para ellos el viejo mundo es algo definitivamente perdido, algo que va entrando en la categoría que tuvieron en los tiempos modernos las ruinas de las ciudades romanas. Por el momento, uno de los problemas más inquietantes es el del desequilibrio demográfico, provocado por un exceso de superpoblación frente a la limitación cada vez más estrecha de los medios de subsistencia. “Europa tendrá que decidirse muy pronto por la inanición o la antropofagia”, acaba de declarar en Bruselas un sabio italiano. Desde luego, estas exageraciones no pueden prevalecer. La obra de Europa es demasiado fecunda para que se pueda calificar con tanta ligereza. El continente podrá perder su

condición hegemónica, y nada más. Hay síntomas que denuncian el desquiciamiento en que se halla, pero hay también circunstancias que por sí solas consolidan su eternidad.

Se ha dicho que si se abrieran las fronteras y se tendiera un puente entre América y Europa, ésta se despoblaría. Lo esencial sería saber si con el éxodo se lograría la salvación. El mal está en la sangre, no en la tierra, y a donde vaya el pecador, allá estará el pecado. Pero —¡por Dios!— estas palabras están adquiriendo un tono conminatorio que de ninguna manera quieren tener. Al expresarlas sólo se consigna el desconcierto de quienes vinieron de otros hemisferios ansiosos de asistir a la grandiosa experiencia de la rehabilitación europea y encuentran que el fenómeno que aquí se observa no es precisamente la rehabilitación.

Por otra parte, tampoco parece posible que, a la inversa, el puente pueda aprovecharse para que América venga a Europa. Actualmente resulta muy difícil creer en el destino providencial que algunos optimistas nos asignan, y que tanto halaga a muchos. Lo que de allá puede venir y está viniendo —cosas de comer— sólo sirve para engañar el hambre, parcialmente. Las tribulaciones de Europa son más hondas, y no pueden estudiarse con criterio de desesepero. Resultaría, además, un poco grotesco ese destino providencial que sólo nos deparar la oportunidad de compensar con salchichas la cultura que Europa nos transmitió.

Cuando estalló la guerra, en 1939, las zonas beligerantes pusieron en marcha invocaciones de propaganda que resultan muy significativas en nuestro tiempo. Unos decían que habían ido a ella para conseguir espacio vital, otros para defender la civilización. Sólo ahora podemos estudiar sin alucinaciones este curioso episodio histórico. Hasta cierto punto los vencidos tenían razón, y su teoría está en plena vigencia. Hoy no es Alemania, sino Europa entera, la que necesita resolver el problema del espacio vital. La guerra no ha hecho sino dilatar a un continente lo que an-

tes parecía restringido a una nación. Los vencedores, a su vez, luchaban por una quimera que hoy nos parece más vana que nunca. La civilización no puede ser esta rapiña desatada por la perspectiva de los mercados y por la influencia de las ideologías políticas. Por lo menos, es una forma de civilización que no valía el sacrificio de un mundo y de quince millones de muertos.

Lo cierto es que el hombre ha salido más maltratado de esta guerra que de la anterior. Y la razón es clara. En 1914 la humanidad estaba demasiado cerca de la barbarie; el oscurantismo medioeval no se había disipado del todo. La guerra fue entonces un desastre, pero no una sorpresa. Estaba dentro de las leyes habituales de la existencia. En cambio, las nuevas generaciones, desde 1918, se formaron en la ilusión de que las guerras se habían acabado para siempre. El salto gigantesco dado entre uno y otro conflicto creó un exceso de comodidades que no se habían soñado jamás. La vida se hizo demasiado amable. Perderla o desorganizarla implicaba un castigo monstruoso. Ante los hechos cumplidos los que salvaron la vida no pudieron, empero, conservar la felicidad. No habían ido a la guerra por altos ideales, sino por defender las delicias inicialmente saboreadas. ¡Y al final se encontraron como esos niños que hacen mondar las frutas... para comerse las cáscaras!

Ahora se ve claro que lo que se perdió en los últimos años no fue una organización política y social más o menos precaria, más o menos estable. Limitados o desfigurados, autónomos o intervenidos, los Estados europeos subsisten aún. Todos conservan cuando menos la esperanza de recuperar sus fronteras, restaurar sus rentas, adquirir sus antiguos privilegios. En la hecatombe, el hombre ha sido el gran vencido. De un plano en el que podía ejercer dominio total sobre sus ambiciones ha pasado a una

zona turbia en la que tiene que someter su conciencia a las volubles circunstancias. Los escrúpulos morales que antes lo retenían han sido sustituidos por las mil voces lisonjeras del fraude. Han desaparecido los más nobles estímulos de la vida, rebajados por la necesidad imperiosa de ahuyentar la miseria. Las ciudades de maravilla donde bastaba pedir y pagar han desaparecido. Hoy no se puede comer impunemente el pan de cada día y no hay bocado que no traiga una legión de amargas alusiones: el control, la carestía, los impuestos, el racionamiento, la desvalorización, la escasez.

Es verdad que Europa trabaja febrilmente para recobrase. Y tal vez pueda hacerlo económica y socialmente. Lo que parece imposible es que el hombre recupere pronto los resortes espirituales que lo fortalecían en la vida. El drama ha sido demasiado intenso y ha dejado un espeso sedimento de odios, de insinceridad, de inhibiciones, de miedo. Las piedras volverán a estar otra vez unas sobre otras, pero es muy difícil que los hombres encuentren de nuevo la espontaneidad de la convivencia cristiana.

“La paz —decía Spinoza— no es la ausencia de la guerra: es la virtud que nace del vigor del alma”. Y eso es lo que no se encuentra por ninguna parte. El viejo mundo padece uno de los más tremendos males que pueden afligir al ser humano. Está en una auténtica crisis de alegría, de la alegría que es el vigor del alma. Las diversiones se han convertido en una farsa que hace más doloroso el recuerdo de lo perdido. En las ciudades los hombres son un desfile de mutilados espirituales: tienen cojo el corazón, y lo peor es que no encuentran muletas para sostenerlo.

El hombre europeo vuelve a estar solo, apocalípticamente solo, como en el día de la creación. ❀

Madrid, mayo de 1947.

ESTE ENSAYO FUE PUBLICADO originalmente en el *Magazín Dominical* de *El Espectador* (Bogotá) el 22 de enero de 1950.

Los diarios y revistas de Bogotá se han dedicado en los primeros días de enero a publicar comentarios relacionados con la actividad literaria nacional en 1949. El balance presentado en tales comentarios es sencillamente estremecedor. Ni una sola voz ha disentido del concepto general que califica de estéril y penosa la producción literaria del país en el año que acaba de pasar. La querrela ha alcanzado así el carácter de una lamentación pública, y todos los que opinan sobre el tema han tratado de dar al fenómeno una explicación ajustada a sus particulares convicciones. De esta manera las distintas versiones casi nunca coinciden en la apariencia. No obstante, sería fácil descubrirles a todas un fondo de común inconformidad contra la indolencia, la falta de imaginación o la irresponsabilidad profesional de los escritores colombianos.

Está muy bien registrar esta desilusión colectiva que pone en la picota del ajusticiamiento a nuestros hombres de letras. El inventario cultural de 1949 no es ciertamente muy alentador para el optimismo patriótico. Pero no hay duda de que las razones que se han dado para explicar ese fracaso no son suficientes. El coro de los inconformes se ha limitado a considerar el problema desde un solo punto de vista. Según ellos, la obra de los escritores colombianos en el último año no

corresponde a la fe que el país ha puesto en su talento. Se procede en esta forma con un criterio ligero, que da lugar a suponer que los hombres que entre nosotros se ocupan de escribir son seres privilegiados por la fortuna, que tienen la obligación oficial e ineludible de presentar anualmente una lujosa exposición de obras de primera categoría. La exigencia es sencillamente abusiva, puesto que al reclamarles lo que tácitamente se les está pidiendo se olvida que el país no aprecia, no estimula, ni retribuye, los esfuerzos que aquéllos hacen para merecer el aplauso público.

La producción literaria colombiana de 1949 no es superior ni inferior a la de los años anteriores, desde la Independencia hasta nuestros días. Es idéntica, sencillamente, a la de los ciclos precedentes, y será también igual a la de los sucesivos, mientras no se modifiquen las condiciones en que se realiza entre nosotros todo trabajo intelectual. La nación produjo en 1949, en los diversos géneros de la literatura, todo lo que normalmente la nación puede dar. Un examen de las obras publicadas en el campo de la investigación, de la ficción o de la poesía, servirá para demostrar esta verdad. Si esa actividad se compara con la de Inglaterra, Francia o los Estados Unidos, en el mismo lapso, nuestra inferioridad es deprimente. Si se le avalúa tomando como base las posibilidades de la cultura nacional, no las referencias foráneas, esa



producción podrá cotizarse a menosprecio, aunque no se descubran motivos que justifiquen la esperanza de que podrá ser mejor.

Vamos por partes. En primer lugar, con el criterio de los críticos amotinados, ningún año ha dejado de ser estéril en la literatura colombiana. La docena de obras que constituyen nuestro acervo cultural no alcanza para cubrir, año por año, todo el tiempo de nuestra historia literaria. Las tres o cuatro novelas que sin rubor podemos mostrar al mundo son estrellas errantes, dispersas, surgidas accidentalmente en el firmamento de la vida nacional. Los tres o cuatro ensayos serios que honran nuestra crónica espiritual no constituyen de manera alguna expresión de épocas determinadas, sino que se pierden en el caos insondable de nuestra adolescencia artística. Las cuatro o cinco obras poéticas que constelan nuestro orgullo lírico, aparecen diseminadas a lo largo de la

vida colombiana como brotes espontáneos, ajenos en absoluto a la presión rigurosa de las tradiciones. Pretender tasar nuestra producción literaria por medio de períodos temporales, es un alarde que conduce inevitablemente a la certidumbre de que tienen razón los astrólogos que presumen que estamos viviendo en una época distinta, adelantada a la época en que creemos vivir.

Por otro lado, no es cierto que el país pueda dar en el orden de la inteligencia, dentro de las circunstancias vigentes, mucho más de lo que estamos cosechando. “En 1949 sólo se produjo en Colombia una novela”, dicen las voces plañideras del escándalo. ¿Pero es que en otros años habíamos producido tantas novelas como para que el brote solitario del año pasado nos estremezca en esta forma? Cualquiera creería que la literatura colombiana está llena de novelas famosas, y que, repentinamente, en un año

La edición es el término final de la denodada hazaña, porque no habrá quién lo compre. El libro nacional no puede competir con el extranjero por el prejuicio de que éste promete al lector menores riesgos de mediocridad que los que aquél ofrece. Cuando se analiza el viacrucis de la cultura colombiana, lo sensato no es, pues, lamentarnos por los pocos libros que se escriben, sino por los escasos libros que se venden.

desgraciado, se ha producido un vacío inesperado de la inteligencia, una esterilización súbita de las facultades narrativas. No sería raro que la novela colombiana de 1949, por antonomasia, fuese semejante a todas las que el país ha venido produciendo; en ese caso da lo mismo citarla que dejar de citarla. Podría registrarse también el fenómeno contrario, es decir, que el libro fuera realmente excepcional; en ese caso quedarían por el suelo los dicitos contra la ineficacia literaria de 1949. De todos modos, dentro de la lógica de los inconformes, el mérito de aquella novela se reduce por el momento a que la tinta con que se imprimió tiene manchadas todavía las manos de quienes la leyeron. Cuando la acción de unos cuantos meses haya fijado su valor exacto, su recuerdo no será más indeleble que el de otros libros que momentáneamente nos parecieron destinados a llenar una época y que el tiempo se ha encargado de sepultar en la fosa del olvido.

Es tan parcial el examen que se ha hecho del año literario de 1949, que a ninguno de los críticos se le ha ocurrido extender su visión escrutadora a las obras que se publican fuera de Bogotá. En realidad, tal examen sólo se refiere al año literario de Cundinamarca. Quedan por fuera catorce

departamentos, en cinco de los cuales, por lo menos, se registra una actividad literaria constante y respetable. Los libros producidos en la provincia pueden ser muy modestos, pero es absurdo excluirlos del examen global de la literatura colombiana. Para bien o para mal, esos libros forman parte de nuestra cultura activa. Hay que contar con ellos, si no para salvarnos, para hacer más leal nuestra vergüenza.

Lo que la actividad literaria de 1949 denuncia en Colombia, no es relajamiento momentáneo o inactividad repentina de la inteligencia nacional. Lo que ese hecho nos está recordando es el estado de postración permanente en que se encuentra entre nosotros la vida del pensamiento. El problema no se reduce a que en determinado año los escritores cumplan o no cumplan con su obligación de servir al país. El fenómeno es más complicado. Es una manifestación natural del ambiente, un reflejo de la anquilosis espiritual prematura en que el país está sumido. Resulta muy cómodo revisar los libros editados en el país en 1949, y en vista de su discutible mérito o de su exigua cantidad, poner el grito en el cielo por lo que hicieron o dejaron de hacer los escritores conocidos o nonatos. Lo difícil es penetrar en el secreto recóndito de tales limitaciones, y comprender que no se le pueden pedir frutos a la literatura sin estimularla, como no se le pueden pedir frutos a la tierra sin abonarla.

Lo primero que un país necesita para que su literatura cumpla una función social o estética eficiente, es que sus escritores disfruten de las condiciones que se requieren para escribir libremente. “Libremente” no tiene, en este caso, un sentido político. Las circunstancias políticas son adjetivas en la labor literaria. Libremente quiere decir que el escritor moderno necesita un mínimo de comodidades materiales, de resortes físicos, de alicientes ambientales, para escribir. Y hablando con sinceridad, ¿puede decirse que existen en Colombia, para el intelectual contemporáneo, tales condiciones? La

respuesta tiene que ser negativa, necesariamente. Las personas que entre nosotros han escogido la profesión de escribir, se mueven por lo general dentro de circunstancias que en manera alguna favorecen su tarea intelectual. Esto cuando la misma vida no les impone dramáticas dificultades de tiempo y perspectiva artística que si no anulan del todo sí paraliza su capacidad creadora.

Escribir un libro en Colombia es una empresa casi heroica. No vituperios sino admiración y alabanza merecen quienes se empeñan en esa faena temeraria. Nuestros escritores son por lo general gentes pobres, casi miserables, que tienen que ganar el pan de cada día gramo por gramo, para sostener por otro lado, con ardientes sacrificios, la lumbre frágil, cada día más menospreciada, de su ideal. Pero suponiendo que dentro del escozor de las preocupaciones cotidiana se superen tales obstáculos, aquéllos tienen que reducirse a escribir sus libros para someterlos después al tratamiento de ocultarlos. Si no se tiene dinero para costear la edición, no habrá organismo oficial o privado que se obligue a publicarlo. Ningún industrial o comerciante sería tan cándido de comprometer en negocios editoriales los fondos que jugados en la bolsa o invertidos en acciones de las ligas futbolísticas dan dividendos seguros y copiosos. No obstante, acéptese la suposición de que en una u otra forma el libro puede publicarse. La edición es el término final de la denodada hazaña, porque no habrá quién lo compre. El libro nacional no puede competir con el extranjero por el prejuicio de que éste promete al lector menores riesgos de mediocridad que los que aquél ofrece. Cuando se analiza el viacrucis de la cultura colombiana, lo sensato no es, pues, lamentarnos por los pocos libros que se escriben, sino por los escasos libros que se venden.

Si fuéramos a indagar caso por caso cuál es la actividad de nuestros hombres de letras, tendríamos la sorpresa que cada uno de ellos guarda en su haber, desde uno

hasta diez o más libros inéditos. Esa pesquisa podría ampliarse a la averiguación de las obras meritorias que yacen en el archivo de cada cual. La tarea nos llevaría seguramente a la conclusión de que el país disfruta de una rica reserva de libros escondidos, de libros que no pueden salir a la luz pública por las circunstancias anotadas. Si diéramos evasión natural, con la publicación y la divulgación, al caudal de las obras ocultas que entre nosotros se producen, podríamos darnos el lujo de ser un poco más rígidos en los fallos críticos anuales. Sólo es posible esperar buenos libros donde se escriben muchos libros. Todo proceso de formación cultural tiene que ir necesariamente acompañado de superabundancia de medios expresivos. En la literatura, como en la naturaleza, la ortiga estimula la germinación de la flor. Es necio esperar que crezcan flores donde ni siquiera brotan ortigas.

Mientras subsistan las características sociales que someramente se han analizado, tendremos que limitar nuestras aspiraciones literarias a lo que estamos contemplando en la actualidad. Las posibilidades del país en ese ramo tendrán que seguir por el momento circunscritas a las manifestaciones fugaces de periódicos, magazines y revistas. El problema cultural entre nosotros tiende a ser un problema económico. Por el momento no hay evidencias que indiquen que esta situación puede modificarse favorablemente. El inventario de nuestra labor intelectual no puede hacerse a través de los libros, sino con base en el material literario que semanal o mensualmente aparece en las publicaciones organizadas. El ensayista, el novelista y el cuentista colombianos, seguirán prefiriendo por el momento el módico pero seguro y oportuno salario del periódico, a la peligrosa continencia que ofrece el comprometerse en aventuras más serias. La culpa no es de ellos, sino del país, que les escatima la retribución que merecen. ❁

Bogotá, enero de 1950.

TEXTO DEL DISCURSO LEÍDO POR JESÚS ZÁRATE en la República Dominicana y reproducido en la entrega del 7 de agosto de 1966 del periódico *El Tiempo*, en una sección especial titulada “Lectura en Santo Domingo”.

Los manuales de la propaganda convencional suelen dar una idea bastante relativa de lo que es Colombia. Si fuera solo por ellos, nuestro país despertaría curiosidad pintoresca, aunque ningún interés humano. Dicen tales folletos que Colombia es el único país sudamericano que tiene costas sobre tres mares, el Atlántico, el Pacífico y el Amazonas, dando a entender así que el Amazonas es un mar que camina. Indican que en Colombia se da el café más suave del mundo, lo cual, aunque sea una exclusividad, implica indudablemente una limitación. Enseñan que Colombia es un país de ciudades, como si con ello se quisiera mostrar que hay allí una docena de centros urbanos florecientes listos para convertirse en capital de cualquier república independiente.

Estos datos de la propaganda turística, si bien dan una idea superficial de Colombia, por lo menos no deforman la personalidad nacional. Lo que si la desfigura del todo son otros conceptos que circulan como moneda falsa por el mundo entero. Creo que esa devaluación universal empezó con ciertos versos de Rubén Darío, en los cuales el poeta declaró que “Colombia es una tierra de leones”. Supongo que lo que Darío quiso con ello fue comparar a Colombia con el paraíso terrenal, lo cual podría tener algún sentido si no supiéramos que el paraíso terrenal era

un lugar donde solo había serpientes y manzanas. En cuando a que se compare a los colombianos con los leones, recuerdo que don Pío Baroja decía que los hombres solamente se parecen a los leones cuando comen mucha carne. Las estadísticas de consumo de carne indican que ni siquiera en eso nos parecemos los colombianos a los leones.

Otra estupidez no menos ilustre que se dice de los colombianos es que todos ellos son poetas. Acabo de leer un libro de Michel Mikes en el que se pinta el Senado de mi país como un lugar donde los elegidos del pueblo se reúnen en el crepúsculo para leer poemas. Esta idea de la vida colombiana atañe a una noción que se generalizó mucho en otro tiempo y que no ha desaparecido todavía. Puede ser que se nos tome por poetas solamente porque los colombianos hemos descubierto que la poesía es una cosa demasiado importante para dejársela solo a los que hacen versos. De cualquier modo, dudo que en la actualidad seamos el país latinoamericano que tiene más abundantes poetas, aunque puedo asegurar que en Colombia hubo y hay espléndidos poetas, cuya voz traduce con frecuencia las mejores inquietudes del alma nacional.

Algo que no puede dejar de tocarse al mencionar las tonterías que se dicen sobre nosotros, es el nombre de Atenas Suramericana con que muchos siguen llamando a la capital de la República. Bogotá es la ciudad

Lectura en Santo Domingo

Así es Colombia: lección en mil palabras



Por Jesús Zárate Moreno
(Para "Lecturas Dominicales")

Colombia no deja de ser una vergüenza. Yo lo miro, sin embargo, como un signo de los tiempos, y aunque me sienta humillado ante los hechos criminales, pienso que ellos son solo un eslabón de la cadena que suscita la confusión de la vida contemporánea. De ahí que no me haya alarmado en estos días al leer que un periodista africano ha dicho que en materia de atrocidades políticas lo del Congo solo puede compararse a la de Colombia. Con perdón del africano, en el paralelo me cabe hay una diferencia sutil. Los colombianos matamos a nuestros enemigos pero no hallamos sobre sus tumbas.

Las fuertes restricciones puestas por Colombia en las últimas décadas han dado frutos muy fecundos para la economía nacional. No hay política de austeridad que no conduzca a esos resultados. Colombia cerró sus puertas a la importación de artículos de lujo, y a todo gasto de carácter carnavalesco, favoritista o suntuario. Como resultado de haberse apreciado el cinturón a tiempo, el desarrollo industrial del país ha sido realmente alentador. Colombia es, al sistema, porque el sistema ha salvado a Colombia de los cas.

Para llegar a esta solución, el país tuvo que padecer terribles dolores. Abatido la cifra con el socialismo profesional, los cronistas de los docecientos mil muertos de la violencia política colombiana, aunque a veces ponen trescientos mil sin alterar el producto. Sin duda, ese mal de Co-

entra la nación colombiana en una nueva etapa de su vida. Se inicia en esa fecha un ensayo de transformación nacional planteado por el señor Carlos Lleras Restrepo, Presidente electo de Colombia, para poner el país al día en sus cuentas con el progreso nacional. Por otro lado, el señor Lleras se propone impulsar hacia grados no sospechados hasta ahora, los planes de la integración latinoamericana. Lo que esto implica por uno y otro aspecto es sacudir el marasmo de la organización económica secular y ejecutar las obras internas y realizar los consensos exigidos que den forma a las exigencias que la nueva vida nos impone. En dos palabras, el señor Lleras se propone implantar en la vida colombiana la política de abrir los ojos. En palabras que hasta ahora han estado empujando a ciegas, manejando al azar de la improvisación, esa política de abrir los ojos, y de saber dónde estamos, y para dónde vamos, y qué queremos, corresponde a un compromiso histórico que no podemos seguir eludiendo.

Ya para terminar, comprendo que mi pregunta se ha quedado sin contestar. He dicho algo sobre Colombia, pero no he podido decir qué es Colombia. Ensayando salir a flote de esta prueba, podría agregar que Colombia es un país de acendrada vocación civilista, aunque advirtiendo que también acata la disciplina que exige de las armas que saben respetarse a sí mismas. Podría añadir que aunque el lema original de la República ha sido el de la libertad y el orden, los colombianos saben ya que el ser humano no puede aspirar a tanto, por lo cual se han conformado con asentarse en esa zona de la armonía social que está entre la libertad y el orden. Podría decir que nuestra estabilidad espiritual proviene de que, para

colombiano es un país de acendrada vocación civilista, aunque advirtiendo que también acata la disciplina que exige de las armas que saben respetarse a sí mismas. Podría añadir que aunque el lema original de la República ha sido el de la libertad y el orden, los colombianos saben ya que el ser humano no puede aspirar a tanto, por lo cual se han conformado con asentarse en esa zona de la armonía social que está entre la libertad y el orden. Podría decir que nuestra estabilidad espiritual proviene de que, para

Los manuales de la propaganda convencional suelen dar una idea bastante relativa de lo que es Colombia. Si fuera solo por ellos, nuestro país desportaría curiosidad pintoresca, aunque ningún interés humano. Dicen tales folletos que Colombia es el único país suramericano que tiene costas sobre tres mares, el Atlántico, el Pacífico y el Amazonas, dando a entender así que el Amazonas es un río que camina. Indican que en Colombia se da el café más suave del mundo, lo cual, aunque sea una exclusividad, implica indudablemente un ilimitado. Enseñan que Colombia es un país de ciudades, como si con ello se quisiera mostrar que hay allí una docena de centros urbanos florecientes listos para convertirse en capital de cualquier república independiente.

Estos datos de la propaganda turística, si bien dan una idea superficial de Colombia, por lo menos no deforman la personalidad nacional. Lo que sí la desfigura del todo son otros conceptos que circulan como moneda falsa por el mundo entero. Creo que esa devoción universal empezó con ciertos versos de Rubén Darío, en los cuales el poeta declaró que "Colombia es una tierra de leones". Supongo que lo que Darío quiso con ello fue comparar a Colombia con el paraíso terrenal, lo cual podría tener algún sentido si no supiéramos que el paraíso terrenal era un lugar donde no había serpientes y manzanas. En cuanto a que se compare a los colombianos con los leones, recuerdo que don Pío Baroja decía que los hombres solamente se parecen a los leones cuando comen mucha carne. Las estadísticas de consumo de carne indican que ni siquiera en eso nos parecemos los colombianos a los leones.

Otra estupidez no menos ilustrada que se dice de los colombianos es que todos ellos son poetas. Acabo de leer un libro de Michel Mikés en el que se plantea el Senado de mi país como un lugar donde los elegidos del pueblo se reúnen en el crepúsculo para leer poemas. Esta idea de la vida colombiana atañe a una noción que se generalizó mucho en otro tiempo y que no ha desaparecido todavía. Puede ser que se nos tome por poetas solamente porque los colombianos hemos desahogado que la poesía es una cosa demasiado importante para dejársela solo a los que hacen versos. De cualquier modo, dudo que en la actualidad seamos el país latinoamericano que tiene más abundantes poetas, aunque puedo asegurar que en Colombia hubo y hay excelentes poetas. No se traduce con frecuencia las mejores inquietudes del alma nacional.

Algo que no puede dejar de tocarse al mencionar las tonterías que se dicen sobre nosotros, es el nombre de América Suramericana con que muchos siguen llamando a la capital de la República. Bogotá es la ciudad donde se ha centralizado y desarrollado y engrandecido la cultura criolla. Pero Bogotá no merece el honor provinciano de ese título que empaña sus glorias. Por cierto, veo que la tendencia de ponernos a hacer el papel de griegos de zarruela no solo ha tenido víctimas en Colombia. También a Santo Domingo y Bogotá están, pues, en la competencia del ridículo.

También se dice por ahí que los colombianos hablamos muy bien el español. Aquí estamos ante otro mito que proviene del uso admirable que dieron al idioma ciertos pensadores colombianos, más gramáticos que escritores, de fines del siglo pasado y principios del presente. El buen español no se puede hablar en ninguna parte, porque fuera de la literatura, el buen español no existe. Las lenguas empiezan a ser lenguas buenas cuando empiezan a ser lenguas muertas. Lo mejor que puede decirse del español de Colombia es que lo hablamos casi tan mal como lo hablan en España.

A quien tuviese dudas de esto, yo le haría notar que una palabra que ya he empleado y seguiré empleando es sospechosa de incorrección. Los puristas se estremecen frente a esta palabra, "latinoamérica", advirtiendo que debe decirse Hispanoamérica, o Iberoamérica, o Indoamérica. Sin embargo, en la práctica todo eso no vale mucho, porque Latinoamérica es el modo como nos reconocen en los Estados Unidos y en el mundo. Dejémosnos, pues, llamar así, pero recordando siempre que para nosotros lo propio sería llamarnos de otro modo. Latinoamérica no es un nombre sino un seudónimo.

Puesto que he demostrado que se puede hablar bien de la Patria advirtiendo sus quebrantos o señalando sus mitos, entraré ahora a expresar algunas cosas sobre las buenas realidades de Colombia. Aquí viene el interrogante de fondo de esta conversación. ¿Qué es Colombia? Claro que es una nación de Suramérica, y claro que es una comunidad inconfundible en la vida continental. Pero lo esencial se-

Los colombianos
estamos orgullosos
de ser colombianos,
pero estamos
cambiando ese
modo de ser
orgullosos. En el
mundo moderno
y en materia de
patria nuestro
corazón tiene que
hacer concesiones
cada día.

ría poder descubrir cómo se formaron y por qué permanecen unidos en un territorio que es veinticuatro veces el de la República Dominicana los dieciocho millones de hombres que hoy pueblan esa tierra, por qué están ahí, para qué están ahí, qué destino los mandó ser y estar.

He mencionado la palabra inconfundible, y eso ya es algo para empezar a entender a los colombianos. Los ingleses tienen una virtud especial, es que solo se parecen a ellos mismos. Yo no diría tanto de los colombianos, pero me atrevo a pensar que lo que configura en mi país la personalidad nacional es algo que no se repite en otros lugares de América, porque es algo que nace de la integración étnica del país. Casi podría hablarse de una raza colombiana que se ha formado en el bostezo geológico de la más generosa fusión humana.

La caracterización de la nación colombiana nace también del hecho de que en este siglo la geografía de Colombia ha quedado determinada, definitivamente, tal como al país y a sus vecinos les convenia. El espacio interior de Colombia la caracteriza, y en la realidad de ponernos a hacer el papel de griegos de zarruela no solo ha tenido víctimas en Colombia. También a Santo Domingo y Bogotá están, pues, en la competencia del ridículo.

También se dice por ahí que los colombianos hablamos muy bien el español. Aquí estamos ante otro mito que proviene del uso admirable que dieron al idioma ciertos pensadores colombianos, más gramáticos que escritores, de fines del siglo pasado y principios del presente. El buen español no se puede hablar en ninguna parte, porque fuera de la literatura, el buen español no existe. Las lenguas empiezan a ser lenguas buenas cuando empiezan a ser lenguas muertas. Lo mejor que puede decirse del español de Colombia es que lo hablamos casi tan mal como lo hablan en España.

A quien tuviese dudas de esto, yo le haría notar que una palabra que ya he empleado y seguiré empleando es sospechosa de incorrección. Los puristas se estremecen frente a esta palabra, "latinoamérica", advirtiendo que debe decirse Hispanoamérica, o Iberoamérica, o Indoamérica. Sin embargo, en la práctica todo eso no vale mucho, porque Latinoamérica es el modo como nos reconocen en los Estados Unidos y en el mundo. Dejémosnos, pues, llamar así, pero recordando siempre que para nosotros lo propio sería llamarnos de otro modo. Latinoamérica no es un nombre sino un seudónimo.

Puesto que he demostrado que se puede hablar bien de la Patria advirtiendo sus quebrantos o señalando sus mitos, entraré ahora a expresar algunas cosas sobre las buenas realidades de Colombia. Aquí viene el interrogante de fondo de esta conversación. ¿Qué es Colombia? Claro que es una nación de Suramérica, y claro que es una comunidad inconfundible en la vida continental. Pero lo esencial se-

que es algo así como cambiar de tema.

Sin embargo, el actual sistema de gobierno de Colombia es la mejor expresión de que hay una voluntad nacional dirigida hacia el bien común. Tras las luchas estériles del pasado, los dos partidos descubrieron que lo mejor que podían hacer era asociarse para manejar el país. Organizaron un gobierno de responsabilidad conjunta, que muchos critican sin entender. Se dice que el sistema no es de-

moerático porque no le deja posibilidad a otros partidos, cuando lo que pasa es que esos otros partidos no existen. Se dice que no es democrático porque no recoge en las elecciones la totalidad de la opinión nacional, cuando lo que ocurre es que recibe o cubrieron que lo mejor que podían hacer era asociarse para manejar el país. Organizaron un gobierno de responsabilidad conjunta, que muchos critican sin entender. Se dice que el sistema no es de-

moerático porque no le deja posibilidad a otros partidos, cuando lo que pasa es que esos otros partidos no existen. Se dice que no es democrático porque no recoge en las elecciones la totalidad de la opinión nacional, cuando lo que ocurre es que recibe o cubrieron que lo mejor que podían hacer era asociarse para manejar el país. Organizaron un gobierno de responsabilidad conjunta, que muchos critican sin entender. Se dice que el sistema no es de-

moerático porque no le deja posibilidad a otros partidos, cuando lo que pasa es que esos otros partidos no existen. Se dice que no es democrático porque no recoge en las elecciones la totalidad de la opinión nacional, cuando lo que ocurre es que recibe o cubrieron que lo mejor que podían hacer era asociarse para manejar el país. Organizaron un gobierno de responsabilidad conjunta, que muchos critican sin entender. Se dice que el sistema no es de-

moerático porque no le deja posibilidad a otros partidos, cuando lo que pasa es que esos otros partidos no existen. Se dice que no es democrático porque no recoge en las elecciones la totalidad de la opinión nacional, cuando lo que ocurre es que recibe o cubrieron que lo mejor que podían hacer era asociarse para manejar el país. Organizaron un gobierno de responsabilidad conjunta, que muchos critican sin entender. Se dice que el sistema no es de-

moerático porque no le deja posibilidad a otros partidos, cuando lo que pasa es que esos otros partidos no existen. Se dice que no es democrático porque no recoge en las elecciones la totalidad de la opinión nacional, cuando lo que ocurre es que recibe o cubrieron que lo mejor que podían hacer era asociarse para manejar el país. Organizaron un gobierno de responsabilidad conjunta, que muchos critican sin entender. Se dice que el sistema no es de-

bien o para mal, no somos un país de inmigrantes, sino de acres que conciben el país, porque pertenecen a la heredad, porque han estado siempre ahí. Podría decir que Colombia ha heredado para sí misma un modo de civilización peculiar, pero que, al mirarse en su propio espejo, encuentra que el rostro delictivo esgoce por un largo y duro y heroico trabajo de rehabilitación y maquiillaje.

De todos esos contrastes sale un país que nació de lo que es el pueblo de Colombia. Los colombianos estamos orgullosos de ser colombianos, pero estamos cambiando ese modo de ser orgullosos. En el mundo moderno y en materia de patria nuestro corazón tiene que hacer concesiones cada día. No podemos hablar de integración económica sin suponer que ella no implica además una integración de otras formas de la vida humana. En casi todos nuestros países tenemos zonas territoriales o comunidades económicas o agrupaciones de población que volverán pronto al siglo XXI, a tiempo que otras no han pasado aún del siglo XIX. En el tiempo que será mayor símbolo de pobreza no tener automóvil que no tener qué comer. Pero estamos entrando también a un mundo más real, en el que América empieza a surgir como una gran patria donde nuestras patrias actuales serán provincias mancomunadas en el empeño del bienestar continental. En 1966, Bolívar empieza a tener razón.

Maryse Chesly decía que narra el vagabundo, la patria es el sol. Un embajador es un poco un vagabundo, por lo menos en el sentido de que es un transeúnte. Por eso para mí la patria también es el sol, cuando el sol brilla en Colombia. Con ello quiero decir que no puedo ocultar que mis sentimientos patrióticos, si bien tienen su punto natural de referencia en una comarca señalada, se bifurcan hacia muy amplios horizontes de solidaridad universal. En esta forma la República Dominicana participa del apago que tan entrañablemente me vincula a Colombia. Quiero para este país los mejores bienes de la paz y del progreso. Y quiero decir a los amigos que esta noche han honrado a Colombia invitándome a hablar de ella que deseo ardentemente que en la República Dominicana no se alteren las nuevas señales de tránsito democrático que la historia le marca a país en estos días.

Los ingleses tienen una virtud especial, y es que solo se parecen a ellos mismos. Yo no diría tanto de los colombianos, pero me atrevo a pensar que lo que configura en mi país la personalidad nacional es algo que no se repite en otros lugares de América, porque es algo que nace de la integración étnica del país. Casi podría hablarse de una raza colombiana que se ha formado en el bosque genealógico de la más generosa fusión humana.

donde se ha centralizado y depurado y engrandecido la cultura criolla. Pero Bogotá no merece el honor provinciano de ese título que empaña sus glorias. Por cierto, veo que la tendencia de ponernos a hacer el papel de griegos de zarzuela no solo ha tenido víctimas en Colombia. También a Santo Domingo se la ha llamado la Atenas de América. Santo Domingo y Bogotá están, pues, en la competencia del ridículo.

También se dice por ahí que los colombianos hablamos muy bien el español. Aquí estamos ante otro mito que proviene del uso admirable que dieron al idioma ciertos pensadores colombianos, más gramáticos que escritores, de fines del siglo pasado y principios del presente. El buen español no se puede hablar en ninguna parte, porque fuera de la literatura, el buen español no existe. Las lenguas empiezan a ser lenguas buenas cuando empiezan a ser lenguas muertas. Lo mejor que puede decirse del español de Colombia es que lo hablamos casi tan normal como lo hablan en España.

A quien tuviese dudas de esto, yo le haría notar que una palabra que ya he empleado y seguiré empleando es sospechosa de incorrección. Los puristas se estremecen frente a esa palabra, “Latinoamérica”,

advirtiendo que debe decirse Hispanoamérica, o Iberoamérica, o Indoamérica. Sin embargo, en la práctica todo eso no vale mucho, porque Latinoamérica es el modo como nos reconocen en los Estados Unidos y en el mundo. Dejémonos, pues, llamar así, pero recordando siempre que para nosotros lo propio sería llamarnos de otro modo. Latinoamérica no es un nombre sino un seudónimo.

Puesto que he demostrado que se puede hablar bien de la Patria advirtiendo sus quebrantos o señalando sus mitos, entraré ahora a expresar algunas cosas sobre las buenas realidades de Colombia. Aquí viene el interrogante de fondo de esta conversación. ¿Qué es Colombia? Claro que es una nación de Suramérica, y claro que es una comunidad inconfundible en la vida continental. Pero lo esencial sería poder descubrir cómo se formaron y por qué permanecen unidos en un territorio que es veinticuatro veces el de la República Dominicana, los dieciocho millones de hombres que hoy pueblan esa tierra, porqué están ahí, para qué están ahí, qué destino los mandó ser y estar.

He mencionado la palabra inconfundible, y eso ya es algo para empezar a entender a los colombianos. Los ingleses tienen una virtud especial, y es que solo se parecen a ellos mismos. Yo no diría tanto de los colombianos, pero me atrevo a pensar que lo que configura en mi país la personalidad nacional es algo que no se repite en otros lugares de América, porque es algo que nace de la integración étnica del país. Casi podría hablarse de una raza colombiana que se ha formado en el bosque genealógico de la más generosa fusión humana.

La caracterización de la nación colombiana nace también del hecho de que en este siglo la geografía de Colombia ha quedado determinada, definitivamente, tal como al país y a sus vecinos les convenía. El espacio interior de Colombia corresponde a la realidad de la nación, en la misma medida que los físicos dicen que el espacio interior de



la casa corresponde a la realidad de la construcción. En el mapa de Colombia no sobra ni falta nada. Mirando el mapa de Colombia se sabe por qué se llama a Dios el Supremo Arquitecto del Universo.

La unidad nacional no se revela hoy en ningún aspecto tan claramente como en la vida política del país. Durante siglo y medio en Colombia han existido dos partidos políticos históricos, el liberal y el conservador. Los ensayos que se han hecho para fraccionarlos han resultado efímeros intentos del caudillismo circulante. Además, los esfuerzos que se han realizado para fundar nuevos partidos han fallado. Hubo un tiempo en que liberales y conservadores luchaban por el predominio en el poder a través de la guerra civil. Hoy casi puede decirse que no

hay fronteras entre los dos partidos. Hoy ser liberal en Colombia es un modo muy liberal de ser conservador. A la inversa, un conservador de Colombia es un liberal que no se atreve a decir su nombre.

Lo malo de la inmensa influencia que la política tiene en la vida de Colombia es que hay síntomas de que el país empieza a pensar y a moverse en términos de fórmula de compromiso. En ciertos aspectos, esto puede conducirnos a perder el hábito de pensar en un oficio serio para la patria, y a tomarle el gusto a vegetar en la mediocridad de la transacción ocasional. Ablandadas por la milimetría que ha llegado a imponerse en el reparto del poder público, las nuevas generaciones tienen un pie en el país de los cabellos largos, y el otro en las arenas movedizas del

J. Zárate junto a presidente Joaquín Balaguer (Santo Domingo, 1966). Archivo personal, Néstor Zárate Rey.

arreglo y del favor. Peter Ustinov decía que en la búsqueda de la verdad los franceses restan, los alemanes suman y los ingleses cambian de tema. En la búsqueda de la verdad los colombianos de hoy transigen, que es algo así como cambiar de tema.

Sin embargo, el actual sistema de gobierno de Colombia es la mejor expresión de que hay una voluntad nacional dirigida hacia el bien común. Tras las luchas estériles del pasado, los dos partidos descubrieron que lo mejor que podían hacer era asociarse para manejar el país. Organizaron un gobierno de responsabilidad conjunta, que muchos critican sin entender. Se dice que el sistema no es democrático porque no le deja posibilidad a otros partidos, cuando lo que pasa es que esos otros partidos no existen. Se dice que no es democrático porque no recoge en las elecciones la totalidad de la opinión nacional, cuando lo que ocurre es que recibe como voto en su favor el asentamiento propicio de la abstención, y consagra así el principio inobjetable de que la libre voluntad de no votar cuando se puede es tan democrática como la libre voluntad de sí votar cuando se quiere. Sea como sea, algo se le adeuda al sistema, porque el sistema ha salvado a Colombia del caos.

Para llegar a esta solución, el país tuvo que padecer terribles dolores. Abultando la cifra del colosalismo profesional, los cronistas del escándalo todavía hablan de doscientos mil muertos de la violencia política colombiana, aunque a veces ponen trescientos mil sin alterar el producto. Sin duda, ese mal de Colombia no deja de ser una vergüenza. Yo lo miro, sin embargo, como un signo de los tiempos, y aunque me sienta humillado ante los hechos criminales, pienso que ellos son solo un eslabón de la cadena que suscita la confusión de la vida contemporánea. De ahí que no me haya alarmado en estos días al leer que un periodista africano ha dicho que en materia de atrocidades políticos lo del Congo solo puede compararse a

lo de Colombia. Con perdón del africano, en el paralelo macabro hay una diferencia sutil. Los colombianos matamos a nuestros enemigos pero no bailamos sobre sus tumbas.

Las fuertes restricciones padecidas por Colombia en las últimas décadas han dado frutos muy fecundos para la economía nacional. No hay política de austeridad que no conduzca a esos resultados. Colombia cerró sus puertas a la importación de artículos de lujo, y a todo gasto de carácter carnavalesco, favoritista o suntuario. Como resultado de haberse apretado el cinturón a tiempo, el desarrollo industrial del país ha sido realmente alentador. Colombia está en posibilidad de suministrar a la República Dominicana muchas de las cosas que el país necesita e importa. Nunca me he explicado por qué los vínculos de tipo comercial entre los dos países no han sido más provechosos para ambos. Esa falla no es exclusivamente dominicana o colombiana, sino de todos los latinoamericanos. Podría definirse diciendo que deslumbrados ante la prosperidad de los Estados Unidos, nuestros países se quedaron con la nuca tiesa, mirando hacia el norte. Para todos los latinoamericanos ya es hora de que movamos la cabeza, y miremos hacia el sur. Integración latinoamericana quiere decir mirar hacia el sur.

El siete de agosto próximo entra la nación colombiana en una nueva etapa de su vida. Se inicia en esa fecha un ensayo de transformación nacional planeado por el señor Carlos Lleras Restrepo, Presidente Electo de Colombia, para poner el país al día en sus cuentas con el progreso nacional. Por otro lado, el señor Lleras se propone impulsar hacia grados no sospechados hasta ahora, los planes de integración latinoamericana. Lo que esto implica por uno y otro aspecto es sacudir el marasmo de la organización económica secular y ejecutar las obras internas y realizar los contactos externos que le den forma a las exigencias que la nueva vida nos impone. En dos palabras, el señor Lleras se

propone implantar en la vida colombiana la política de abrir los ojos. En países que hasta ahora han estado caminando a ciegas, manejados al azar de la improvisación, esa política de abrir los ojos, y de saber dónde estamos, y para donde vamos, y qué queremos, corresponde a un compromiso histórico que no podemos seguir eludiendo.

Ya para terminar, comprendo que mi pregunta se ha quedado sin contestar. He dicho algo sobre Colombia, pero no he podido decir qué es Colombia.

Ensayando salir a flote de esta prueba, podría agregar que Colombia es un país de acendrada vocación civilista, aunque advirtiendo que también acata la disciplina que proviene de las armas que saben respetarse a sí mismas. Podría añadir que aunque el lema original de la República ha sido el de la libertad y el orden, los colombianos saben ya que el ser humano no puede aspirar a tanto, por lo cual se han conformado con asentarse en esa zona de la armonía social que está entre la libertad y el orden. Podría decir que nuestra estabilidad espiritual proviene de que, para bien o para mal, no somos un país de inmigrantes, sino de seres que conocen el patio, porque pertenecen a la heredad, porque han estado siempre ahí. Podría decir que Colombia ha creado para sí misma un modo de civilización peculiar, pero que, al mirarse en su propio espejo, encuentra que el rostro deficiente exige todavía un largo y duro y heroico trabajo de rehabilitación y maquillaje.

De todos esos contrastes sale un poco la noción de lo que es el pueblo de Colombia. Los colombianos estamos orgullosos de ser colombianos, pero estamos cambiando ese modo de ser orgullosos. En el mundo moderno y en materia de patria nuestro corazón tiene que hacer concesiones cada día. No podemos hablar de integración económica sin suponer que ella no implica

además una integración de otras formas de la vida humana. En casi todos nuestros países tenemos zonas territoriales o comunidades económicas o agrupaciones de población que vislumbrarán pronto el siglo XXI, al tiempo que otras no han pasado aún del siglo XIX. En ese período a la vez magnífico y tenebroso que se avecina, las demandas del hombre en busca de su felicidad serán cada día más perentorias, y serán cada día más ambiciosas. De este modo, estamos entrando a un mundo equívoco en el que será mayor síntoma de pobreza no tener automóvil que no tener qué comer. Pero estamos entrando también a un mundo más real, en el que América empieza a surgir como una gran patria donde nuestras patrias actuales serán provincias mancomunadas en el empeño del bienestar continental. En 1966, Bolívar empieza a tener razón.

Maryse Choisy decía que para el vagabundo, la patria es el sol. Un embajador es un poco un vagabundo, por lo menos en el sentido de que es un transeúnte. Por eso para mí la patria también es el sol, cuando el sol brilla en Colombia. Con ello quiero decir que no puedo ocultar que mis sentimientos patrióticos, si bien tienen su punto natural de referencia en una comarca señalada, se bifurcan hacia muy amplios horizontes de solidaridad universal. En esta forma la República Dominicana participa del apego que tan entrañablemente me vincula a Colombia. Quiero para este país los mejores bienes de la paz y del progreso. Y quiero decir a los amigos que esta noche han honrado a Colombia invitándome a hablar de ella, que deseo ardentemente que en la República Dominicana no se alteren las nuevas señales de tránsito democrático que la historia le marca al país en estos días. ❁

Santo Domingo, agosto de 1966.

CUENTAN LOS HIJOS de Jesús Zárate que el amor y la poesía le resultaban vergonzantes, públicamente, por su temperamento reservado. Era un motivo para aspirar a destruir el poema con sus propias manos, de ser necesario. Fue conservado por su destinataria, a quien él legó, dentro del poema, la decisión de preservarlo. Gracias a ella, este poema ve la luz. La razón principal de su vejamen no era el amor, era la poesía: “El verso exige un don de profecía cósmica del que yo carezco”, confesó en un fragmento de *La cárcel*.

I.

Nada más propicio para hilarte confidencias, Alicia incalculable, que este minuto sin fin en que la lluvia huracanda me distancia de ti. Mañanita domingo cuando reencarne a tu orilla —porque ahora también, aunque no te cieguen mis caricias, estoy contigo— un beso, dos besos, mil besos te cantarán, con su palpitante y gloriosa caloricidad, cómo es de vacío el tiempo sin tu presencia. Cierro los ojos, Alicia. Clausuro estos mis ojos nocturnos que sólo se apagan frente a los tuyos, y no acierto a suponerte lejana, porque te toco con la yema de mis pensamientos: eres tan mía que si algún crepúsculo hubiese de apartarnos, la marcha no sería separación, sino desgarramiento. Otra vez desabrocho las pupilas, estas mis pupilas aurales que sólo alumbran frente a las tuyas, y entonces, Alicia, entonces unos celos africanos me acribillan los dientes. Sí. Siento celos de Dios. Él ahora te corteja con relámpagos que te encienden de rojo, mientras yo no puedo ni siquiera ataviarte de naranja, con la luz de un arbol.

II.

Esta noche es mestiza, Alicia, es criolla y fluvial como tu sensibilidad enamoradiza de barcarola de agua dulce. Me deleita por eso. Curioso, he aprovechado tu sombra para deslizarme hasta el cauce de tus antepasados. ¿Y sabes? Eres de raza de fakires. No porque engañes engañando y halagues sin halagar, sino porque todo en ti —mimos y soberbias— es un inexplicable camino de seducción. Y porque todo en ti promete redenciones: El piecesillo pekinés sobre que te envalentonas como amenaza celestial. El encrespamiento eucarístico de tus trenzas de copón molido. El cristo que cuelga de tu garganta de azúcar, feliz por agonizar sobre aquel calvario de redondeces gemelas donde hasta los divinos se crucifican.

III.

Solo hay una imagen, millonaria en bendiciones, que te hace competencia en la pista deportiva de mi corazón: La ascética, la mística, la casi yesosa figura de mi madre. Es una viejecita aromática a rústicas virtudes, heredera de campesinos riñosos y lico-

rerros, tallada cristiana, colonialmente, como esas abuelas chocolateras que pueblan los lienzos hacendosos de Arce y Ceballos. A estas altas horas, allá en el ventisquero andino de su villa, encomendándome estaré a la Virgen del Carmen, de quien suele ser devota, en lugar de interceder ante Santa Alicia, la patrona de mi amor. Yo te invito con medioeval cortesanía a que brindemos por ella un pico heroico, con copete de abrazos jubilosos.

IV.

En las tardes calentanas, cuando iniciabas conmigo tanteos sentimentales, bajo el signo tutancamen de tu sonrisa yo encontré sápidos frescores de hidromiel. Me principiabas a cautivar apenas. En esta noche emparamada, bajo la amonestación de tu voz remota, en mi diccionario interior el verbo idolatrar entra en vigencia. Quiero decir que he perdido los estribos, que me dominas con látigos de acero. No guardes —si mancha tu blanco espiritualismo de paloma— no custodies, digo, este rosario de gruñidos de quien tiene para ti colmillos impuros de perro. No ampares —si destiñe tu negro apasionamiento de golondrina— no abrigues, digo este silabario de murmullos de quien tiene para ti castísima locuacidad de fuente. Pero no pierdas de la conciencia, no, que te quiero con ese amor envolvente y complicado de las enredaderas que tú no cuidas. Y no olvides, Alicia, mi niña, no olvides que en esta noche de mayo en que no he ido a verte, estoy más cerca de ti y más estremecido que el trémolo rumoroso de tus arterias.

V.

La noche se inicia apenas, Aliche, y la borrasca ya está madura. Mas yo no estoy solo, pues que pronto vendrá la madrugada dominguera de tu presencia. Mañana es día de fiesta, y yo, afiebrado de tan querencioso, iré a oír misa al altar mayor del campo, asistido por ti, mi núbil enfermera.



Alicia Rey López.
(ca. 1939)

VI.

Que las sábanas guarden para tu fatiga la sedosa y alada dulcedumbre que no le pude ordeñar a mi pluma. BON NUIT, mi pequeña parisién. ❁

V-6-1939.

Dossier regional

Jesús Zárate Moreno

Jesús Zárate: padre, escritor y aventurero

El hombre que no conocimos

La Remington

Un gran vencido: el hombre de Europa

La Crítica contra la Crítica

Así es Colombia: lección en mil palabras

Poema en seis suspiros

Nuevas corrientes intelectuales

Sobre la observación de la naturaleza

Significado y comprensión en la historia de las ideas

Historia

El origen de la palabra Bucaramanga

La idea de justicia en la sociedad monárquica neogranadina

Los billetes del estado independiente de Cartagena

Artes

Óscar Rodríguez Naranjo: de aprendiz a maestro

Jesús Pinzón Urrea, artista integral y con carácter

“CULTURA ES EL APROVECHAMIENTO SOCIAL DE LA INTELIGENCIA HUMANA”

Gabriel García Márquez

Filosofía

Dossier sobre la autonomía del obrar de los hombres modernos

La atestiguación por parte de la existencia humana de un poder ser uno mismo

La autonomía de la voluntad como principio supremo de la moralidad

Educación para la emancipación

De la individualidad como uno de los elementos del bienestar

Literatura

El trabajo gustoso

Una idea perniciosa

Maestros supremos

Johann Wolfgang von Goethe: Las mujeres buenas